
JOSÉ MARÍA VILASECA

**ENSÉÑANOS A ORAR
INSTRUCTIVO PARA LA ORACIÓN**

MÉXICO, D. F.

1983

PRESENTACIÓN

Enseñanos a rezar, dice el niño a la madre.

Enseñanos a rezar, diría Jesús a José.

Enseñanos a orar, suplicaron los apóstoles a Jesús.

ENSEÑANOS A ORAR, urgimos con humilde ruego Josefinos y Josefinas a nuestro buen padre.

Y nuestro buen padre responde como Jesús: con el ejemplo, con la doctrina y con la intercesión.

Su ejemplo —y en esto formó una sola alma con él la Madre Cesarita—, ha sembrado de evidencias luminosas nuestra historia.

Para imitar su ejemplo, necesitamos seguir sus enseñanzas.

Si el acervo de su doctrina es una despensa sobreabundantemente abastecida de alimentos, la obra que presentamos quiere ser la mesa familiar donde se presentan servidos; si es riquísima bodega de vinos generosos; quiere ser entonces festín espiritual donde se ofrecen escanciados; y si es torrente impetuoso, será humilde surtidos que haga llegar mansamente sus refrigerantes aguas a nuestros labios sedientos de Dios. Ese fue el intento... ¿se lograría?...

Por lo que respecta a la elaboración de este libro, vale lo mismo que se dice tocante al *Directorio Espiritual* en su respectiva presentación. Sólo hay que añadir que la doctrina añadida en el cuarto y quinto talento, y en el discernimiento de espíritus, se tomó casi en su totalidad de un volumen manuscrito que se titula *El beso y su camino*, que además de la especial dificultad que presenta por lo pequeño de la letra y el uso constante de abreviaturas convencionales, contiene, sí, todo un tratado, pero en esbozo; de manera que la mayoría de las frases están incompletas; y aunque insinúan con toda claridad el pensamiento que les da cabal sentido, no lo expresan en palabras, apareciendo en su lugar guiones o puntos suspensivos. Un temor reverencial nos inclinaba a no tocar tan venerado texto. Renunciando, por tanto a transcribir en esta obra su riquísimo contenido; pero el Rvmo. Padre General, José Torres Mora, nos hizo ver que nuestro mismo Padre Fundador habría autorizado esa intervención nuestra, en vistas del bien tan grande que aportaría a ambos institutos el abrir para ellos este tesoro inestimable. Con todo respeto pues, y con especial cuidado, se estudió cada frase incompleta, en sí y en su contexto, se

consultaron las fuentes que usó nuestro Padre, y tratando en lo posible de hacerlo en su inconfundible estilo, se les hizo expresar, así esperamos, lo que él deseaba.

Juzgamos también del todo conveniente citar aquí los nombres de las grandes autoridades en virtud y en teología espiritual, cuya doctrina el p, Vilaseca reproduce con exquisita fidelidad a lo largo de todo el tratado, para que queden de manifiesto toda su ortodoxia y toda su solidez: San Vicente de Paúl, San Ignacio de Loyola, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Santo Tomás de Aquino, San Dionisio Areopagita, santa María Magdalena de Pazzis, el P. Juan Bautista Scaramelli, s. j., etc. sigue puntualmente, sí, a estas grandes lumbreras, pero a esa doctrina le pone el arte que sabe unificar en una obra maestra la multiforme riqueza de la Iglesia; el genuino profetismo que sabe hacer presente a sus hijos de hoy, el ayer siempre vigente de la tradición; el sabor de su propia experiencia, que es amalgama vivencial; el calor de un padre que deja su corazón en cada página; el fervor de un santo que nos ansía fervorosos y santos; por eso esta obra es toda antigua; y toda nueva; es toda del Espíritu, y toda conforme a nuestro espíritu; es la Palabra del Padre, pronunciada para siempre y para todos, dicha por nuestro padre ahora y para nosotros.

No podemos, sin embargo, poner en práctica la doctrina sin las gracias que forman nuestro espíritu. Por eso, así como Cristo, mediador único que da eficacia a toda mediación, subió al cielo para enviarnos al Espíritu Santo por el cual clamamos: *Abba... Padre*, así el Padre Vilaseca, la Madre Cesarita y todos los Josefinos y Josefinas que han muerto en Cristo, imploran por la mediación poderosa de Jesús, María y José, para nosotros el espíritu, el Primitivo, por el cual podemos clamar “a lo josefino”; *Padre nuestro, que estás en el cielo,,,*

Mis muy amados Hermanos y Hermanas, valoremos al Padre y a la Madre que Dios nos dio: ellos nos dejaron su ejemplo; ellos nos dejaron su doctrina; ellos nos dejaron su espíritu. Correspondiendo a tanto amor, seamos josefinos de oración.

Con todo cariño el último de sus hermanos en Jesús, María y José, queda a sus manos este humilde esfuerzo.

P. Raúl de Jesús Rodríguez M., m. j.

Noviciado de san José del Buen Consejo, San Juan del Río, Qro., 25 de enero de 1983.

EL PADRE JOSÉ MARÍA VILASECA

Patria de origen. España. Nació en Igualada, provincia de Barcelona (Cataluña), el 19 de enero de 1831.

Patria de adopción. México. Se naturalizó el 24 de diciembre de 1880, para consagrar su vida a la evangelización de México.

Formación sacerdotal y religiosa. Eminente, recibida parte en el Seminario diocesano de Barcelona, y parte en México, en la Congregación de la Misión, a la que permaneció desde el 2 de abril de 1853 hasta el 27 de enero de 1877, en que profesó como Misionero Josefino.

Misionero. Celosísimo e infatigable. Recorrió varios estados de la República.

Apóstol de la prensa. Admirable. Se ha dicho que lo que hizo san Antonio María Claret en España, lo realizó el P. Vilaseca en México.

Forjador de sacerdotes. Fecundo, admirado y estimado. Hermosos testimonios nos han legado el Excmo. Sr. D. Leopoldo Ruiz y Flores, el Excmo. Sr. D. Emeterio Valverde y Téllez y su Sría. Ilma. D, Pedro Benavides, alumnos eximios del Colegio Clerical que el P. Vilaseca fundara en el año de 1872.

Fundador. De los misioneros Josefinos y de las Hermanas Josefinas de México.

Hombre de Dios. En grado superlativo. A los 31 años de edad y 6 de sacerdote, pronunció el voto de hacer siempre y en todo lo mejor, que cumplió durante toda su vida.

Maestro de vida espiritual. Lo fue en el ejercicio de su ministerio. Escritor, además, de una fecundidad extraordinaria, legó un acervo increíble de obras editadas y manuscritas dedicadas casi en su totalidad a enseñar los caminos de las pobres arrepentidas, a las Hijas de María, a los niños, a los ancianos, a los casados, a los jóvenes, a los hermanos de Religión, a los sacerdotes y, finalmente, con especial cariño y entrañable dedicación, a sus misioneros josefinos y hermanas josefinas.

Maestra de oración. Lo fue por su doctrina: este Tratado es breve síntesis de cuanto nos legó al respecto. Pero lo fue, sobre todo por su ejemplo: la portada que ilustra esta obra, es estilización de una fotografía que se le tomó durante un raptó (¿éxtasis?) que tuvo en la capilla del Colegio de la Paz en Veracruz.

Muerte. La de los justos, el día 3 de abril de 1910 en Tacubaya, D.F. Una planta regada con su sangre esta obrando prodigios que manifiestan hasta qué punto fue precioso su tránsito a los ojos del Señor.

Glorificación. La esperamos de la Divina Bondad. Se está trabajando en su causa.

El Siervo de Dios P. José María Vilaseca:

I* Vamos a hablar a nuestros hijos e hijas, sobre la oración, ordenando nuestros antiguos manuscritos; pues nos ha parecido que su lectura, redundaría a honra y gloria de Dios, provecho de nosotros mismos y no poca utilidad para la salvación de las almas.

II Por su medio, en cuanto dependa de nosotros, procuraremos fijar, como es debido, en nuestro Instituto y en el de las Hijas de María del señor san José, la práctica de la oración que nos es en gran manera conveniente, por ser su práctica la más importante del espíritu para un alma consagrada a Dios; porque sin la oración ¿qué seremos? Nada, nada ciertamente.

III A fin de que la oración sea más fácil, útil y provechosa, comunicaremos a este Tratado toda la extensión que creímos conveniente, por estar persuadidos que, con la práctica de la oración, podremos llegar a ser un día personas verdaderamente espirituales, y de grande y positiva utilidad para la salvación de las almas, así como personas de positivo saber por nuestros estudios que, con la oración, lo haremos a la mayor honra y gloria de Dios.

IV La discreción de los espíritus va a pronunciarnos una especie de instrucciones muy distintas.

V Aquí no se trata de los grados de oración, sino las circunstancias que nos los definen como legítimos, y no como marrullerías del maligno; no de la purgación del sentido, sino del obrar circunstanciado que lo acompaña, sea por parte de Dios, para purificar el alma, sea por parte de Satanás para impedirlo; no de la noche del espíritu, sino de la distinción de los peligros que la llena el astuto tentador, tratando de arrebatarse al alma de los brazos de su Dios; no de virtud alguna, y todas han de sujetarse a este discernimiento para ver que realmente lo sean; no del Espíritu propio, sino de las

* Advertencia:

La presente publicación es la reproducción de los originales que el P. Vilaseca escribió entre 1880-1905. por este motivo, se advertirá un estilo al que ya no está habituado el hombre moderno. Además, sin pretensiones literarias, lo hizo en castellano, siendo el catalán su lengua materna.

Nuestro deseo de poner en manos de nuestros lectores este texto es que conozcan la doctrina sobre la oración tal como nos la legó el Siervo de Dios para provecho de las almas deseosas de satisfacción.

cualidades que adornarlo deben, para que no tomemos por tal una mera ficción del enemigo; y por decirlo con san Pablo, se trata de todo: del examinarlo todo, para abstenernos de lo imperfecto, y únicamente practiquemos lo que tiene la garantía de lo mejor.

VI Quiera el Señor San José, el gran Santo de la acción y de la contemplación, echar sobre este Tratado su bendición poderosa, para que su lectura produzca en todos los divinos efectos que mi pobre espíritu no ha sabido comunicarle; y para que a su tiempo perfeccionen nuestros hijos lo que nosotros estaríamos muy contentos, con sólo haberlo sabido delinear.

VII Ojalá que todos comenzáramos desde ahora a ser hombres de oración conforme nuestras necesidades, el muy santo espíritu de la Iglesia nuestra Madre, y la continuada oración del Señor San José nuestro Padre, nuestro Protector, nuestro Fundador.

VIII Entre tanto ofrecemos de nuestra parte este corto trabajo a la mayor honra y gloria de Dios, de la siempre Virgen María en su gloriosa Asunción a los cielos y de su virginal Esposo, nuestro Maestro, el Señor San José.

PRIMERA PARTE NECESIDAD DE LA ORACIÓN

1. Jesús oró

1. Todos podemos y debemos mostrarnos muy agradecidos a nuestro buen Jesús, porque se nos dio a sí mismo como motivo eficazmente poderoso para que fuésemos hombres de oración.

2. Jesús oró, y en fuerza de su oración dio comienzo a su siempre sobreabundantísima redención.

3. Desde que pudo decirse que el Verbo quedó hecho carne, y por tanto que existió nuestra Redención, desde aquel momento comenzó su oración a favor de todos sus redimidos; y oración que salió de sus soberanos labios, sin cesar, sin interrupción, y deseando siempre que nos salváramos y fuésemos todos redimidos.

4. Jesús oró, y a su oración teórica unió la práctica, ofreciéndose todo cual era en sacrificio que, como hostia viviente y de propiciación, debía ofrecerse al Eterno Padre para la salud de todos los hombres.

5. Oró, y oró por todos, tanto por los cristianos que se aprovecharon luego de su infinita redención, como por todos aquellos que aún son infieles; y oraba siempre a favor de todos, con las entrañas de la más acendrada caridad.

6. Jesús oró en el patíbulo de la cruz, oró a su Padre celestial por sus enemigos, y oró al dar su último suspiro, y sigue orando resucitado, siguió orando subiendo a los cielos, y ahora ora siendo nuestro verdadero abogado ante el Padre celestial para que nadie se pierda.

7. La oración del Señor es infinita en sí misma, pero no es infinita en su aplicación; ésta depende de nosotros mismos y según sea nuestra correspondencia a la gracia de Dios.

8. Por tanto unamos nuestra oración con la de Jesucristo, y portémonos de modo que sepamos orar.

9. Oremos por nosotros; oremos como miembros del Instituto; oremos por todas sus obras; oremos para que éstas crezcan y se multipliquen tanto, que hagamos lo que

Dios quiere; y oremos de modo que siempre y para siempre oremos oración la más fervorosa.

10. como los Apóstoles, pidámosle a Jesús que nos enseñe a hacer oración.

2. María y José imitaron a Jesús

11. María y José oran no como Jesús, porque su oración es de Dios, pero sí como Padres de Jesús, que oran como las criaturas más privilegiadas de todas cuentas existen y de todas cuantas puedan existir.

12. Ellos oran uniendo su oración a la de Jesús; y oran interesándose tanto en nuestro favor que desean que ni uno sólo se pierda y que todos nos salvemos.

13. Y oran de este modo, porque forman con Jesús una misma cosa, ya que forman la sagrada familia, ya que todos desean lo que Dios desea, ya que no pueden pensar en otra cosa que en darse a todo el género humano, para que de hecho, en cuanto está de su parte, ninguno de los miembros de esta inmensa familia nos perdamos y todos nos salvemos.

14. Es, a la verdad, muy admirable la conducta santísima de la sagrada familia a favor de todo el género humano, y esto ha de hacer que todos procuremos corresponder a tanta gracia y bendición.

15. Oremos con María la Madre de Dios; oremos con José el Padre Virginal de Jesús, oremos con María cuyo patrocinio se extiende por todas las partes de la tierra; y oremos con José a quien se ha encargado de una manera muy especial que salve al Romano Pontífice, que salve a toda la iglesia docente, que salve a todos los fieles.

3. Con María y José imitemos a Jesús.

16. No es por tanto una criatura la que debemos imitar, sino al mismo Creador; Él nos presenta su propia conducta para que hagamos lo que Él hizo; y si Él se dio a la oración, es claro que nosotros hemos de dedicarnos a tan divino ejercicio.

17. ¡Cuándo amaremos a Jesús! ¡Cuándo procuraremos corresponder a tanto amor! ¡Cuándo entraremos tanto de nosotros mismos que unamos nuestra oración con la del Salvador!

18. ¡Oh, si comprendiéramos lo que encierran las palabras del Evangelio que nos dicen que Jesucristo pasaba las noches en oración! ¡Oh, si pudiéramos entrever la gran dicha que nos reporta el poder hacer lo que hizo el mismo Hijo de Dios!

19. No cabe duda que es un pensamiento tan elevado, que no podemos dilucidarlo bastantemente, porque si los sabios se glorían de la escuela a la cual pertenecieron por el maestro que les enseñó, ¿qué gloria debe ser la nuestra, sabiendo que es la escuela de Jesús la que debe enseñarnos a hacer oración, y que es Jesús mismo el que nos violenta con dulzura para que nos demos a ella?

20. Tal es ciertamente la oración que hemos de imitar; ¡cómo no! ora nuestro Maestro, y nosotros, cuya dicha consiste en poder ser sus discípulos, ¿no oraremos?; ora nuestro Redentor, y nosotros sus redimidos, que se nos han aplicado los efectos de su oración, ¿no oraremos?; ora por nosotros al Padre para que sea Padre nuestro como es Padre suyo, y nosotros, ¿no oraremos para recibir los soberanos beneficios de esta paternidad divina?

21. Con su oración nos reconcilia con Dios, nos libra de la muerte y del pecado, nos abre las puertas del cielo, y nos prepara un trono en cuyo asiento seremos felices para siempre, y ¿nosotros dejaremos de orar, neutralizando así su copiosa redención?

22. ¡Oh poderosísimo Señor San José! no, no permitas que tal sea la conducta de algún misionero josefino, o de algunas de nuestras Hijas de María del Señor San José; haznos a todos personas de oración, y de oración que sea la más semejante a la de Jesús, ya que su oración es el motivo de la oración nuestra.

4. Sin la oración nada podemos

23. La santa oración es para todos tan necesaria e indispensable, que nos sirve ella para todas las cosas; porque orando, todo lo podemos alcanzar de nuestro buen Dios.

24. El que ora aprende muy pronto que Dios es todo y que él es nada; aprende que con Dios todo lo puede y que sin el no puede nada; aprende que ha de trabajar en espera de su salvación con aquel poder de Dios que nada se resiste a él, y aprende a esperarlo todo de Dios.

25. Confiemos en la manera más absoluta en los auxilios divinos; y no confiemos lo más mínimo en nuestros propios auxilios, porque nosotros de nosotros mismos nada podemos.

26. La oración es para un josefino y una josefina como la espada del soldado; un josefino o una josefina sin oración son como un cadáver, porque ella es como el espíritu de nuestro espíritu; sin ella perdemos irremisiblemente la gracia de la vocación, al paso que con sólo ella la conservaremos; el único modo de santificarnos es la oración; el feliz resultado de nuestras funciones depende de la oración; en una palabra, que la oración es para nosotros todas las cosas.

27. ¡Qué motivos tan asazmente poderosos para que seamos hombres de oración, para que nunca la dejemos, para que hagamos de ella el aprecio que se merece! ¡Qué motivo tan poderoso para que nos acostumbremos a consultar con la oración todos nuestros negocios como siempre y en toda ocasión ha sido la admirable conducta de los Santos!

28. Haz cuanto puedas, pero poniendo toda tu confianza en Dios y no en ti mismo; y ora con tanto fervor como si todo dependiera de tus súplicas dirigidas a Dios: ¡Así lo entendió teórica y prácticamente el señor san José, por esto fue el hombre de la oración!

5. Sin la oración no hay perfección

29. Un misionero aun en el retiro de su casa, tiene mucho que hacer para practicar convenientemente aquel: *El fin primero de su Instituto es su propia perfección.*

30. Como si dijéramos: ha de observar los votos, los consejos evangélicos, las virtudes que caracterizan nuestro espíritu, todas las reglas tanto comunes como especiales los oficios, sin menospreciar las cosas pequeñas; y aun aquella divina máxima de aspirar a la Nada de la tierra, y aun a la Nada del cielo, y aspirar siempre a lo mejor, cuando no se estuviere absolutamente obligado a quedar satisfecho con el simple bien.

31. ¿Cuánta la oración que se necesita para poder practicar la Nada de la tierra, la Nada del cielo, y principalmente procurar la práctica de aquello que es lo mejor? y ¿cómo practicar lo dicho sin oración?; primero el cielo tocará la tierra antes que estos e verifique: es imposible.

32. ¡Tan necesaria es la oración a un simple misionero, y a una simple Hija de María Josefina!

33. Por otra parte, la perseverancia en el bien obrar, la victoria de las tentaciones, el levantarse de las caídas y el conservarse en la presencia de Dios hasta el fin, no son otra cosa que los efectos de la oración.

34. Pues si ni aun salir del pecado puede sin la oración, ¿cuánto menos podrá alcanzar la gracia?, ¿cuánto menos podrá aspirar a la santidad?; ¿cuánto menos formar en su alma las exquisitas labores de la perfección cristiana?; y ¿cuánto menos llegar a la santidad que es propia de su estado?

35. No lo extrañemos; porque la oración es un espejo en que el alma se ve todas sus manchas y fealdades, y aun cuanto puede hacerle desagradable a Dios; y en la oración es donde nos hace conocer Dios lo que quiere que hagamos o que evitemos.

36. Y así como el que está frente a su tocador fácilmente ve lo que le falta y casi con la misma facilidad se distribuye los adornos según lo cree conveniente; así el josefino que se da a la oración verá en este místico espejo lo que le falta a su alma, y aun encontrará en el mismo lo necesario para adquirir la más perfecta santificación.

37. En la oración es donde un alma ciega recobra la vista, la sorda oye en ella la voz de Dios y se hace atenta a las inspiraciones, y la tibia y floja viene, por medio de la oración, a hacerse valiente, esforzada y generosa.

38. la oración es la fuente de la juventud espiritual, donde el alma se rejuvenece y se renueva enteramente con las gracias que en ella recibe.

39. un hombre de oración de todo será capaz, pudiendo decir con el Apóstol: *Todo lo puedo en aquél que me conforta*; porque la oración es aquella torre de David, de donde cuelgan armas de toda especie, ya para defenderse de sus enemigos, ya para combatirlos y derrocarlos.

40. En fin, ha sido conducta de todos los Santos, por el mismo hecho de estar tan unidos con Dios, el ser hombres de oración; y por abrumados que se viesan de ocupaciones y en cualquier parte que se hallasen, la oración para ellos es el sacrificio del día; y lo ofrecían con movimientos tan visos, que no pudiendo sufrir su ardor, lo exhalaban con suspiros que sólo ellos no advertían.

41. Como por experiencia conocían los grandes frutos de la oración, la prescribieron a sus hijos como ley inviolable y se persuadieron que sus obras subsistirían cuanto tiempo la oración se observare.

42. Por todas estas cosas se ve que el ejercicio de la oración es en gran manera necesario a un misionero y a una hija de María del señor san José, porque con él puede reformarse y alcanzar la santidad que su estado les reclama.

43. por tanto, concibamos una grande estimación de este ejercicio, resolvámonos firmemente a no omitirlo jamás, y evitemos con sumo cuidado todos los obstáculos que pudieran ocurrir en el tiempo señalado para la oración; porque si somos fieles en hacer la oración, recibiremos grandes gracias, fundadas en las promesas que el Hijo de Dios hizo en éstos términos: *Pedid y recibiréis*.

44. ¡Oh amantísimo Padre mío Señor San José! Tú que fuiste el hombre de la oración, al modo que por tu estado mereciste ser llamado varón de dolores; hazme la gracia de que por tus mismos dolores y gozos, nos demos a la práctica de tan soberano ejercicio, y acertemos a orar de un modo tan práctico que de hecho nos perfeccionemos.

6. Sin la oración no hay verdadero apostolado

45. Además del fin primordial, que es nuestra perfección, tenemos otros fines, a saber: la enseñanza de la juventud y el ejercicio de las Misiones y demás empleos que nos señalan las reglas.

46. Ciertamente no cumpliremos estos deberes, sino mediante la oración, pudiendo decir con toda verdad que si no somos hombres de oración, jamás seremos buenos para la instrucción y educación de la juventud, ni para las Misiones, ni para los demás ejercicios de caridad que nos imponen las reglas.

47. No debe extrañarse que algunos sean como inútiles en la enseñanza, y que en el ejercicio de nuestro ministerio apostólico nada hagan; porque nuestras funciones, aunque exigen una ciencia más que regular, exigen principalmente una piedad consumada, y cuando falta ésta, por no haberla alimentado con la oración, entonces en el ejercicio del ministerio nos asemejamos a una campana que suena, pero que no convierte.

48. Esto hacía decir a un gran misionero, que la oración es como un soplo que enciende e inflama más y más el fuego del divino celo; y a la manera que se apaga la fragua, a medida que cesan los fuelles hasta llegar a extinguirse la última chispa; así se extingue y se apaga del todo el celo de la salud de las almas, desde el momento que ha cesado en nosotros el místico soplo de la oración.

49. Dios es una corriente de luz y de amor; de Él hemos de recibir lo que tenemos que decir a otros; por tanto, antes debemos vaciarnos de nuestro propio espíritu y de nuestros sentimientos particulares, para llenarnos de la gracia del Espíritu santo, que es el único que alumbrá el entendimiento e inflama la voluntad, para las grandes resoluciones, que son las obradoras de grandes portentos.

50 de lo cual se sigue, que para convertir almas es necesario que los hombres apostólicos hablen más a Dios de los pecadores, que a los pecadores de Dios; y que se revistan, como el caudillo de Israel, del espíritu de oración y de recogimiento interior.

51. La educación de la juventud en los colegios católicos, si es una cosa muy difícil de desempeñarla bien, al mismo tiempo se hace muy fácil para los hombres dados a la oración; y nuestras carísimas hermanas josefinas, ni ellas mismas podrán practicar la caridad de Jesucristo a favor de la juventud y de los pobres, si no es mediante la oración.

52. ¿Es un hermano coadjutor de nuestro Instituto Josefino, el que medita sobre la necesidad que tiene de la oración?; ya puede concluir absolutamente que le es del todo necesaria, que sólo servirá de embarazo a la Comunidad si no es dado a la oración, y que sus buenos servicios para con los misioneros y los pobres no tendrán otra medida en bendición y utilidad, que el grado de su oración.

53. Así es como deben formarse los hermanos coadjutores de nuestro Instituto Josefino, así como nuestras Hijas de María Josefinas; y ojalá que tanto unos como otras procuren unir el amor al trabajo con el espíritu de oración.

54. Es una cosa en gran manera deseable, el que todos los misioneros y josefinas amen mucho la oración; porque sin ella poco o ningún fruto harán, y con su ayuda es cierto que moverán los corazones y harán grandes conversiones.

55. ¡Oh, si amáramos la oración como ella se merece! ¡Oh, si la apreciáramos según todos sus efectos! ¡Oh Señor San José! ¡concédenos esta gracia, ya que por nosotros por nuestra miseria no sabemos infundírsela a persona alguna!

7. Sin la oración, grandemente pelagra el sacerdote

56. nadie como el sacerdote debe ser el hombre del fervor y de la oración; porque nadie como él es el hombre de los divinos misterios y de la unión con Dios.

57. Un sacerdote está en peligro de perderse si no sabe edificar dentro de sí mismo una misteriosa soledad donde repare las fuerzas y la disipación, porque el comercio del mundo no puede menos que ir gastando.

58. un sacerdote sin oración es un soldado sin armas, una guía sin luz, un pastor sin llamado, un predicador sin voz, un maestro sin ciencia, un atalaya sin ojos y un corneta sin aliento.

59. El pastor está en su parroquia *en alto grado de virtudes*; y desde esta altura, desde la meditación de su oficio, y desde la noche de la oración, ha de mirar el pastor a lo alto, de donde ha de venir el socorro: *Levanto mis ojos a los montes de donde me vendrá el auxilio.*

60. Para que el Cura no se condene por la pérdida de sus ovejas, necesita de muy frecuente oración, porque sólo con ella recibirá las luces que más necesita, ya que como dice Santiago: *Desciende del padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración.*

61. ¡Ay del que no mira a su pueblo! ¡y del que no lo conoce! ¿ay del que ignora aún los pecados de sus feligreses!: *Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la hoya.* Sí, apenas ha de mirar a Dios cuando luego ha de volver los ojos a su rebaño, y de la miseria de su pueblo, levantar debe de nuevo su vista a Dios.

62. La oración es el más excelente libro para los sacerdotes: en ella se aprende del divino Verbo las verdades eternas que han de enseñarse al pueblo.

63. La oración es la que hace que la Misa sea devota; que el rezo sea meritorio; que el rosario sea impretatorio; la administración de los santos Sacramentos, edificante; las palabras modestas; las obras castas; los pensamientos contenidos; el trato, apacible y manso, la condición, paciente y sufrida; las razones, cuerdas y acertadas; las exhortaciones, cuerdas y eficaces; el fin de todos los actos, puro y recto; la intención, santa y perfecta, y la acción en un todo, agradable y santa.

64. Por medio de la oración la ira de Dios se mitiga, el perdón se consigue, la pena se ausenta y el premio se adquiere; porque en fuerza de la oración recibe el alma del sacerdote tantas gracias, que todo lo enderezan, lo encaminan, lo lucen, lo suavizan y lo vencen.

65. El sacerdote que es hombre de oración, es el que solicita con el ejemplo y con la voz el que procura que usen sus feligreses de las fiestas para el mayor bien de las almas, el primero que les facilita las cosas para el mayor servicio de Dios, el que los alienta y los enseña en sus santas devociones, el que los aquieta, los consuela y los socorre; y en suma, él es el primero en la Iglesia, el primero en el rosario, el primero en la devoción, el primero ante el Santísimo Sacramento, y el primero que pide: él clama y llora por sí y por sus feligreses.

66. ¡Dichosos, sí, el sacerdote que así ora!

8. El josefino y la contemplación

67. La oración contemplación es efecto de la gracia de Dios.

68. Convenimos que el hombre no puede merecerla; pero Dios la da a los que encuentra bien dispuestos; no hemos nosotros de introducirla en el Instituto, sino que estamos seguros que Dios mismo lo hizo juntamente con la vocación.

69. Además, aunque la vida contemplativa sea más perfecta que la activa; pero no lo es más que la que abraza al mismo tiempo la contemplación y la acción, como lo hacen, por la gracia de Dios, nuestros dos Institutos.

70. Luego nuestra vida supone la vida contemplativa del mismo modo que la activa; y para que se nos entienda mejor, diremos: que al modo que hemos de ser apóstoles por la acción, así hemos de ser cartujos por la contemplación.

71. Es la contemplación una cosa tan necesaria a los misioneros y a las josefinas, que toda su excelencia se funda en la unión de estas dos vidas.

72. Hay una gran diferencia entre la vida apostólica y la soledad de los cartujos; y aunque ésta sea muy santa, mas no conviene de ningún modo a los que Dios ha llamado a

la primera; porque a no ser así, ni San Juan Bautista ni Jesucristo habrían dejado el desierto para ir a predicar a los pueblos.

73. La vida apostólica no excluye la contemplación, sino que la abraza y se sirve de ella para conocer mejor las verdades eternas que debe anunciar.

74. Todo lo cual nos hace concluir, que nada de nuestro Instituto se opone ni puede oponerse a la vida contemplativa; que bajo el punto de vista declarado, es la contemplación una cualidad en cierto modo inseparable del ser de Misionero y del ser de Hija de María Josefina.

9. Conclusión

75. A vista pues, de tales documentos, queda demostrada la necesidad suma que tenemos de la oración; que sólo con ella seremos verdaderos Misioneros Josefinos; que sólo con ella serán verdaderas Hijas de María Josefinas, lo que de hecho deben ser delante de Dios y de los hombres; al paso que sin ella seremos la abominación de la desolación colocada en el lugar santo de nuestro Instituto.

76. Démonos, pues, a la santa oración, a vista de Jesucristo que ora por nosotros; oremos por el prójimo, cuya salud pende de nuestra oración; oremos por nosotros mismos, para que con la oración seamos santos como Dios es Santo, y oremos de modo que alcancemos de Dios la gracia de las misiones a favor de nuestros indios bárbaros, el don de la enseñanza, la salvación de las almas mediante el ejercicio de nuestro sagrado ministerio; así como nuestras josefinas alcancen la práctica de la más ardiente caridad, y la dedicación más completa y absoluta a favor de los pobres y de la niñez y juventud.

SEGUNDA PARTE: NATURALEZA DE LA ORACIÓN

10. Introducción

11. Oración

77. Oración es una elevación del espíritu a Dios.

12. Sólo el hombre puede elevarse a Dios, conociéndolo y amándolo.

78. Entre todas las criaturas, es el hombre la criatura principal de todas cuantas residen en la tierra.

79. Aunque es cierto que Dios pudo hacernos insensibles como las piedras, los árboles y las plantas; o bien irracionales como los brutos y demás especies de animales, es también cierto que de hecho nos hizo seres racionales.

80. Un compuesto de alma y cuerpo; y cuerpo con sus sentidos y alma con sus potencias; y alma y cuerpo con una vocación tan sublime, tan noble, tan feliz, que somos criados para servirlo y amarlo en esta vida, y somos criados para verlo y gozarlo allá en el cielo por toda la eternidad.

81. Siendo el hombre criado por Dios y para Dios, claro está que había que comunicarse con él, y de hecho siempre se ha comunicado, ya de un modo natural, ya de una manera sobrenatural.

13. Creación

82. Se le comunica naturalmente por medio de los sentidos de su cuerpo.

83. No en vano más y más admirado el santo profeta rey, nos decía que los cielos y la tierra cantaban la gloria de Dios, porque cuanto hay en ellos aparece todo hermosos y perfectamente amable.

84. Los jardines, las selvas y los bosques, ¿qué son? son lugares admirables donde se canta la sabiduría de Dios. Una hoja ¿qué es? ¿cuántas preciosidades hay en ella?; una flor ¿qué es? ¿cuánto nos dicen su belleza, variedad y hermosura?; los frutos ¿qué son?...

85. ¡Ah! admiremos a Dios, y digamos que los cielos y la tierra, todo anuncia la gloria de Dios; y que nada hay más hermoso que la luz, nada más ameno que la esplendidez de los cielos, nada más admirable que las estrellas, y nada más gracioso, y útil y agradable, como esta infinita variedad de prados, de jardines, de selvas y de bosques.

86. ¡Dichosos el que sabe leer en el libro de los cielos! ¡Dichoso el que de la consideración de dichas criaturas pasa a considerar a su Creador, admirando su infinita sabiduría y tratando de amarlo todos los días más y más!

14.Revelación

87. Pero Dios tiene millares de modos para comunicarse con sus criaturas, y lo hace por medio de la divina revelación.

88. Esta revelación, tan importante para que el hombre dea Dios un culto digno de Él, es posible por parte de Dios, porque puede hacerla; lo es por parte del hombre, porque puede recibirla; y lo es por parte de la misma revelación, porque puede ser comunicada.

89. No solamente es posible, sino que también es necesaria, porque todos los pueblos que prescindieron de ella durante un alarga serie de siglos, vivieron envueltos en densísimas tinieblas.

90. Pues la necesidad de esta revelación se vio remediada de una manera especial con la venida de nuestro Señor, el cual nos enseñó todo lo que de la Divinidad y sus preceptos era necesario, hasta el punto de formar de cada hombre un verdadero adorador del Padre en espíritu y en verdad.

91. Para que esto se verificase, en los días del imperio de Tiberio César envió Dios a los hombres su Hijo Unigénito, que conocemos con el nombre de Jesucristo, y comenzó a cumplir con el mandato de su Padre, enseñándonos unos dogmas superiores a la razón y una moral infinitamente más sublime y más perfecta de cuantas había existido.

92. Él confirmó la revelación de la Iglesia de los judíos, declaró que iba a fundar una Iglesia nueva, un nuevo sacerdocio, una nueva víctima, y que los iba a enriquecer con una revelación nueva.

93. A este fin le habla de Dios, les habla de sí mismo como Verbo del Padre, y como hombre verdadero; y les habla de la redención del género humano, de su pasión y de su muerte, y de su resurrección.

94. Intima la obligación de amara su Padre celestial, al modo de orar, de ofrecerle todas nuestras acciones y aun los menores pensamientos y afectos.

95. Por tanto, adoremos con todo amor a Dios Padre, a su Hijo Unigénito, al Espíritu Santo Paráclito, y reconozcamos en la segunda Persona hecha hombre, a nuestro Redentor nacido en cuanto hombre de una Virgen Madre.

96. Amemos a Dios tan bueno, tan santo y tan perfecto; amemos a Dios nuestro Padre, que amándonos infinitamente, quiere comunicarse a sus criaturas.

TALENTOS DE LA ORACIÓN

97. Tenemos todo un viaje que hacer, y éste es el de nuestra perfección. La perfección es el término; el camino para llegar a él no es otro que la oración.

98. El estado de nuestra alma, que pende esencialmente de la voluntad del Que Es, varía según la influencia de la gracia, del mismo modo que varían las estaciones según la influencia del sol.

99. De ahí la necesidad no de un solo camino para llegar a la perfección, sino de diversos caminos, o lo que es lo mismo, no de un solo talento de oración, sino de los varios talentos que plugo a Dios comunicar a sus criaturas.

100. para recorrer el espacio que media entre el comienzo de la perfección y su término, es necesario hacer notar que hay cinco especies de camino, que corresponden a otros tantos talentos de oración: uno, oración vocal; el segundo, oración mental; el tercero, oración de actos de virtud; el cuarto, contemplación; y el quinto, mística unión.

101. Tales son los cinco talentos a grados de oración, enteramente distintos entre sí; tales son los pasos por los cuales caminamos a la perfección.

102. Al modo que el hombre que no hubiese recibido, de la naturaleza vista, estaría condenado por su ceguera a no dar un paso por sí solo; así el que no hubiese recibido ningún talento de oración no podría comunicar hacia el cumplimiento de sus deberes; pero este monstruo no existe en el mundo del espíritu.

103. Desde que se nos confirmó el bautismo se nos infundieron las gracias que el Espíritu Santo depositó en nuestro corazón, y una de las más principales fue el sentimiento de la oración.

104. Con el primer talento recorreremos este camino a paso de un pesadísimo carro; teniendo el segundo andamos tanto más cuanto un generoso caballero lo supera; con el tercero nos precipitamos felices por tan hermoso camino como el buque-correo que yende las olas en un momento; con el cuarto nos separamos de esta tierra, y al modo de águila y aun de rayo, volamos a Dios para contemplarlo a Él mismo; y con el quinto talento es nuestro andar la perfección ya sin medida, porque al paso del pensamiento volamos hacia Dios, para descansar en el seno de Dios, vivir la misma vida de Dios y penetrarnos del mismo Dios.

105. Supongamos por un momento que se truecan los caminos: que el carro abandona el suyo para seguir por la senda del caballo; que el caballo lo deja también para precipitarse por el camino de las olas; que el barco, dejando las aguas, intenta navegar por la región del aire; que el rayo, abandonando el espacio, se pone en el camino del pensamiento, y que a éste, al modo de irracional, se le obliga a rastrear por la tierra. ¡Qué serie de contradicciones! ¡qué conjunto de averías!; ninguno llegaría a su término.

106. Tal fuera la anomalía de uno de nuestros hijos o de nuestras Hijas de María Josefina, y tal la avería que sufriera en su alma, y tal la imposibilidad que se pondría de hacerse santo por un camino de oración que no sea el que Dios le ha dado.

107. Tal la necesidad de hacerse cargo de los grados de oración para no errar en negocios de tanta importancia, y saber uno verdaderamente a qué atenerse en cualquier camino en que se hallare.

CAPÍTULO 1.

PRIMER TALENTO: ORACIÓN VOCAL

15. Elevación del espíritu a Dios por la palabra.

108. Oración vocal es una súplica manifestada con el sonido de la voz.

109. Los que sólo tiene esta oración, no tiene más que un solo talento, pero que es tan bueno, que por sí solo, el que sabe granjearlo debidamente, adquirirá lo necesario para la vida eterna.

110. Así como los libros santos nos presentan a los Apóstoles con sólo este grado de oración, cuando el Señor les dijo: *Así pues, habéis de orar*; así supondremos ahora a nuestros hijos e hijas en el ejercicio de la oración vocal; y al modo del Salvador a sus Apóstoles, les diremos también: *Así pues, habéis de orar: Padre nuestro...*

111. Lo primero que se nos enseñó ya desde niños, fueron las oraciones de la Iglesia, y nuestros padres cuidaron de hacérselas repetir y con la debida frecuencia; luego nos enseñaron la oración de la mañana, del mediodía y de la noche, nos conducían a los actos de religión para que orásemos, nos hacían asistir a la Misa para que orásemos; en fin el rezo de todas las oraciones de la familia era para que orásemos.

112. Así se nos enseñó prácticamente la necesidad de la oración, ya que era del todo necesaria practicar el documento de Jesucristo: *Así pues, habéis de orar*; y tanto más,

cuanto que Él mismo ha afirmado con juramento no darnos la vida eterna, sino en cuanto se la pidiésemos por medio de la oración.

113. No menospreciamos, pues, un talento del cual no se puede prescindir y que es el fundamento de todos los demás.

114. Mas ¡cuántas almas lo menosprecian!; ¿por qué?; por su soberbia, o por su culpable tontera, porque es un solo talento; no haciéndose cargo que el siervo del evangelio fue condenado, no porque tuvo un solo talento, sino porque envuelto en un sudario lo enterró: ¡tal desenlace debe temer los que no se sirven de este grado de oración según la voluntad divina!

115. Persuadámonos que el uso de este talento no indica imperfección, porque la perfección de la oración no consiste en tenerla con mayor o menos elevación, sino en el grado de caridad con que se tiene; y persuadámonos que su uso no indica falta de santidad, ya que Jesucristo se dignó hacerla con nosotros, al decir a su Eterno Padre: *Padre nuestro...*

116. Por otra parte, Dios da los talentos a quien quiere, y frecuentemente hace ciertos cambios, que aquéllos mismos que por su contemplación, al modo de águila, parecían contemplar de hito en hito a la misma Divinidad, se ven obligados derrepente a tomar la oración vocal, y aun al mismo tiempo ejercer los dos talentos de oración a la vez, y aun todos los cinco en una misma hora de oración.

117. Tenemos, pues, la oración vocal como una dádiva de Jesucristo, y amémosla con todo nuestro corazón.

16. Efectos de la oración vocal

118. Este modo de orar, que es en gran manera fácil, es también admirablemente útil.

119. Él es el que despierta la devoción interior del corazón, y frecuentemente almas que se encuentran sumidas hasta el abismo de la sequedad, con solo abrir sus labios sienten como una renovación en su interior; porque el cuerpo halla su consuelo con las palabras que dice, y el alma encuentra refrigerio en su significado.

120. Este talento ha sido tan amado de los Santos, que san Agustín recién convertido, asistía a las funciones que hacía en Milán San Ambrosio, y el canto de los salmos y de los himnos, de las antífonas y de las lecciones, le movían tanto, que hacían brotar de sus ojos copiosos raudales de dulcísimas lagrimas: ¡tanto excita grandemente la devoción y tanto es obrador de excelentes deseos!

121. La oración vocal desahoga el corazón con una lluvia de afectos que calmándole, le hacen gustar las dulzuras de la devoción; ella prepara el fuego del santo amor y lo prepara para el futuro flamear divino; ella coma de alegría el espíritu, y le hace olvidar los rigores de la penitencia.

122. La seráfica Santa Teresa la ofrecía con las potencias exteriores de su cuerpo, preparándose admirablemente para más subida oración, que con frecuencia después de una corta oración vocal, su alma se enardecía, se inflamaba más y más, se extasiaba en su

Dios y Señor, quedaba presa de un raptó divino, y la que comenzaba rezando y aun leyendo una sencilla oración vocal, acababa con las suavísimas dulzuras de la mística unión con Dios.

123. ¿Qué más diremos en alabanza de este primer talento de oración? ¿no basta lo que hemos declarado?; ¡ah! ya no se extrañará que sea un talento tan recomendable, que justamente se enoje Dios contra aquéllos que lo desprecian, y que no solo no les da otro talento, sino que quitándoles aun el que ya poseían, los abandona a una suma miseria espiritual: ¡tal es la sentencia contra el despreciador de la oración que Jesucristo se dignó enseñarnos!

17. Medios para hacer buen uso de este talento

124. No basta decir una oración vocal para que sea buena y útil; es necesaria que vaya acompañada de reverencia y devoción interior; porque sin esto sería nuestra oración un vano sonido, que nos haría culpables de negligencia e irreverencia delante de Dios.

125. La atención es el medio más propio para ello.

126. Atención en las palabras, pronunciándolas todas y bien, procurando no errar ni precipitar, sino rezar siempre con aquella reverencia que debe inspirar la terrible Majestad del Dios vivo a quien nos dirigimos; pero sin tenernos por humillados al aplicarnos a esta atención, que es propia de un novicio, es verdad, pero que es el fundamento de la más subida oración.

127. Atención al significado de las palabras; es decir, que a la primera atención se añada esta segunda, y al paso que uno reza lo que debe, procura penetrarse de lo mismo que dice; y así llena su corazón de devotísimos sentimientos.

128. Atención a Dios: atiende a las palabras con su memoria o con su vista, atiende a su significado con su mente, y atiende a Dios, a quien ama y adora, con su voluntad y con los afectos de su corazón.

129. Esto es lo más perfecto de la atención, y es lo que todos debemos procurar si queremos que se diga de nosotros que en materia de oración es nuestra máxima constante e inviolable, aspirar siempre a lo mejor, supuesto que no estamos absolutamente obligados a quedar satisfechos con el simple bien.

18. ¿Hemos aprovechado este talento?

130. Recapitemos un momento sobre el empleo de este primer talento de oración, y digámonos: ¿qué han sucedido con nuestras oraciones vocales? ¿las ha recibido Dios? ¿por ventura las ha rechazado? ¿las ha escrito nuestro Ángel de Guarda o nuestro capital enemigo? ¿están escritas en el libro de la vida con caracteres de oro, de plata, de tinta o de simple agua, o quizá con los terribles caracteres de la reprobación?; y sobre todo ¿cómo rezamos el Oficio Divino? Pensémoslo muy bien y arreglémoslo mejor.

131. Esto es lo que debemos examinar, y lo hallaremos escrito en nuestra conciencia. ¡Oh, hijos míos! este examen es importante, es importantísimo remediar

nuestras faltas de la oración vocal. ¡Que nuestro gran Padre y Protector Señor San José, nos conduzca en todas nuestras oraciones vocales! Amén, amén, amén.

CAPÍTULO 2

SEGUNDO TALENTO: ORACIÓN MENTAL

19. Introducción

20. Elevación del espíritu a Dios por el ejercicio de las potencias del alma

132. Ya dijimos que por el segundo talento de la oración, entendíamos la oración mental.

133. Oración mental es un trato o conversación interior del alma con Dios, en la que ésta le tributa sus obsequios y medita sus verdades, con el fin de mover la voluntad a practicar la virtud.

134. No extrañemos este efecto de la oración, porque la voluntad es una potencia ciega y ella abraza o repele los objetos, según se los presenta al entendimiento.

135. ¡Qué verdad la que encierra esta máxima! casi me parece ver al Profeta cuando exclamaba: *Toda la tierra es desolación, por no haber quien recapacite en su oración.*

136. Por esto hay en el mundo tantos pecados, por esto la licencia de costumbres está a la orden del día, por esto la injusticia campea en los contratos, y por esto la tierra brota por doquiera abrojos de iniquidad y espinas de horrendos crímenes.

21. Oración mental diaria

137. Para que nuestro Instituto se conserve inocente en el mismo centro de la corrupción de la actual sociedad, presentamos a nuestros hijos su oración diaria, cuyos efectos son, acudir a Dios, limpiar el alma, y plantar en el lugar de las espinas del vicio las flores de la virtud que nuestras santas reglas nos ofrecen en cada momento.

138. Bien podemos asegurar con toda verdad, que es efecto de la oración no amar el pecado, despreciarlo, odiarlo y apartarlo del corazón con toda la fuerza.

139. Efecto de la oración es reconciliarse con Dios, reconocerse indigno del perdón, repetir actos frecuentes de contrición, y con una vida nueva asegurar de una vez la gracia divina.

140. Efecto de la oración es la vocación, la correspondencia a ella, nuestra entrada en el noviciado y los días que pensamos en el fervor.

141. En una palabra, los bienes espirituales no tiene otro origen que la oración.

142. ¡Cuánto adelantaría un alma y cuán preciosos frutos produciría en poco tiempo, si fuese cuidadosa en refrescarse con el suave rocío de la santa oración!

143. Se la vería crecer todos los días de virtud en virtud, así como el jardinero ve crecer sus plantas a proporción que las riega.

144. Y a semejanza de una hermosa aurora que aparece muy de mañana y va creciendo su luz hasta la del mediodía; del mismo modo el alma dada a la oración no deja de hacer nuevos progresos hasta que llegue el Sol de justicia que es la verdadera luz; y así como la luz se abisma en cierto modo con los resplandores del sol, así el alma se adhiere y aun se hace una misma cosa con Cristo Jesús.

145 ¡Oh, que hermosos pensamientos! y ¡cuán dignos de que los tengamos en consideración! Ellos suponen que en fuerza de la meditación, el alma crece todos los días de virtud en virtud; o lo que es lo mismo, que se hace todos los días más perfecta.

146. Como si dijera: con la práctica de la oración se hace observantísimo de la regla y un objeto de edificación para todos sus hermanos; se hace amantísimo de la caridad fraterna y muy celoso de la saluda de las almas; se hace muy sencillo para con Dios, y relativamente al prójimo aparece como cándida paloma; se desnuda enteramente de su propia voluntad y sólo opera según la voluntad de Dios.

147. No es extraño, porque de la meditación, como de su fuente, nace la caridad obradora de grandes actos de virtud; no es extraño, porque meditando, se considera la largueza de la divina bondad y la multitud de beneficios que benignamente se han recibido.

148. En la meditación reflexiona el alma sobre sus propios defectos, no obstante de ser llamada a una vida de tanta perfección; allí pondera el número y extensión de las propias miserias, y allí las compara con los edificantes ejemplos de sus hermanos; allí nota los llamamientos divinos que con tanta frecuencia ha recibido y la voluntad sordera con que ha correspondido a ellos.

149. Estas y otras reflexiones lo humillan hasta el fondo de sus miserias, su corazón se inflama hacia un Dios tan amante y tan amable por sus divinas perfecciones; su devoción se despierta para recobrar el tiempo perdido y se encuentra expedito para las cosas que son dignísimas de su vocación.

150. ¡Quiera Señor San José que todos experimentemos prontamente en nuestros corazones tan celestiales efectos mediante nuestra diaria meditación!

151. ¡Oh, Señor San José, y cuán agradecidos hemos de estar todos tus hijos por el beneficio de la vocación! ¡oh Santísimo Patriarca, y qué gratitud no debiera ser la mía, ya que todo es tuyo y sólo tuyo! por ti tengo el primer talento, tuyas son las mismas súplicas

que partiendo de mis labios llegaron a tu corazón, y tuyo este segundo talento de la oración mental.

152. ¡Oh gran Santo! infinidad de gracias te sean dadas por el incomparable beneficio de la oración mental, porque con ella podemos crecer en nuestras almas como las flores en un jardín hábilmente cultivado, y santificarnos conforme a la letra y el espíritu de nuestras santas reglas.

1. TÉCNICA DE LA ORACIÓN MENTAL

153. La ración mental tiene tres partes, que son: la preparación, el cuerpo de la oración y la conclusión.

22.1.1 Preparación remota

154. Para lo que se llama preparación remota debes poner en práctica los medios siguientes.

155. Cumplir bien con todas las obligaciones de tu estado, supuesto ya de antemano el cumplimiento exacto de la ley santa del Señor y de los mandamientos de nuestra Madre santa Iglesia; porque sin este fundamento todo se convertiría en engaño y vanidad.

156. Cuidar de no cometer pecados con frecuencia, aunque sean veniales, como mentirillas, etcétera, porque estas faltas cometidas con frecuencia y advertencia, agotan la fuente de la divina misericordia, y acaba con retirar de los que las cometen, la gracia de la devoción.

157. Guardar los sentidos, de modo que éstos no vayan pro donde gusten, porque después en la oración no se podría recoger, y esta es la causa por qué muchas almas, después de mucho tiempo de oración, han hecho todavía muy poca cosa; y seguirán haciendo muy poca cosa, mientras no guarden sus sentidos, sean enemigos del recogimiento, amigas de la curiosidad, de saber lo que nos les importa, de gastar el tiempo en visitas y platicas inútiles y demás cosas semejantes.

158. No permitir a tu corazón ninguna afición desarreglada por leve que te parezca, pues como la pajita, aunque pequeña, si entra en el ojo, hace notable estorbo para ver; así la afición que tiene el alma a cualquier criatura de este mundo, le impide que pueda conocer las divinas verdades.

159. Y para que esto se comprenda mejor, diremos que son de esta clase de aficioncillas cierta inclinación que sienten muchas almas, a tratar con personas de diferente sexo, aunque sea por el motivo de agradar a Dios y tratar sus espirituales negocios.

160. Procurar reprimir las pasiones de la ira y demás que se anidan en el corazón, porque ella siempre impiden que la vista del entendimiento vea a Dios.

161. Leer atentamente desde la víspera los puntos de la meditación hasta comprenderlos bien y fijarlos en la memoria; examinar a qué objeto se dirige cada uno, y cuál es el fruto espiritual que de él puede sacarse.

162. Acostarse con santos pensamientos; en caso de despertar en la noche recordar luego el punto de meditación; al levantarse, fijarte luego en el objeto de meditación.

163. Ser de los primeros que lleguen al ligar de la meditación, para que el Señor, compadecido de nuestra miseria, nos premie la puntualidad; hacer una visita especial antes de la meditación, pidiendo a Jesús, María y José la gracia de hacer bien la oración mental en aquel día.

23.1.2 Preparación próxima

164. La preparación próxima consiste en tres puntos: ponerse en la presencia de Dios; invocar la asistencia del Espíritu Santo; representarse el objeto de la oración.

a) Presencia de Dios; cómo ponerse en ella.

165. Puede uno ponerse en la presencia de Dios con un acto de fe, o con una simple mirada de nuestra alma a Dios, presente e todas partes con su inmensidad, que llena el cielo y la tierra; con su conocimiento, que penetra los más íntimos secretos de los corazones; y con su poder, que lo conserva todo e todas las cosas.

166. Con la memoria de Jesucristo nuestro Señor, a quien podemos considerar o como triunfante en el cielo desde donde nos mira, o como humillado y oculto en la Sagrada Eucaristía por nuestro amor, o en alguno de los misterios de su vida santísima.

167. Entrando dentro de nosotros mismos, y contemplando a Dios que habita en nuestro corazón por su gracia, espíritu y amor, como un rey en su trono y que espera en él nuestros homenajes y adoraciones; o como nuestro Soberano pontífice en su templo y santuario, que hace arder sobre el altar de nuestros corazones el fuego sagrado de su divino amor.

168. Al acto de presencia de Dios se le sigue el acto de humillación. Este acto es una verdadera consecuencia de Dios; porque así como la vista de un gran personaje de la tierra, de tal suerte confunde a un pobre villano que casi lo deja sin movimiento; así la presencia de Dios hecha con la debida fe, obra tan poderosamente sobre el alma, que la humilla hasta lo profundo; y como agradecida por el recibimiento de tan divina majestad, no puede menos que adorarla en espíritu y en verdad.

169. Humildad hijos míos, humildad; porque con las muchas humillaciones se logra la buena oración.

170. ¿Por qué no amamos la meditación como se merece? ¿por qué hemos tal vez aprovechado poco en tan santo y cotidiano ejercicio? no hay otra causa que la falta de fe en el acto de la presencia de Dios.

171. Por esto nos permitimos ciertos movimientos indignos del que está ante la Divinidad; por esto nuestra postura no es siempre la más devota; por esto estamos llenos de flojera en la meditación; por esto nuestro ánimo está remiso en la misma súplica; por esto nuestra imaginación vaga voluntariamente; por esto el tiempo de la oración se nos hace fastidioso, y por esto salimos poco aprovechados y nuestras resoluciones tan pronto son quebrantadas como hechas.

172. Convengo que la naturaleza, la enfermedad y el dominio se oponen a que hagamos bien la meditación; pero también hemos de convenir que una gran parte de estos males quedarán subsanados con divina presencia.

173. Pidámosla de veras al Señor San José, principalmente para el tiempo de la oración, a fin de que la tengamos todos sus hijos e hijas, según el espíritu de nuestra santa regla.

b) Petición de gracias

174. Adorado ya profundamente, por medio de una devota, fervorosa y humilde súplica le pide a Dios la gracia, le pide la luz para que pueda penetrar vivamente el objeto de la meditación, le pide afectos proporcionados al asunto del que se trata, le pide resoluciones prácticas y convenientes a sus necesidades, le pide fortaleza para no consentir a las distracciones que le asaltan; en una palabra, le pide la gracia de sacar todo el fruto de la oración, de modo que ore por Dios y sólo por Dios.

175. Hemos de hacer la invocación reconociendo nuestra impotencia para formar de nosotros mismos algún buen pensamiento; pidiendo al Espíritu Santo las luces y gracias necesarias para hacer bien la oración; rogando a la Virgen Santísima y a nuestro gran Padre Señor San José, a los Angeles y a los Santos que nos ayuden con su intercesión.

176. Como los Apóstoles se reunieron en el cenáculo, así nosotros nos juntamos en la capilla; ellos lo hicieron por el mandato de su Señor, nosotros por la voz de la obediencia que nos recuerda el mismo Dios; ellos como discípulos de un solo Maestro, y nosotros como los hijos del Señor San José. Pues ¿por qué no recibimos al Espíritu Santo como los Apóstoles?; no hay otro por qué de nuestra miseria.

177. Pedimos esa ayuda para hacer bien la oración, pero la pedimos con poco deseo; pedimos esa luz, pero es con poco amor, pedimos ese fuego, pero con la frialdad de la tibieza; por esto sacamos poco fruto de las invocaciones del Espíritu Santo.

178. Sea en adelante nuestra conducta enteramente opuesta; acompañemos nuestra súplica con un acto de fe que sea hijo del conocimiento que tenemos de su necesidad, y que sólo con él podremos hacer bien la oración; con un acto de esperanza, aguardando que nos concederá por su bondad lo que merecemos por nuestra ingratitud, y con un acto de amor, amando de corazón y de voluntad al único que puede en lo divino.

c) Objeto de la oración y composición del lugar

179. nos representaremos el objeto de la oración brevemente, y sólo para fijar nuestro entendimiento en un objeto particular, y evitar por este medio la divagación y distracción, con una mirada general hacia su utilidad y al fruto que de él se puede sacar.

180. Si el objeto que para la oración o meditación se nos hubiera leído no conviene a las actuales disposiciones de nuestra alma, será necesario proponerse otro más conforme a nuestras necesidades, como desarraigar el vicio al que tenemos mayor propensión, al adquirir una virtud que nos falta.

181. La composición de lugar tiene por objeto materializar la oración lo más que nos sea dable, para atar de algún modo nuestra imaginación.

182. Así, meditando uno sobre la muerte, se considera ya en los últimos días de su vida, desahuciado de los médicos, fortificado con los auxilios de la religión y teniendo en su mano la vela encendida, que le recuerda la inocencia con la que había de haberse conservado.

183. ¿Se medita el juicio?; se hace sensible poniendo todo lo conveniente a un juicio; pero juicio en el que el juez es el mismo Dios, el reo es el que medita, el pecado es el cuerpo del delito, los demonios los acusadores.

184. Lo más frecuente de estas representaciones es cuando se medita sobre la vida, pasión y muerte de nuestro Divino Redentor, y en ella uno considera la escena como si pasara dentro de sí mismo, y como que ve los personajes, los oye, habla con ellos, los acompaña y se reviste de sus sentimientos.

185. Esta es nuestra práctica, así nos lo enseñó el maestro de Novicios, y parece aún que todos los días se nos recuerda cuando recitamos los actos de preparación para la oración.

186. Muchas veces no entra en la meditación la composición de lugar, ya porque se medita un cosa abstracta, y no se encuentran imágenes materiales que le convengan, ya porque el esto de la persona que medita no tiene necesidad de hacerla, ni conviene tal vez que la haga, y aún tal vez se encuentra en cabal importancia de representárselo.

187. ¡Ojalá que el Señor San José de tal suerte nos proteja a todos, que todos lleguemos a ser con toda verdad hombres de oración.

24.1.3 Cuerpo de la oración

188. El cuerpo de la oración consiste en tres cosas: hacer consideraciones o reflexiones sobre el objeto de la oración; formar diferentes afectos; tomar resoluciones conformes a las necesidades de nuestra alma.

d) a) Consideraciones o reflexiones

189. Hay diversos modos de hacerse las consideraciones o reflexiones sobre el objeto que nos hemos propuesto, y se reduce a tres, a saber: Sobre las virtudes y vicios; sobre los misterios; sobre las máximas del Evangelio contenidas en las reglas.

e) Sobre las virtudes o vicios

190. Las consideraciones sobre las virtudes o sobre los vicios se hacen:

191. Ponderando las razones o motivos particulares que nos obligan a la práctica de la virtud y a la fuga del vicio; las cuales por parte de la virtud son su excelencia, necesidad y utilidad, y por parte del vicio, su fealdad y los grandes daños que de él nos resultan en esta vida y en la otra.

192. Considerando en qué consiste la virtud o el vicio, y cuáles son sus señales, actos y defectos.

193. Buscando los medios que nos pueden ayudar a practicar la virtud y a huir del vicio. Entre estos medios unos son generales, otros particulares: los generales son la oración, la mortificación, el temor y el amor de Dios; los particulares son todos los que tienen una especial relación con la virtud o vicio sobre que meditamos, los cuales nos sugiere Dios cuando le buscamos con un corazón sincero.

f) Sobre los misterios de la vida de Jesús, María y José, etc.

194. Las consideraciones sobre los misterios se hacen recapacitando todas las circunstancias de la persona, del objeto, del lugar, de los medios, del tiempo y del fin del misterio que se medita.

195. Dirigiendo la consideración de todas estas circunstancias a excitar en nosotros el amor de Dios, la práctica del bien y la fuga del mal; pues los misterios deben hacernos entrar en el verdadero modo de meditar sobre las virtudes y vicios que acabamos de meditar.

g) Sobre las máximas del Evangelio y las de las Reglas

196. Las consideraciones sobre las máximas del Evangelio y contenidas en las reglas, se hacen acordándose con respeto de su autor, que es Jesucristo nuestro Señor, y considerando su excelencia, verdad, certitud, y la oposición que tiene a las máximas del mundo, siempre falsas y engañosas.

197. Como estas máximas nos recomiendan siempre la práctica de algunas virtudes, o la fuga de algún vicio, se puede meditar sobre las tales virtudes o vicios según el primer modo arriba propuesto.

h) b) Afectos

198. Los afectos en la oración se han de formar con diferentes actos y movimientos interiores, nacidos de un corazón movido y convencido de las verdades que se meditan.

199. Tales son los de una fe viva, de confianza, de amor, de humildad, de adoración, de acción de gracias, de resignación, de oferta, de súplica, etc.; o si se medita sobre algún vicio o pecado, los de odio, de horror, de detestación, de contrición, de una santa indignación, contra nosotros mismos, etc.

200. Los afectos son una cosa tan esencial a la meditación, que desde el momento que ellos faltan deja de ser oración mental, y aquel tiempo pasada entre nuestros

hermanos para orar, se convierte en un estudio que pudo ser útil para los demás, pero no lo es para santificarnos.

201. Esta idea de la necesidad de los afectos en la oración, ha de ser de tal suerte nuestra, que hemos de establecer como máxima inviolable, que la diferencia que media entre el estudio y la oración es, que en aquel no se emplea más que el entendimiento, al paso que en la meditación se emplea principalmente la voluntad y el corazón, con cuyos afectos y resoluciones manifestamos a Dios nuestro amor, y de hecho lo amamos.

202. Como los afectos no son otra cosa que las funciones del corazón y de la voluntad, de ahí resulta que las reflexiones no han de ser aisladas, sino que han de tener por resultado la práctica; que la instrucción que sacamos de la meditación no ha de quedarse al entendimiento, sino que ha de dirigirse a mover la voluntad y aficionarla a lo bueno, a desnudarla de todo lo contrario, y hacerla tan firme que su querer sea su obrar.

203. Tan práctica, por tanto, ha de ser nuestra oración, que en ella debe ejercitar el misionero las virtudes sólidas del cristianismo; debe extenderse al examen de lo que se le ha confiado, a las personas con quienes ha de tratar, a las ocasiones en que puede hallarse, ala reforma de sí mismo; en una palabra, a obrar todo aquello que en algún modo puede apartarlo del mal y conducirlo al bien.

204. Al mismo tiempo debe ser tan afectiva, que procure excitar e sí mismo la llama del divino amor, procurando, no solo con las obras, sí que también de corazón, amar a Dios.

205. No es menester haber hecho todas las consideraciones para formar los afectos, porque siendo estos afectos como el alma de toda oración, deben mezclarse en todos los actos que la componen.

i) c) Resoluciones

206. Las resoluciones deben formarse de modo que pueden servir a nuestro adelantamiento en la virtud.

207. La mayor parte de los afectos que tenemos e la oración casi podrían aplicarse a otras tantas resoluciones; y así como conviene que los afectos sean propios, prácticos e inflamados, así deben serlo las resoluciones.

208. No conviene en detenerse en resoluciones demasiado vagas y generales, sino tomar algunas particulares, conformes a nuestras diarias necesidades, las cuales no deben multiplicarse, sino que nos habemos de contentar con dos, o tres a lo más, cada día, e insistir en las mismas hasta que se conozca el provecho que de ellas nos resulta.

209. Así como el que va a la botica por medicamento, no toma la medicina que primero le viene a la mano, sino que la escoge para que le sirva conforme a su enfermedad; así debes tomar en la oración resoluciones prácticas, resoluciones que te sirvan para aquel día, para los momentos del mismo día, a fin de que sanes de hecho las enfermedades de tu espíritu y acabes con el pecado.

210. No andar en la oración, como se dice, como gato entre brasas, sino que hasta conseguir victoria del vicio que más te domine, no pases a trabajar con todas tus fuerzas

para extinguir otro vicio; porque trabajarías en vano, arrojando de ti al enemigo menos, cuando el mayor queda en tu alma.

211. ¡Ojalá que nunca olvidáremos este documento! ¡ojalá que descendiéramos siempre a la práctica! ¡ojalá que nunca dejáremos de hacerlo con tanta utilidad!

25.1.4 Conclusión

212. La conclusión consiste en tres actos: agradecer a Dios las gracias y los buenos pensamientos que nos ha concedido; ofrecer a Dios estos mismos pensamientos y las resoluciones que hemos tomado; pedir a Dios la gracia de ponerlas en ejecución.

j) a) Actos de agradecimiento

213. Haremos el acto de agradecimiento con un breve sentimiento de corazón, a quien las luces y gracias recibidas de Dios en la oración han movido y excitado su gratitud hacia Él.

k) b) Acto de ofrecimiento

214. El acto de ofrecimiento se ha de hacer con una firme persuasión de que todos nuestros pensamientos, afectos y resoluciones, serán estériles por nuestra negligencia e infidelidad, si Dios no las bendice confirmando y perfeccionando en nosotros el bien que ha comenzado. Y ved aquí por qué debemos pedirle su divina gracia.

l) c) Acto de petición

215. Haremos esta petición por mérito de Jesucristo nuestro Señor, por intercesión de la Santísima Virgen, de los Angeles y de los Santos; acompañando esta petición con un grande sentimiento de humildad y desconfianza de nosotros mismos, y confiando en la sola bondad de Dios, de quien debemos esperar que, después de habernos hecho conocer y amar el bien de la oración, nos lo hará poner por obra; sobre todo, nos dirigiremos a San José como el más tierno niño a su buen Padre.

26.1.5. Coloquio y ramillete espiritual

216. Es un gran medio para hacer bien la oración el escuchar a Dios con humildad y confianza en el fondo del corazón, y hablarle con la franqueza que tiene un hijo con su padre; y esto es lo que llaman coloquio.

217. Pueden hacerse semejantes coloquios con Jesucristo nuestro Señor, con la Santísima Virgen, con nuestro gran Padre Señor San José, con el santo ángel de la guarda y con los Santos.

218. Para sacar más fruto se la oración es bueno acordarse entre día de algún buen pensamiento que nos ha movido más que los otros, y a esto llaman ramillete espiritual; porque la memoria que de él conservamos, viene a ser como una odorífera flor que

derrama suavidad en nuestra alma, despierta su atención, la excita al amor de Dios y de la virtud, y está destinada a servirnos todo el día.

27.1.6. Importancia y orden de los actos hasta ahora descritos

219. No es necesario hacer todos los actos que acabamos de explicar y seguir este mismo orden; basta entretenernos con Dios en la oración, y mientras alguno de estos actos ocupe nuestro espíritu y corazón con el Señor, conviene detenernos y no pasar a otros sino cuando fuere necesario, esto es, cuando conozcamos que nuestro espíritu se distrae y nuestro corazón se resfría.

2. CONTEMPLACIÓN ADQUIRIDA

220. El alma busca a Dios por la meditación, le habla y le retiene por el afecto amoroso de la contemplación.

221. He aquí lo que se llama contemplación adquirida, porque el alma, con los auxilios de la gracia y la meditación, la busca y la adquiere cuando a Dios le place.

222. Cuando el alma la tiene, se queda sin discurrir, entiende la verdad divina, se encuentra llena de admiración, y la voluntad ama a Dios y se resuelve a hacer por Él todo sacrificio.

223. Así como el que busca una alhaja de mucho valor, así que la encuentra, deja de buscarla y no piensa más que en asegurar el objeto encontrado; así debe ponerse el que medita buscando el amabilísimo tesoro de la contemplación, porque una vez encontrado debe gozar de él, según los divinos afectos del corazón que ya es verdaderamente amante de Dios.

224. Veámoslo con un caso práctico; meditas sobre los azotes que recibió Jesucristo, piensas por qué causa es maltratado al mismo Hijo de Dios, piensas qué es lo que le puede mover a padecer por nuestros pecados, y concluyes que sólo el amor, sólo el amor infinito que te profesa; y que sólo por el amor que te tiene ha obrado tantas y tan grandes acciones.

225. En este caso, si observas que tu voluntad se inclina al amor de Dios, déjate de discurrir y meditar, párate con sola la fe a conocer aquel amor infinito que a tu Dios obligó a padecer tanto para redimirte, correspóndele a Dios con el afecto amoroso de tu

voluntad, recreáte en Dios, tenlo dentro de tu corazón, y di como la Esposa de los Cantares, que de tu parte ya no lo dejarás partir.

226. Humildad, hijos míos, humildad, y con esto se alcanza; y por consiguiente podrán alcanzarla todos y cada uno de nuestros misioneros, y todas y cada una de nuestras Hijas de María Josefinas.

3. PRUEBAS DE PURIFICACIÓN EN ESTA ORACIÓN

227. Muchas veces se pregunta si la oración acompañada de distracciones y sequedades es útil. A lo que debe responderse:

228. Si las sequedades y distracciones son porque la criatura anda divertida en cosas inútiles y que no le importan, está claro que mientras anda en esas vanas ocupaciones nada aprovechará.

229. Si las tales distracciones provienen del trabajo que siente en meditar, mientras que el alma haga de su parte lo que pueda su oración le es muy provechosa, y le es quizás tanto más útil y meritoria, cuando su corazón se queda más duro y desconsolado.

230. Por consiguiente, no se debe hacer caso de las distracciones, de las sequedades, de las tentaciones, y mucho menos debe uno comenzar a pensar si consistió o no consistió, sino perseverar humilde en la presencia del Señor, como Cristo Señor nuestro en la oración del huerto, en el prendimiento, en los azotes, en toda su pasión.

231. El resultado de la oración no depende de nuestra propia voluntad; de lo que se sigue, que a veces oramos con fervor, con gusto, con satisfacción, y otras oramos con una aridez de espíritu que nos hiela el corazón.

232. Te conviene en gran manera saber apreciar debidamente el mérito extraordinario de la aridez del espíritu; la cual es tanto más meritoria ante Dios, cuando mayor sea tu aridez, más grande tu disgusto, y cuanto aumente más tu malestar, tu miedo, tu temor, tu tristeza.

233. En toda oración le gusta mucho a Dios la aridez de tu espíritu, si vives sin pecado mortal, si detestas de corazón lo pecados pasados, si evitas las ocasiones que pueden ponerse en peligro de ofenderle de nuevo; y si a esto añadieses huir del pecado venial, no cometerlo voluntariamente, y aun procurares salir de las imperfecciones, en este caso te aseguro que estás bien y que estarás óptimamente bien.

234. Considera cuán bueno es Dios, cuánto nos ama, cuánto se interesa por nuestro bien; porque la aridez de espíritu nos viene, no como un castigo, sino como un medio amoroso de nuestro buen Dios, que no sólo no quiere la muerte del pecado, sino que viva y se convierta; sí que también quiera que los justos aumenten su justicia, y quiere que los santos se hagan más santos.

235. Por esto hace Dios que no podamos orar, para que nos humillemos, y nos humillemos tanto y tan de corazón, que venzamos la maldita soberbia.

236. Por tanto, si orando o meditando te viniere la aridez de espíritu, en este caso, no abandones tu ejercicio, continúa en él, persevera más y más en él, y entonces tu oración pasa a ser racional, verdaderamente es hija de tu voluntad, y nuestro buen Dios que te ve solícito y perseverante en su servicio, te premia más esta aridez, que la oración más fervorosa que podrías tener con los deseos más vehementes del cielo.

237. Amemos a un Dios de tanta misericordia, que nos cura con tanta bondad, y amemos al humildísimo José, para que nos aprovechemos de sus gracias que con tanta bondad nos dispensa, nos descubre lo que somos, y así, humildes, no salvemos.

238. ¡Cuántas veces la oración del Señor San José fue tan árida como la de Jesús en Getsemaní! procuremos imitarlo de corazón.

4. EL INCOMPARABLE BENEFICIO DE LA ORACIÓN MENTAL

239. El beneficio de la vocación pocas veces aparece a nuestra vista de un modo tan digno de nuestros afectos, como cuando una la considera como una madre cariñosa que nos alimenta todos los días en su seno por medio de la santa meditación.

240. En efecto, aquella misma campana que nos llama a comer y a descansar, es la misma que por nuestra dicha nos llama a hacer oración.

241. ¡Oh, y qué modo de orar tan excelente!; aquí el devoto misionero y la afortunada josefina se representa la vida de Jesús, y los considera de modelos; pone a la vista la conducta de María, y se enamora de sus virtudes; se fija en su querido Padre Señor San José, y comienza a amarlo entrañablemente, y lo distingue como el mayor de los Santos; examina el porte de los Bienaventurados, y ve en cada uno de ellos realizado lo que debe practicar; y pesa también las verdades eternas, los preceptos divinos, los consejos evangélicos, el espíritu que nos es propio, en una palabra, cuanto hay en el cielo y en la tierra; porque todo, absolutamente todo, puede ser objeto de nuestra meditación.

242. ¡Qué mucho que recomendamos la oración mental o meditación, hasta el punto de hacérsela del todo indispensable!

243. Si tales son los efectos de la oración mental, tomemos la resolución firme de hacerla siempre, de hacerla el tiempo señalado, y de hacerla a su debido tiempo, y de hacerla tomando los debidos modelos de Jesús, María y José, y porque por este camino seremos santos y llegaremos de hecho a al práctica de las virtudes más heroicas.

CAPÍTULO 3

TERCER TALENTO: ORACIÓN DE ACTOS DE VIRTUD

28. Introducción

29. Elevación del espíritu a Dios por las obras

244. Como hemos tomado la pluma no para hacerlo de sabios, sino para ser útil y provechoso a nuestros queridos hijos, vamos a sensibilizar nuestro pensamiento lo más que nos sea dable; y ojalá que de este modo les enseñemos la práctica de la oración de actos de virtud.

245. No puede dudarse que hay una oración en la que no juegan ni la imaginación, ni la fantasía, ni la memoria, ni el discurso; en todas las comunidades hay personas, y frecuentemente las mejores, que no pueden aplicarse a la meditación, en la que uno se sirve de la imaginación y del discurso.

246. Esto no es una cosa extraordinaria, sino muy ordinaria; porque es una consecuencia y como un premio de la anterior observancia; y que en vez de ser castigo de un Dios enojado, es un cariño de su inmenso amor.

247. Por consiguiente, no es verdad que tales personas no puedan hacer oración, sino tan sólo no pueden meditar, pero pueden hacer la oración que consiste en actos de virtud.

248. Esto acontece a un josefino o a una josefina que no ha caído en la tibieza, sino que conserva el fervor de un novicio, o que en caso de haber dado esta caída, ya se levantó de ella con un nuevo fervor; no con un fervor sensible, sino con el fervor esencial

que exterioriza por medio de la observancia, y principalmente por cierto sentimiento que experimenta a la más pequeña ofensa, que casi involuntariamente hace a Dios, atendida su debilidad y miseria.

249. La oración de actos de virtud, y que apellidamos tercer talento de oración, no es una cosa nueva, es tan antigua como la oración mental, puesto que no es más que su consecuencia.

250. Porque a la manera en que el género humano pasa el hombre de la adolescencia a la mocedad; así en el mundo místico pasa el alma de la oración meditación, a la oración de actos de virtud; y así como no está la monstruosidad en que el adolescente pase a ser mozo, sino en el que no pase a serlo; así no es nada repugnante el paso del segundo al tercer grado de oración; y lo será en gran manera el quererlo impedir.

251. ¿Qué es, pues, la oración de actos de virtud? *es la elevación del espíritu a Dios*; y así como en la oración vocal se manifiesta dicha elevación con las palabras, y en la oración mental con los actos de la potencia; así en la oración de actos de virtud se manifiesta *con los actos de la voluntad y del corazón*.

252. En esta oración no se medita porque ya se ha meditado; no se convence el entendimiento porque éste ya está convencido; no se sirve de la imaginación: en suma, no se medita, porque el Señor, por un efecto de su bondad, ha enriquecido al alma con el tercer grado de oración.

253. Es por otra parte tan propia de nosotros esta oración de actos de virtud, que queremos que tengan todos por máxima inviolable, que el objeto principal de la oración no es el tener pensamientos elevados y afectos tiernos, sino el adquirir virtudes y hacer buenas obras.

254. Pues si el objeto de la oración es adquirir virtudes ¿por qué nos quejamos de haber recibido una oración que tiene por objeto esencial su verdadera y continua adquisición?

255. ¡Oh! si lo meditáramos bien, veríamos que nos quejamos porque se nos ha concedido la gracia de llegar al fin sin necesidad de pensar por los medios; porque se nos dan los frutos sin haber tenido que subir al árbol para cegarlos; y finalmente, porque se nos pone al término de la oración sin pensar el camino de la meditación.

256. Para que notemos mejor su diferencia, y nuestro corazón descanse tranquilo en tan seguros brazos, recordemos lo que nos pasaba en la meditación.

257. Leíamos la meditación por ejemplo sobre la obediencia, y buscábamos los motivos de obedecer. Podemos decir que empleábamos toda clase de razones, los ejemplos más edificantes, las sentencias más expresivas de los Padres, los pasajes más propios de la Sagrada Escritura, todo lo pensábamos, lo rumiábamos, y de todo sacábamos conclusiones... ¿y todo para qué? para adquirir este fruto: *obedeceré*.

258. Pero no paraba aquí; el día siguiente eran necesarios nuevos argumentos y repetir los antiguos... En suma, nuestra meditación era un continuo discurrir para poder formar la resolución: *obedeceré*.

259. Mas en este tercer grado de oración ya todo está hecho y no hay necesidad de discurso para convencerse; sino que al modo de Moisés, que con su vara tocó la piedra de

Obed y brotó de ella un río de frescas y cristalinas aguas; así Dios con la vara de nuestras meditaciones pasadas golpeó nuestro corazón, y sin cesar brota de él la fuente misteriosa de la práctica de la virtud.

260. No es, pues, este convencimiento efecto de la imaginación; sino que es el resultado de habernos enriquecido el Señor con un nuevo grado de oración; y oración que nos ennoblece, que nos hace más privilegiados que los descendientes de Abraham y nos hace poseedores de la virtud.

261. ¡Oh poderosísimo José!, concede esta gracia a todos y a cada uno de tus hijos e hijas que forman el Instituto de tus dos familias.

1. MARAVILLAS DE LA GRACIA EN ESTE TERCER TALENTO

30.1.1 Primera maravilla: profundas convicciones en la razón

262. Aunque es verdad que toda oración tiene por objeto el conocimiento de Dios; pero también lo es que de un modo lo conoce el que ora vocalmente, de otro el que ora mentalmente y de otro el que ora con la oración de actos de virtud.

263. Y a la manera que el primero anda el camino de la perfección al monótono paso de un carro, el segundo como el que anda a caballo y el tercero como el buque que hiende las aguas; así con esta misma proporción se reciben los conocimientos de Dios.

264. En esta oración comienza el alma a sentirse llamada para considerar a Dios con ideas divinas y no al modo de un hombre; ya no se acorta en esta oración su bondad, no se le atribuye cierta flaqueza o el olvido tan propio de nuestra miseria.

265. Elevándose el espíritu sobre todo conocimiento humano, comienza a considerarse como Dios sufrido y compasivo, y tan Padre y tan bueno para con todas sus criaturas, que al paso que quiere la salvación de todas, con todo, a cada cual le envía aquel grado de penas, de trabajos, de dolores, de persecuciones, de tormentos, y aun aquel género de muerte que el más conforme con su estado.

266. Este conocimiento aquí lo disfruta el alma con la mayor viveza, y le engendra grande paz, y amor, y caridad, y ternura y afectos.

267. Es propio de los mundanos el trabajar con empeño para poder poseer los bienes del mundo. ¿Y quién de ellos posee la verdad? ¿esa verdad que es una como Dios, que es intrínsecamente buena y que es el mismo Dios?

268. Esta verdad se adquiere en esta oración; y para desarrollar más nuestra idea diremos, que en esta oración conoce el alma que la tiene: *que posee más y menos de lo que merece; que de penas y trabajos cuando más mejor: que Dios no lo necesita sino para hacerle mercedes; que mucho hace quien mucho ama; que nadie tiene más trabajo que lo que Dios le ha dado, y que Dios y trabajos, Dios es.*

269. Verdades que constituyen la práctica de un verdadero misionero, así como la vida feliz de una venturosa Hija de María Josefina.

m) Dios no me necesita sino para hacerme mercedes.

270. A la manera que el oro más resplandeciente no siempre es el más puro; así los grandes deseos de hacer obras por Dios, mediante el práctico ejercicio del celo, no son siempre los más agradables a su Divina Majestad.

271. De ahí es que con frecuencia los acompaña cierta precipitación e impaciencia, y esto señala lo que tiene de impureza; y cuando llegan a hacer perder algo la paz y la quietud, este resultado indica su cantidad de amor.

272. Pues en esta oración aprende el alma a obrar por Dios, quedando como ciertísima de que Dios no la necesita, sino para hacerle bienes; y por otra parte que es un instrumento tan ruin, que sólo tiene la habilidad de echarle todo a perder.

273. Con estos dos principios queda enteramente fundado para hacer la voluntad de Dios, y se halla igualmente contento en el trabajo y en el silencio, en los ejercicios del celo y ocupado en su cuarto, en las obras ruidosas de caridad y en la quietud del estudio, en las misiones salvando a los demás y en la oración santificándose a sí mismo.

274. Y no puede tener otro resultado, porque sabe que Dios no lo necesita sino para hacerle mercedes, y que él de sí mismo sólo es bueno para echarle todo a perder.

275. ¡Qué documento! ¿quién podrá alterar la paz de semejante misionero, y de tan dichosa josefina? nadie, ciertamente que nadie.

276. Por esto afirmo con toda verdad, que estando en posesión de este tercer talento de oración, cada uno se quedará tranquilo en medio de las mayores contradicciones y reveses; y aun quitándole el cebo sucio de la afición, aun perdiendo su salud y sus fuerzas, aun huyendo de él los arrimos de sus parientes y amigos; en una palabra, solo y desamparado queda en paz, porque ha roto y alas prisiones de lo terreno y comienza a gozar la libertad santa de los hijos de Dios.

n) Nadie tiene más que lo que Dios le da

277. Verdad es ésta no menos sabida que olvidada en la práctica; y olvidado que es el origen de muchas faltas.

278. En esta ocasión se aprende que uno es el que Dios quiso, y que lo poco que tiene es pura gracia; se hace uno agradecido, se sumerge en el abismo de la divina bondad.

279. Si puesto en la oración se ve visitado con gracias, las admite porque en aquella dádiva ve la bondad de Dios; pero las admite con un grande sentimiento de su indignidad, las reconoce todas como pura misericordia de Dios, todas se las retorna sin quedarse con la más mínima parte, y aun sin permitir que el amor propio se complazca en su recuerdo.

280. Si no las recibe, que queda tan contento como antes, y aun más, porque se ve lejísimos de merecerlas; y ve que es harta gracia el poderle servir a Dios lo que tanto necesita para salvarse, y el ser admitido como Lázaro para alimentarse con las migajas que caen de la mesa del Señor.

281. En esta oración se aprende a aplicar esta verdad a favor del prójimo, a no juzgar a sus hermanos aunque su conducta no sea la que debe, a no indignarse de su condición aunque sea baja y villana, y a no despreciar sus talentos aunque muy cortos; no se incomoda, no se escandaliza de nada, como que sabe que si Dios le negara sus gracias aun sería peor que ellos.

282. Cuando se trata de hechos que le han dicho o ha visto, sigue cuatro reglas: no creer lo que le han dicho o que no ha visto; cuando el hecho es tal cuya existencia no puede negarse, busca con caridad industriosa razones para que no se le imputen; cuando el hecho es tan notorio que no puede negarse, defiende al menos la intención; y cuando está tan marcada que ni siquiera puede tergiversarse, entonces afirma que sólo una tentación muy fuerte ha podido ocasionar una falta tan grave, lo contrario no se concibe que hubiese caído.

283. Finalmente, ama al prójimo con aquel amor de caridad que es el amor con que uno ama a Dios. De ahí es que no lo ama por lo que él es en sí, ni lo ama por las dotes del cuerpo, ni aun por los eminentes dones con los que el Señor enriquece su espíritu, sino únicamente por Dios.

284. Todo esto lo sabe de un modo práctico, sintiéndolo en el centro de su corazón, y reconociéndolo como una verdad celestial y divina.

o) Más tengo y menos tengo de lo que merezco

285. En efecto, el alma en el tercer grado de oración, uno de los frutos más ricos que alcanza es el cerciorarse de que más tiene y menos tiene de lo que merece.

286. No es esto una contradicción, es entre las verdades del espíritu una de las más verdaderas; porque es como si dijera, más tengo de fervores de lo que merezco, porque no merezco ninguno; menos tengo de trabajos de los que merezco, porque merezco lo sumo de ellos.

287. Esta verdad es hija del conocimiento de su propia miseria, del mismo modo que es fruto admirable del tercer talento de oración y de lo continuado de los actos de virtud.

288. Asentado este principio, no se espanta de cuanto le acontece y aun puede sucederle; no se turba por no recibir la luz que iluminando hace gozar y deleitarse a lo divino; ni tampoco se admira de no ser tratado como aquellas sus queridas esposas, porque ve claramente que no lo merece.

289. Y acordándose que merece más trabajos que los que tiene, se anima a purificarse su cuerpo, su espíritu y corazón; se abraza con los trabajos exteriores que se le presentan, recibe con gusto las penas internas, y está tan lejos de la murmuración contra su Divina Majestad, que aun se espanta de la blandura con que le trata.

290. No decimos que este grado haya perdido el sentimiento; al contrario, confesamos que lo experimenta; más cuando la naturaleza se queja, la aquieta con estas palabras: *¡cómo! ¿acaso no mereces el infierno? ¿por qué tanta soberbia?* y con esto se restablece en la más completa tranquilidad.

291. ¡Qué verdad tan instructiva! yo creo que puede compararse a los avisos de salud que daba el Santo Tobías a sus compatriotas: *Les daba avisos saludables.*

292. ¡Oh, dulce y purísima oración, que con tanto almíbar nos endulzas es espíritu! ¿Cuándo, oh José, oh santísimo Padre mío, poseeré tan divina oración? hazme esta gracia, para que sólo ansíe en un todo hacer la santísima voluntad de Dios. Amén, amén, amén.

p) Dios y trabajos, Dios es

293. Esta verdad no la ven todos, y por lo mismo debe ser considerada como una de las principales verdades de un hijo del Santísimo Patriarca, que fue el hombre del dolor; y verdad que es al mismo tiempo uno de los dictámenes más seguros del espíritu.

294. Bajo la palabra trabajo entendemos toda cruz que puede Dios enviar a una criatura.

295. Pues en esta oración se aprende a conocer que aun en medio de los mayores trabajos y de las más grandes penas se tiene a Dios, cuando se está en su divina gracia.

296. Porque a la manera que Jesucristo con sus tormentos infinitos y con sus infinitos padecimientos nos manifestó que era Dios, así se manifiesta que Dios está en una alma según la medida de las tribulaciones que le envía.

297. Hay personas que lloran sus trabajos, se desconsuelan en sus necesidades, y muchas veces pierden la salud y la cabeza, y aun se afligen hasta experimentar ciertos conatos de desesperación. ¿Y por qué esta conducta? por no estar bien sentado en este principio: que Dios y trabajos, Dios es.

298. Cada uno quiere la cruz a su modo: tal es el triste efecto, y tal la causa de nuestros atrasos en la virtud. Porque no nos contentamos con lo que Dios nos da, sino que le añadimos o quitamos conforme nuestro capricho.

299. ¡Oh, y cómo olvidamos con esta conducta una verdad fundamental!: olvidamos que los trabajos que Dios nos envía son la medicina del alma, y que a la manera que el médico no receta al enfermo la medicina que éste quiere, sino la que más le conviene atendida su enfermedad; así Dios no puede enviarnos lo que a nosotros nos place, sino lo que reclaman las enfermedades del espíritu.

300. ¿Y aún no nos fiaremos de Dios? ¿no es Dios el que dispone todas las cruces y da a cada uno lo que más le conviene? ¿no es Él el fidelísimo, y el que sabe de cierto cuyo es lo que más nos conviene a nuestro enfermo espíritu? Así nos lo asegura el Espíritu Santo; por tanto, nos conviene el que le estemos sujetos.

301. Convine que padezcamos, que deseemos padecer, pero no según nuestro humor o natural, sin según la voluntad de Dios.

302. Tanto importa el que no queramos que el trabajo y la aflicción lo acomode a Dios a nuestra voluntad, sino que nosotros acomodemos nuestra voluntad a los trabajos.

303. Este es el sentimiento del Apóstol: Señor, ¿qué quieres que haga? acto heroico en el cual se dio a Dios del modo completo y absoluto.

304. Venga, pues, la cruz; pero advirtamos que no sea una cruz cualquiera: no la cruz hija de mi natural, no la pena dirigida por mi inclinación, no el trabajo elaborado en la fragua de mi genio, y por decirlo de una vez, tomamos la cruz, mas no cruz ajena, sino la cruz propia.

305. Esta es la cruz que hemos de recibir con reverencia, porque es la cruz que nos manda llevar Jesucristo, y cruz que nos conviene del todo, porque ella ni es corta, ni larga, ni pesada, sino que está según la propia medida y con el peso que nos es más proporcionado.

306. Con esta cruz dice el Salvador que lo hemos de seguir: *sígueme*. No hemos de seguir a Cristo arrastrando la cruz, sino que con grande ánimo hemos de levantarla, cargarla solitos sobre nuestros hombros, y seguir valerosos los pasos del Señor.

307. ¡Oh venturoso el que así posee a Dios y que Éste se le hace sentir por medio de trabajos! Dichoso por que tiene a Dios que es el bien esencial, tiene la sustancia de toda gloria, sin los accidentes, y tiene la mayor seguridad que puede haber en este mundo. ¡Tan cierto es que Dios y trabajos, Dios es!

q) De penas y trabajos cuanto más mejor

308. Es nuestra naturaleza como esos burros mañosos, que todo lo hacen, menos la voluntad de su dueño; y a la manera que éstos a la mejor ocasión se echan con la carga al suelo, así nuestra naturaleza por la corrupción que le es propia no quiere llevar la carga que el mismo Dios le impone, y aun la arroja para huir de toda apretura interior y exterior.

309. Los trabajos, las penas, las aflicciones, los dolores, las enfermedades, la agonía y la misma muerte, todo esto ha de venir; porque éste es el estado de nuestra alma y de nuestro cuerpo, mientras vivamos.

310. ¡Dichosa el alma que al sentirse así afligida, en su modo de obrar procure hacerse tan generosa, que le diga a Dios que está dispuesta a sufrir aquellos dolores en su cuerpo, o aquellos trabajos en su espíritu hasta el fin de su vida, si ésta fuere la voluntad de Dios!

311. Dicha paciencia en los trabajos de la vida, es señal segurísima de su predestinación para la gloria; porque entra por el camino del padecer que nos enseñó nuestro buen Dios.

312. Dicha paciencia es un bien tan grande, que cuando llega a cierto grado, tratándose de penas interiores y exteriores, se convierte en el precioso anillo con el que el alma así crucificada se desposa con Jesús crucificado.

313. Dicha paciencia eleva el alma a una dignidad tan grande, que de hecho el Señor la vas escogiendo para colocarla al trono de su dignidad altísima; y es de tanta utilidad para el que la posee, que él es el verdadero dueño de su corazón y de su alma, y nada de los vientos de las pasiones puede mortificarla.

314. El buen religioso, conforme con tan amable paciencia, asemeja su alma con la de Jesús crucificado y desde aquel momento aumenta la gracia divina y la multiplica, y crece en gracia y virtud ante Dios y ante los hombres.

315. ¡Oh Salvador! ¿Cuándo nos convenceremos bien que no es carga lo que Dios nos impone? ¿Cuándo iremos derechos a Dios mediante el llevar la cruz que Él mismo nos impusiera? ¿Cuándo será esto Señor San José, tú que eres el más afamado maestro de la santa oración?

316. Amemos a un Dios crucificado, que así nos ha hecho semejantes a Él, y nos ha tratado afortunadamente como trató a Abraham, Isaac y Jacob; a Tobías y David; a los profetas, a los apóstoles, a los mártires y a los confesores; y nos trata sí de un modo especial, como especialísimamente trató a sus purísimos y virginales Padres José y María.

317. ¡Ah, padezcamos por Dios aun en lo más adverso; padezcamos con generosidad, aunque el corazón se despedace de dolor y aunque el alma se sintiese más amarga que el absintio y que la hiel!

318. ¡Oh, amantísimo Padre mío! enséñanos a amar tanto este grado de esta oración, que le demos gracias a Dios por habernos introducido en él, ya que de hecho en él se recibe bien la cruz, se abraza uno con ella según la voluntad divina, y aun se desea; deseando por tanto y con grande afecto las enfermedades y tentaciones, las flaquezas y olvidos, los desconsuelos y afrentas, la falta de talento y la carencia de todo don celestial, para que toda nuestra vida se torne en cruz; pero cruz dulce, cruz amable, cruz querida.

319. ¡Oh divina oración! yo te quiero, porque me harás exclamar que, de penas y trabajos cuando más mejor. ¡Oh, quién pronunciara tan divina sentencia con todo corazón y afecto!

r) Mucho hace quien mucho ama

320. Verdad divina y que es un hermoso fruto que el alma ha recogido en este tercer grado de oración.

321. Con ella cesan los deseos hijos del amor propio, las fatigas tomadas por la propia voluntad, y aun las ansias indiscretas que sólo sirven para descubrirnos que aún no somos de Dios. Pues por medio de esta oración se aprende la máxima que remedia a todo esto y que dice que *mucho hace quien mucho ama*.

322. Aquí se conoce la vida oculta de Nuestro Señor, se nos da noticia de la grande ocupación que es gozar a Dios, entrar en la posesión gozosa de la paz interior, anhelar por la parte escogidísima de María y fijarse en un todo en la ocupación sustancial de Marta, que es igualmente servir a Dios.

323. En esta oración se entiende algo del amor espiritual de los ángeles; porque al modo que entre ellos están igualmente contentos los que bajan del cielo para custodiar a los hombres, como los que se quedan en la gloria para entonar el Santo, Santo, Santo; así

el verdadero Josefino y la fervorosa Hija de María del Señor San José, que llega a la posesión de este tercer grado de oración, al modo de ángel, está igualmente contento en cualquier ocupación, porque ya sabe cantar en su trabajo y en su descanso el cántico de amor y de alabanza que tiene por objeto la mayor honra y gloria de Dios.

324. En esta oración en fin, sin no hace grandes obras, es porque no puede hacerlas, siendo en cambio sus deseos los de glorificar a Dios, de unirse al gusto de Dios, de transformarse por espíritu en la voluntad de Dios: y por decirlo de una vez, está tan contento comiendo y bebiendo, como entre las hogueras y lagos de leones, porque le basta saber que mucho hace quien mucho ama.

325. Digna verdad que redujo a la práctica San José amando a lo divino a Jesús y María; y verdad que hablará sin duda en nuestro corazón, *el que en su corazón habla verdad*, si por nuestra dicha somos sus verdaderos hijos en el ejercicio de la santa oración.

31.1.2 Segunda maravilla: irresistibles mociones en la voluntad

s) Afectos de admiración

326. En esta oración nacen más que en ninguna otra de las que hemos explicado hasta ahora, los afectos de admiración, y nacen en el alma por el conocimiento que adquiere de cosas nuevas: afectos que, aunque no hay ninguna verdad que no los pueda producir, pero de hecho son ellos el más maravilloso resultado de este tercer grado de oración; por esto hemos creído que será bueno hacerlo ver prácticamente.

327. En efecto, aunque todos sabemos cuánto tiene de admirable el Santísimo Sacramento, pero no se experimenta de ordinario esta admiración, sino en este grado de oración; y aquí se siente el entendimiento como anegarse a vista de la novedad que descubre por doquiera.

328. ¡Cómo! ¡todo un Dios se me da a Sí mismo! ¡y se me da para que lo coma! ¡y para hacerme compañía, logrando de esta manera en no dejarme huérfano!

329. ¡Cómo! ¿está en el cielo y revestido de una gloria eterna, y viene a mi pobre morada que tiene por adorno la ingratitud? ¿es amado infinitamente y viene a mi corazón que es frío como el mármol?

330. ¡Cómo! Él viene con un amor puro, constante, cariñoso, tiernísimo. Él se oculta bajo las especies sacramentales. Él se coloca bajo el pan para entrar de este modo en mi corazón. Él se convierte en aparente vino para correr por todas mis venas y penetrarme, identificarme y... pero ¿qué no ha hecho?

331. Y ¿por qué? oh Salvador mío, no eres el dueño de mi corazón? ¿por qué ayer que te recibí no te consideré? ¿por qué soy tan adusto a tanta fineza? ¿por qué no me confieso rendido?

332. No son menores los afectos tratándose del Verbo Encarnado; porque un Dios, que desciende del cielo, que viste nuestra humanidad, que nace como nosotros y como nosotros se alimenta y se sujeta a todas las miserias a excepción del pecado, es una idea

que, acompañada de la luz que es propia de esta oración, experimenta el alma una admiración que no sabe explicar. Lo mismo acontece con los demás misterios y verdades.

333. Así es como el alma se entretiene en esta oración, y el pensamiento se eleva, y se goza de verse amado, y se admira de un trato tan bondadoso, y se lanza en el inmenso océano del divino amor; y aquí el alma conoce sus miserias y conoce que sólo son menores que la misericordia de Dios.

334. Estos afectos no son hijos de l discurso, ni de la imaginación; porque en esta oración ni se imagina ni se discurre: son pensamientos sueltos, es el corazón que goza, es la luz divina que llana al lama de la admiración.

335. ¡Qué oración tan divina! no cabe duda que del centro mismo de la aflicción brota el consuelo que hiciera exclamar a David: *Gustad y ved cuán suave es el Señor*. ¿José! ¿mi padre Señor San José! haz que pronto esta sea mi oración.

t) Afectos de dolor y confusión

336. Aunque en esta oración el alma no siempre está clara para poder experimentar las afectos de la admiración, pero siempre lo está para recibir la luz que los produce, y que frecuentemente los convierte en afectos de dolor.

337. ¡Qué consuelo! aquí el alma por medio de la humildad profunda que la alimenta, entra en el conocimiento de sí misma.

338. Aquí el recuerdo de sus culpas pasadas y los incontables beneficios de su Dios; aquí pesa su ingratitud y villanía y la benéfica liberalidad de quien ha ofendido; aquí su inclinación en no hacer lo que Dios quiere, y la inclinación divina en atraerlo a su amor; aquí, en fin, el llenarse de confusión por sus actuales faltas, por sus injusticias y por las llagas que le abre todavía su amor propio.

339. Aquí el penetrarse con dolor íntimo por haber ofendido a Dios; aquí los deseos de morir de pena a trueque de que su corazón no se hubiese manchado; aquí el conocimiento de algún modo experimental de lo que es la Majestad de Dios y el ponderar por fin la fealdad de su conducta; porque si sería feísima teniendo una sola culpa venial, ¿cómo será después de una vida?

340. Estos actos de dolor crecen tanto, que se convierten en actos de confusión de sí mismo; y entonces más que nunca es cuando se goza el *gustad y ved cuán suave es el Señor*.

341. Cuando se llega a dicho estado por medio de esta oración, no es poco, sino mucho; es haber alcanzado completamente lo que jamás, jamás se alcanzará en los otros grados; es sentir de hecho lo que uno es, no obstante el velo del amor propio; en una palabra, es hallarse en aquella situación felicísima que hacía decir a Santa Teresa: *Soy la mujer más ruin*.

342. En este estado se hallaba San Vicente de Paúl, cuando en medio de los suyos exclamaba: *Uno de estos días el miserable cuerpo de este viejo pecador, será sepultado y reducido a polvo*. Este era el estado de San Juan de la Cruz, cuando no quería morir sino padecer por Dios; y este mismo el de San Francisco, el de Santo Domingo y el de todos los Santos cuando se humillan de corazón, y de corazón se arrepienten aun de lo más pequeño.

343. ¡Oh, qué gracias son estas! ¡Qué estado tan divino el del alma cuando esta confusión se apodera de su espíritu! El salmo Miserere parece hecho a propósito para estas ocasiones, y pluguiera al cielo que nos aprovecháramos de él convenientemente.

u) Afectos de perfección

344. Los actos de conformidad con la voluntad de Dios serán los medios eficaces para alcanzar con certeza y prontitud la perfección. Pues en esta oración se hacen estos actos de conformidad; y se hacen tan numerosos y tan fervientes, que parece que se quiere imitar al grande Apóstol cuando decía: *Señor ¿qué quieres que haré?*

345. *¿Qué haré, oh custodio de la Iglesia universal?* ¡Oh, Señor San José! Tú que eres el custodio de los cristianos. Tú que eres por antonomasia el hombre de la oración, *¿qué haré?*

346. No pregunta porque dude, sino porque desea hacer en un todo la voluntad de Dios, manifestada por la admirable protección del Señor San José, obrando de esta manera algo de la muy grande y admirable perfección que acompaña la posesión de este talento.

347. Por otra parte se encuentra en el mejor estado, estado de humillación, de abyección y de víctima para el sacrificio; estado en que se conocen las cosas de la tierra y uno se desprende de ellas, en que sólo se aspira a lo del cielo, en que se experimenta una fe singular, una especial confianza en Dios y unas señales nada equívocas de la perseverancia final.

348. Por esto se echa completamente en las manos de Dios, ve que Él es su Padre y pone su dicha en portársele como obediente hijo, y no tiene otro sentimiento que no habersele entregado con toda la extensión posible.

349. ¡Qué vergüenza, exclama, que un tierno niño confía más en su madre que yo en Dios! ¡que los mundanos confíen más en las promesas del mundo que yo en Dios! ¡que los avaros tengan más confianza en sus talegas que yo en Dios! ¡ah, miserable de mí!

350. ¡Pero qué dicha! porque de su confianza en Dios brota una fuente de bendiciones, una entrega completa a Dios, y un dejarlo obrar en todas las cosas como mejor le placiera.

351. Por esto, sin inquietarse en lo más mínimo, exclama: *si Dios por nosotros ¿quién contra nosotros?* Ve en sí la necesidad, y en Dios a su Padre que posee toda la abundancia y todo el amor; por esto está pronto a recibir todo lo que le enviare, fuere lo que fuere, y aun lo recibe con eterna confianza y con todo el gusto y satisfacción que se desprende del *a los que aman a Dios todas las cosas les sirven para su bien.*

352. *¿Qué victoria podrán compararse con tales victorias?*

353. ¡Oh Salvador mío! ¡ay cuánta sería mi dicha si todas las obras buenas las hiciera con perfección! Te daría gusto a ti, que todo lo hiciste bien, y te lo daría como te lo han dado los Apóstoles y los Mártires, los Confesores y las Vírgenes y todos los Santos que te han amado con perfección.

354. Ea, pues, alma mía, ya no has de tener más que este deseo, hacer las obras bien hechas, y este deseo colocarlo en el seno del corazón y en lo más íntimo del espíritu;

sólo hacer lo que Dios quiere, y ni más ni menos; sólo hacerlo para agradar a Dios sin admitir cosa alguna, ni interna ni externa, que no sea Dios.

355. Dichoso el misionero que así obrare, porque sus acciones perfectísimas lo harán fiel imitador de Jesucristo, que todo lo hizo bien.

356. Que el Señor San José nos bendiga hasta que alcancemos perfectamente bien la verdadera práctica de este tercer grado de oración.

v) Afectos de súplica

357. El alma, así como en esta oración conoce perfectamente su miseria, así por un efecto que le es natural, aplica su oración a su propio bien.

358. No ora simplemente porque no medita; ora empero con la oración que nos aconsejó el Salvador: *conviene siempre orar y jamás desfallecer*, y este consejo lo cumple con exactitud; y aun puede decirse que todo el tiempo que está en oración el alma no desfallece, sino que ora.

359. Nada impide la oración de ruegos, y ruegos que los acompaña una fuerza divina, que contienen el enojo de todo un Dios y obliga a la Omnipotencia a hacer la voluntad de su criatura.

360. Ruegos que logran lo que uno pide y aun desea, que hace encontrar lo que busca y que hacen abrir aquella puerta celestial en do se llama, porque en esta oración se cumple el *pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá*.

361. Ruegos que tienen por empeño e intercesor la palabra de Dios, que obligan al Eterno a ejecutar su significado; y ruegos que son despachados eficazmente por el que es infinitamente bueno, misericordioso, liberal, benéfico y propenso a favorecer.

362. Tal es el importante entretenimiento de nuestra alma que no puede meditar.

363. ¡Qué consuelo! en medio de su nada, observa que reduce a la práctica aquel vigilad y obrad, y esto hace que todas sus acciones sean una especie de oración.

364. ¡Qué consuelo! se halla del todo afligida y experimenta tanta robustez, que le hace practicar aquel *orad sin interrupción*; porque no sólo ora por la bondad que acompaña a todas sus acciones, sino que por un efecto de la luz que recibe está de hecho orando.

365. Y no digo que reduzca ya a la práctica aquel orar de la Esposa de los Cantares aun durmiendo; pero sí que está en camino de tan divina y sublime contemplación.

366. Pero entretanto esos ruegos engendran la verdadera perfección, con la práctica de los consejos evangélicos, y principalmente la de las virtudes que forman nuestro verdadero espíritu.

367. Por consecuencia, dan a luz el huir hasta de los pecados más ligeros, el extirpar de su parte toda clase de imperfecciones, el moderar las pasiones teniéndolas a raya y el recibir todos los días nuevos aumentos de aquella caridad que es la posesión del mismo Dios.

368. ¡Tales son los resultados de estos ruegos!

369. Dios podía dar de un golpe tan soberanas virtudes y elevar a un momento el alma a tan sublime perfección; pero por providencia ordinaria no lo hace para concederlo al mérito y eficacia de esta oración.

370. ¿Qué falta en esta oración? ¡Oh Salvador, y cuán grandes son los bienes con que nos enriqueces mediante este tercer talento de oración! Amemos esta oración, roguemos a Dios según las necesidades, pidámosle eficazmente, y ese Dios Eterno se verá como obligado por nuestra oración a concedernos lo que le pidamos.

w) Afectos de intercesión

371. A la manera que el agua se dilata según la medida del calor que se le comunica, así acontece con el celo, el cual se extiende según los grados de caridad que lo animan.

372. En esta oración se torna el celo como una llama ardiente y no contento con orar por sí mismo, extiende sus ruegos por el bien del prójimo.

373. Los pobrecitos pecadores son de ordinario como ramas cortadas de la Iglesia al modo de los herejes; con la diferencia que estos lo son por la falta de fe y aquéllos por la falta de gracia; pero afortunadamente la oración de ruegos es su remedio.

374. Todos los Santos se han distinguido por las ruidosas conversiones que obraron, y es imposible hallar que se hayan servido de otro móvil que el de su oración de ruegos.

375. Si Francisco de Asís convierte a innumerables, reúne en torno así a miles de frailes que se distinguen por la austeridad de su vida y perfección, ¡ah! no busquemos otra causa que su oración de ruegos.

376. Si Francisco de Sales gana a toda una Provincia y la restituye al seno de la Iglesia ya convertida y santificada, es porque sabe trasnochar en oración.

377. Si Francisco Javier, penetrado ya en el Japón, convierte a los infieles a millares, es porque sus ruegos penetran hasta el trono de Dios.

378. Si Francisco de Borja de un nuevo lustre a la Compañía de Jesús, la extiende por todo el mundo, aumenta en sus súbditos el espíritu que les es propio y resuenan por todo el mundo los prodigios apostólicos que operan, es porque lo hacen ante sus ruegos.

379. ¿Y qué no hizo en sus días San Vicente de Paúl? Aunque miraba con singular consuelo de su alma cómo los sabios consagraban sus vigilias en defensa de la verdad, sin embargo siempre se persuadió que la oración era el mejor remedio que podía oponerse al torrente de la herejía.

380. En vista de estos documentos bien podemos concluir que la causa de toda conversión es la oración; y podemos en cierto modo asegurar que es más fácil hallar un círculo cuadrado que un convertido sin la fuerza de la oración.

381. ¡Oh y cuán grandes seremos durante tan divino entretenimiento! ¿cómo no? si en este caso a pesar de nuestra miseria casi rogaremos con súplicas tan poderosas, que de vez en cuando alcanzarán todo su significado.

382. ¡Cuán dichoso será el feliz misionero o la afortunada josefina que así orare! Por de pronto yo veo a cada uno de ellos haciendo una poderosa violencia al corazón de Dios.

383. Lo veo como otro Jeremías impidiendo los males que había decretado contra el pueblo, deteniendo repentinamente la furiosa venganza que ya volaba para ejecutar su exterminio, llevando el perdón a los que estaban condenados a muerte y estableciendo entre Dios y los hombres la paz verdadera que supera a todo sentido.

384. Veo a cada uno de estos venturosos como a otro Moisés, romper, sí, de dolor las tablas de su espíritu, pero lo veo también estrechando con su oración los brazos del divino enojo, impidiendo los decretados males; y al que había jurado ya ser el juez vengador de tantos crímenes, lo veo convertido por medio de tan utilísima oración, en amoroso Padre que olvida las ofensas.

385. ¿No es este resultado semejante al que producen María Santísima y el Señor San José, que ruegan por nosotros pecadores? ¿No es obrar como obró el mismo Hijo de Dios? Tales son sin embargo las importantes operaciones de este tercer grado de oración, cuando se tiene como es debido, conservando la generosidad conveniente a su venturoso estado.

386. ¡Ah! ya no, ya no más quejas por no poder meditar; al contrario, hemos de dar gracias a Dios por este nuevo beneficio, y dar a luz esa admirable obra de la oración de ruego que Él espera de nosotros.

387. Ya no nos quejemos de la sequedad; pidamos, sí y pidamos siempre aun en medio de ella; pidamos entre las tentaciones que nos rodean, pidamos desde el centro de las perplejidades que nos combaten, pidamos aun envueltos en las inquietudes que nos asaltan, y pidamos, sí, en todas las agitaciones que nos martirizan y aun entre la muerte las más atroces desconfianzas.

388. ¡Oh Salvador! ¡oh Dios mío! haz que yo con todos mis hijos seamos hambres de oración, y que al modo de los grandes Santos pongamos en ella toda nuestra confianza, y que roguemos con fervor por todos los pecadores, por la Iglesia, y particularmente por nuestros hermanos y hermanas Josefinas.

32.1.3. Tercera maravilla: generosas actitudes

x) Desnudez de espíritu

389. Dos caminos se encuentran en la oración: uno derecho, que si bien es verdad que es algo espinoso, pero llega prontamente a su fin; mas el otro es tortuoso y en sus ponderadas amenidades a veces uno se pierde.

390. El alma que busca a Dios en la oración con desnudez de espíritu, sigue el camino recto; y sigue el tortuoso, aquél que pretende que su Majestad se le comunique, que es amante de luces divinas, que anhela por regalos del cielo, que solicita quietud y aun toda gracia extraordinaria: camino tortuasísimo por ser completamente opuesto a la voluntad de Dios.

391. Pues en esta oración es donde se aprende esta verdad, donde se conoce lo que es la desnudez espiritual, donde se purifica la intención para obrar de un modo angélico, y se hace oración puramente para agradar a Dios.

392. ¡Oh qué fruto tan útilmente hermoso! él es como la clave que nos prepara para grandes cosas. ¡Oh qué fruto tan hermosamente útil! aquí el alma aprende a desear lo que Dios desea, a querer lo que Dios quiere, a amar lo que Dios ama.

393. Tal era el sentimiento del Apóstol cuando considerando todo lo de la tierra y todo lo del cielo nos dijo: *Todo lo tengo por basura, con tal de ganar a Cristo.*

394. Dichoso Apóstol que había llegado a un estado tan perfecto, que todas las cosas eran para él de ninguna importancia: así se olvidó de todo, así no hacía caso de nada, así vivía en el secreto de su espíritu la vida de Jesús, así llegó a poseer el divino todo.

395. Este era el estado de aquél que decía: De tierra nada. Nada del cielo. Breves palabras, pero que contienen la materia de muy grandes volúmenes.

396. Nada de tierra, es decir nada admito, ni quiero, ni deseo de mí mismo. Nada admito, ni quiero, ni deseo de todas las cosas del cielo.

397. Pues en la observancia de este completísimo olvido de todo consiste el deseo de desprendimiento.

398. Hay estados en la Iglesia de Dios tan subidos, que por su misma altura se tornan peligrosos; y no pueden ser deseados sin una inspiración particular de Dios, como sucede con el estado de contemplación sensible que va acompañada de éxtasis, arrobamientos, locuciones, revelaciones y demás gracias, que aunque muy excelentes, no dejan de ser peligrosas; mas no sucede lo mismo con el desprendimiento, porque consiste en una negación de cuanto nos rodea, para juntarnos así con Dios.

399. Es estado de divino fervor, es una gracia muy especial; pero podemos desearlo, pedirlo y aun procurarlo eficazmente, porque se funda en la negación de toda criatura, en la mortificación más continua y universal, y en dejarlo todo para poseer el divino Todo, Cristo Jesús.

400. Feliz estado en que todo se tiene por lo más vil, y nos autoriza para decir como el Apóstol: *Todo lo tengo por basura, con tan de ganar a Cristo.*

401. ¡Así con esa desnudez de espíritu saben obrar los hombres de oración! ¡Que el Señor San José se digne concederla a nosotros sus miserables hijos!

y) Obrar según el espíritu

402. Obrar según el espíritu es otro de los frutos de tan divina oración; porque ella nos enseña a distinguir las obras del apetito y las que son hijas de la parte racional.

403. Dentro del mismo Yo, hay aquella carne que flaquea y aquel espíritu que siempre está pronto; y estos dos contrarios están en perpetua pugna cuando se trata de vivir según Dios.

404. ¿Qué cosa más consoladora para el alma como el conocer las obras del apetito? aquí conoce que son obras de la carne todo lo que directa e indirectamente complace a la misma carne, obras que se fundan en lo sensible, descansan sobre la arena

de nuestra debilidad y quedan en todo mudables; obras que engendran la ignorancia, dan a luz nuevos trabajos, alimentan tristezas insoportables y acaban tal vez con destruir las obras del espíritu.

405. El espíritu es el Yo, descansa sobre la fe, se eleva sobre un cimiento divino y aun espera hallar un día su complacencia en el seno de este Dios que lo produjo.

406. ¡Qué cosas tan contrarias y tan inseparablemente unidas! contrarias entre sí porque están diametralmente opuestas, y su unión es tal, que forman el mismo Yo.

407. Pues en la práctica es donde el alma va experimentando sus diferentes efectos, donde les señala los límites propios de cada uno, y donde por una victoria muy grande comienza a obrar siempre según el espíritu.

408. ¿Qué cosa más lastimosa que ver almas a Dios consagradas, servirle según la carne y no según el espíritu? y son de este número los que sirven a Dios, pero cuando experimentan lo que gusta a la naturaleza; le sirven, pero dejando la parte que les es repugnante aunque sea altamente agradable a Dios; le sirve, pero no perseverando sino en cuanto una gracia sensible hace todo el gasto.

409. ¡Oh Salvador ¿y no es esto ser muy miserable? pues de estas miserias se libra el alma en esta oración; porque aquí aprende a servirle sólo por ser El quien es, y entre todas las repugnancias de la carne.

410. ¡Qué perfección sería la nuestra! supone que lo próspero y lo adverso, que el trabajo y el descanso, que la aflicción y el consuelo, que la abundancia y la miseria, y que la salud y la enfermedad y la muerte misma, todo se recibe con la misma igualdad de ánimo y todo con aquel afecto que es propio e un hijo para con el mejor de los padres.

411. Si con frecuencia hacemos faltas, es porque nuestra carne desea, y nuestro amor propio desea, y nuestros apetitos desean, y nuestro corazón desea, y nuestra voluntad desea, y frecuentemente dejando a dios damos satisfacción a estos mismos deseos.

412. ¡Mas qué felices, abandonado todo cuanto huela a carne y sangre! Se diría que somos bienaventurados: bienaventurada alma, porque el Señor le habría hablado a lo divino, bienaventurada oreja, porque habría oído aquella voz que es el único consuelo; bienaventurada, porque en vez del susurro mundano, sólo oiría el divino murmurio del Salvador, bienaventurada, porque no oyendo la voz de afuera, estaría siempre interiormente con Jesús; bienaventurados ojos, porque cerrados para todo lo temporal, sólo aspiran a la vista de lo eterno; en suma sería bienaventurada, porque desnuda de toda sensualidad, estaría completamente conforme con la voluntad de Dios.

413. ¡Oh Salvador! no permitas que seamos todavía carnales: haz que nuestros servicios te sean agradables y haz que no obremos según la carne flaca, sino según el espíritu robusto.

414. ¡Oh Padre nuestro, glorioso Señor San José! haz que obremos, a pesar de la pereza, contra la mala inclinación, conforme la libertad del espíritu y según los dictámenes de la razón iluminada por la fe.

415. ¡Quién nos diera que así obráramos siempre! victoria sería ésta sobre todas las victorias, y obra predilecta del Señor San José hacia nosotros sus amados hijos. ¡Ojalá que supiéramos corresponder a tanto amor.

z) Denodada fortaleza

416. Como en esta oración no es el fervor el que domina, ni tampoco es la meditación la que todo lo rige; es sí, cierta luz que el alma no sabe de dónde viene ni a dónde va; pero sí sabe que la experimenta, siente que engendra en su espíritu cierta quietud, e introducida como dentro de sí misma, comienza a conocer de un modo más práctico que teórico, los grados de la oración.

417. Porque a la manera que las personas se conocen a la medida del trato que uno tiene con ellas, así nuestro buen Dios comienza a ser conocido de nosotros según nos sujetamos a su divino querer.

418. De este conocimiento brotan las obras que le son agradables, y de ahí nacen unos actos de virtud tan subidos, que desde esta época de su vida, comienza el alma de un modo muy especial a ser poseedor de la virtud sólida.

419. Aquí adquiere una fuerza que lo declara resuelto a servir a Dios y con toda perfección; aquí, en medio de las burlas de los mundanos, no se afrenta de parecerlo, sino que a cada descubierta se presenta muy observante, se gloria de ser verdadero hijo de José y digno émulo de sus virtudes, se complace de haberse afiliado a la bandera de Jesucristo, tiene sus delicias en consagrarse a su Divina Majestad, brota poco la semilla de los santos votos de su corazón, en una palabra, sirve a Dios según la medida que tiene de su conocimiento.

420. ¿Qué le importa que le digan beato, aturdido, melindroso, y que aun en tono sarcástico lo apelliden el místico? nada de esto siente.

421. Y al modo de nuestro Señor Jesucristo pendiente de la cruz y en medio de los tormentos, la venganza que tomó de sus enemigos fue disculparlos ante su Padre Celestial: así de un modo semejante se venga el que posee esta oración compadeciendo a sus contrarios.

422. De ahí se sigue el que todos los días crezca en virtud y se transforme en un torrente oceánico de divinas acciones.

423. ¡Oh justos juicios de Dios! Adorémoslo con el mejor modo que nos sea dable, porque la adversidad, la calumnia, la persecución, que hijas son de la maldad y del pecado, ese Dios bondadoso las transforma para el justo en el yunque admirable que le hace tomar todas las formas de la virtud.

424. Y ellas lo labran a porfía, ellas le comunican una hermosura sin igual, ellas lo hacen brillar desde antes cual bellos astros de la eterna Sión: porque al modo que el oro se purifica en el crisol, así se purifica el justo en el crisol de los trabajos, porque en necesario que la tentación le pruebe.

425. Tal es la oración que nos ocupa, y tales los frutos que ella produce.

426. Amemos una oración que ha de reportarnos tan grandes bienes; amémosla por la desnudez de espíritu que nos produce; amémosla porque nos ilumina para que

obremos según el espíritu, y amémosla, en fin, porque con ella conocemos los grados de oración, conocemos a Dios y aun lo amamos según la medida del conocimiento.

427. Que el Señor San José conceda esta oración a todos sus hijos. Amén, amén, amén.

2. PRUEBAS DE PURIFICACIÓN EN ESTE TERCER GRADO

33.2.1 Purificación de la fe

428. Dijimos que durante esta oración no hay arrimo que sostenga, ni brisa que refresque, o fuente que refrigere, ni aun sombra que nos libre de los ardientes rayos de la aridez; pero sí hay sus jornadas que a manera de lugares de descanso, nos admiten: jornadas que consisten en la práctica seca de los actos de virtud y principalmente de la fe.

429. Ella es la virtud importantísima y sin la cual es imposible agradar a Dios, y virtud cuyo ejercicio se nos facilita por medio de tan santa oración: no podemos meditar, pero podemos hacer actos de fe; pues no se necesita otra cosa para ello que la voluntad, y ésta no se nos quita.

430. Esta fe es la que nos contenta durante esta oración de actos de virtud, y en medio de las tinieblas que ella produce, el entendimiento divisa una luz que lo guía con seguridad aunque sin arrimo.

431. Esta fe le hace crecer que su estado de purgación no tanto es un castigo, como la mano amabilísimamente purgativa de un Dios que quiere labrar el alma y ejecutar en ella las exquisitas labores de su amor.

432. Cree que está en esto el medrar verdadero; que con esta oración adelanta más en pocos días, que en los otros dos grados con meses enteros.

433. Cree que nuevas dichas seguirán a esas pequeñas tribulaciones; y cree firmísimamente que descansando de esta fe, ni las tempestades de la tribulación, ni los vientos de la adversísima aridez, y que ni aun los trabajos continuos podrían separarla de su Dios, porque esta fe le engendra mayor lealtad, nueva sumisión, grande esperanza y adelantos progresivos en el amor.

434. En ella es donde el alma llega a creer más que si viene a los misterios con los ojos del cuerpo; aquí pondera el motivo de la creencia, que es Dios, y el medio de

manifestación, que es la Iglesia, y con esta doble luz que brilla en el seno mismo de sus tinieblas, hace los actos vivísimos de fe.

435. En ella cree los misterios de la Trinidad, del Padre Ingénito, del Hijo Unigénito y del espíritu Santo Paráclito; cree que el Padre es el Criador, que el Hijo es el Redentor y que el Espíritu Santo es el Glorificador; y esta misma Trinidad adorable la experimenta en su corazón con un sentimiento indecible, y así experimenta que se cumple en él la promesa de nuestro Señor: *Vendremos a él, y pondremos en él nuestra morada.*

436. Esta fe, en suma, lo encierra en la casa de Nazareth: allí conoce de una manera especialísima a Jesús, María y José, y adora a Jesús, su divino Esposo, y venera a María y José, sus purísimos Padres.

437. Así sus padecimientos serán dulces, sus amargas queridas, sus sequedades amadas, y de en medio de esta purgación brotará el deseo: *¡Padecer y ser despreciado!*

34.2.2 Purificación de la esperanza

438. Si los actos de fe ocupan un lugar tan privilegiado en la oración de que hablamos, hemos de asegurar que no es menos importante el de la esperanza; porque al modo que la fe es el cimiento sobre que descansa todo el edificio espiritual de la virtud, así la esperanza es como la misteriosa áncora que nos sostiene y nos libra del naufragio.

439. Si la fe nos es necesaria en esta oración por ciertas dudas que nos asaltan, no lo es menos la esperanza cuando el corazón, como desesperado de todo buen suceso, parece secarse de espanto.

440. Aquí es donde a la distracción continua se junta la incesante tentación; aquí al grande trabajo de no pensar nada bueno, se le juntan los movimientos desarreglados, que le obligan a experimentar lo que odia; aquí, a deseos involuntarios que se le levantan, se unen tristes recuerdos que le afligen; y aquí, dura tanto el temor y el pavor, que tal vez le parece oír la terrible sentencia del Juez Supremo.

441. Y como un caminante que extraviado en la espesura de los bosques y perseguido por el cansancio, el hambre, la sed, y por la ferocidad de las fieras, no puede dejar de concebir los más serios temores; así teme el alma que anda en este tercer grado de oración.

442. ¿Cuán necesarios, pues, no le serán en esta ocasión los actos de confianza?

443. No cabe duda que su ejercicio es una de las jornadas más consoladoras, porque el alma espera, funda su esperanza en la infinita bondad de Dios, en las repetidas promesas que nos ha hecho, y en las pruebas especiales que ya nos tiene dadas.

444. ¡Qué animosos no se han presentado los Santos cuando andaban por este camino de oración!

445. Podríamos presentar a San Francisco cuando el Señor le concedía lo más perfecto de este tercer grado de oración: entonces esperaba en la bondad de Dios, pero con unos actos tan sublimes, que podían competir con los progresos de su virtud; y actos que hábilmente supo encerrar en dos solas palabras: *Mi Dios y mi Todo.*

446. Podríamos hacernos cargo de San Juan de la Cruz, asaltando por fuera y por dentro, de parte del mundo y de parte de sus hermanos; unos lo declaran iluso. otros le desprecian como un simple, otros le quitan su honor, aquéllos descargan sobre él sendos golpes, y casi todos portándose, sin quererlo y ni siquiera pensarlo, como operarios de Dios, lo perfeccionan con toda clase de dicitos.

447. Y ¿qué hace el Santo? Cuando en su oración era ejercitado por tan terribles pruebas, vuelto a Dios le decía: *Padecer, y ser despreciado, y morir por ti, oh Señor Jesús.* Así hacía los perfectos actos de esperanza.

448. Para que de una vez, hijos míos, seamos hombres de oración y lo seamos entre los trabajos de este su tercer grado, recordemos la siempre admirable conducta de santa Teresa de Jesús.

449. Esta Santa al ir a oración decía: *Vengo aquí porque la regla me lo ordena; yo bien sé que nada haré, pero supuesto que vos, Jesús mío, lo queréis, yo iré;* y no obstante las muchas desolaciones que tuvo, perseveró constante, y a los veinte años de oración de aridez y sequedad, recibió el don eminente de la más subida contemplación.

450. Un acto de veinte años, ¡ah! esto sí es esperar contra la misma esperanza; es obligar a Dios a cumplir nuestros deseos; es servirse de nuestras mismas faltas como de poderosos alientos; es tener entrañas de verdaderos hijos para con el mejor de los Padres; en una palabra, es quitar del corazón toda desconfianza y descansar tranquilo en los brazos paternales, como el tierno niño en el regazo de su madre.

451. ¡Qué estado! ¡Qué conducta tan admirable! ¡qué conducta tan fervorosamente sostenida! ¡Seamos una Teresa en la constancia, y lo seremos también en el premio! Seamos fieles en la oración como los Franciscanos, los Jerónimos y los Ignacios, y como ellos seremos también premiados!

452. ¡Oh, si así comenzáramos a descansar desde ahora bajo la admirable protección que hacia nosotros derrama el señor san José! ¡Dígnate tan gran Patriarca, como tiernísimo padre nuestro, concedernos tan subida esperanza a todos nosotros sus ya tan fieles y tan privilegiados hijos!

453. ¡Ojalá que ya desde ahora yo y vosotros, y vosotros y yo, seamos tan fieles a los actos heroicos de esperanza, que comencemos a ser de hecho hombres de oración! Adelante, pues, en tan privilegiada senda, y siempre adelante, porque el Señor San José estará a nuestro lado dispensándonos amoroso su poderosa protección.

35.2.3 Purificación de la caridad

454. Los actos de caridad ocuparán siempre el primer lugar en esta oración; porque los actos de fe son como necesarios cuando nos asaltan las terribles tentaciones, si lo son los de la esperanza cuando el alma se ve rodeada de feísimas faltas, pero los actos de caridad convienen en todos tiempos, en todas las circunstancias y en todos los sufrimientos que dicha oración produce.

455. ¿Qué mejor acto de fe que un acto de amor, el cual lo entraña como una madre entraña a su hijo? ¿Qué mejor acto de esperanza que el que se desprenda de la

oración del divino amor, que brota de él con la misma naturalidad que el agua de la fuente? ¿A qué estado no conviene el amor? ¿De qué tentación no sale victorioso el verdadero amor?

456. ¿Es la sequedad la que se apodera del alma? pues los actos de amor son plácida lluvia que conduce la abundancia por todas partes.

457. ¿Es cierto desampara que parece que todo nos falta? pues los actos de amor son un fortísimo arrimo que nos sustenta.

458. ¿Son las penas interiores que parece que acaban con nuestra existencia? Pues ella, al modo que el rocío alimenta a las plantas, dan nueva vida al espíritu.

459. ¿Son tentaciones, y tanto más temibles cuanto son completamente más odiosas las que nos combaten? pues ellas como entendidos capitanes nos conducen a la victoria.

460. ¿Es cierto malestar universal el que se experimenta? pues él es como un suavísimo bálsamo que nos restituye la salud.

461. En suma, los actos de la divina caridad son todas las cosas para las almas que poseen este tercer grado de oración, del mismo modo que la sabiduría era el todo para Salomón.

462. Sí, dulce, dulcísimo es, porque es efecto del *libreme Dios de gloriarme, si no es en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo*.

463. Hable, si no, la esposa: ella dice que se asentó gustosa a la sombra de su amado; que la sombra de este árbol salutífero fue tan dulce, que su garganta experimentaba como el más delicioso néctar.

464. Este lugar de la esposa de los cánticos es el que hemos de ocupar todos nosotros. Este árbol prodigioso es la cruz. Y sentarse bajo su sombra es un gloriarse en los suavísimos frutos del padecimiento. ¡Ah! ¡quién nos diera el que tales fueran todos nuestros sentimientos! ¡Oh, y qué perfectos saldríamos de la escuela de la cruz!

465. He ahí la dulzura del Protomártir Esteban, cuando las piedras del torrente caían sobre él, como caen en tiempo de lluvia las gotas de agua sobre la tierra.

466. ¿Pero de dónde nos vendrá tanta dicha, que podamos obrar como los mayores Santos que ha habido en la Iglesia de Dios? ¿De dónde esa eficaz resolución que nos conduce a decir *dulce madero, dulces clavos, que cargáis un dulce peso*? Como si dijera: me veo con un pesado leño que casi me ahoga, pero su presión es dulce; son dolores los que cual clavos atraviesan mi corazón, pero dolores dulces; es una mole que gravita sobre mí y casi me aplasta de pura angustia, pero angustia dulce.

467. Se gloria en padecer toda enfermedad por Dios, todo trabajo y aflicción por Dios, y toda pena y pesar y angustia por Dios por hacerse participante de los dolores de Jesús, y para añadir, según la expresión de San Pablo, todo lo que falta a la cruz de Cristo para la salvación de las almas.

468. Por consiguiente, es este estado se dice con toda exactitud: *Libreme Dios de gloriarme, si no es en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo*.

469. ¡Salve, trabajos míos, que mi buen Dios me envía! ¡Salve, aflicciones de espíritu! ¡Salve, Tormentos del alma! ¡Salve, dolores del cuerpo! y ¡salve, amargura que me acompañas, y salve, te digo, tanto más cuanto eres más amarga!

470. ¡Oh santa, oh divina oración! yo te amo, y te amaré de hecho; yo te quiero, y te querré afectiva y efectivamente; yo te pido al dador de todo bien, y te pediré por los siglos de los siglos.

3. CÓMO HACER ORACIÓN EN ESTE TERCER GRADO

36.3.1 Imposibilidad de meditar

471. Esta oración se comienza según costumbre, se invoca al Espíritu Santo, se rezan las oraciones cotidianas, se hacen los actos de la divina presencia, de humildad, petición y composición de lugar. Y ¿qué se medita el ella?... Esto no... pero ¿por qué?... porque nos e puede, al modo que no puede un mozo volver a la edad de la adolescencia.

472. Hemos dicho que en esta oración no se medita porque ya se ha meditado, o lo que es lo mismo, porque se hizo ya el trabajo de la meditación. De ahí que no se trabaja para convencerse porque uno está ya convencido; convencimiento que consiste en cierta disposición que uno experimenta en su interior, de obedecer, de humillarse, de mortificarse, de obrar con sencillez, y de entregarse a la práctica de la virtud en general y en particular.

37.3.2 Estarse junto a la cruz

473. Tened presente, hijos míos, la importante sentencia que voy a daros, que debe servirnos para cuando tengáis la oración de que hablamos.

474. *Las almas que pueden aplicarse a las reglas metódicas que se dan para hacer oración, hacen muy bien en ceñirse a ellas, mas no todas pueden esto; mas sí, todas, absolutamente todas, pueden permanecer al pie de la cruz, en la presencia de Dios.*

475. *Si no saben decirle nada, esperen que Él les hable; y si no obstante las deja en la aridez, permanezcan gustosas cerca de su divina bondad, esperando el instante en que guste hablarles y hacerles la gracia de que le hablen.*

476. *Así lo hizo Santa Teresa, quien perseverando veinte años esperando que Dios le diese el don de la oración, se lo dio al fin tan cumplidamente, que sus pensamientos son admirados de los más grandes doctores.*

477. *Ánimo, pues, hijos míos, siempre más y más ánimo, y sigamos llenos de confianza aprendiendo de nuestro gran Maestro el Señor San José.*

38.3.3 Practicar algunas devociones

478. El segundo medio es procurarnos alguna devoción para estos tiempos de tinieblas, en fuerza de la cual aguardemos, pacientes e intrépidos la divina luz; y la más principal de ellas es hacia la Santísima Trinidad.

479. Cuando nos encontramos en dicha oración, podemos acudir a la Beatísima Trinidad, diciendo el *Gloria a Dios en el cielo...* etc., el *Gloria al Padre...* etc., y todas las bendiciones que tienen por objeto esta Trinidad adorable.

480. La devoción a Dios Padre es muy propia para estas circunstancias; y como al modo de Jesucristo, poniéndose en su lugar, y abrigando los mismos deseos, decirle: *Padre nuestro...* etc.

481. LA devoción a Dios Hijo ha de sernos tan familiar, que nuestra oración se convierta en un coloquio con Él, y recordarle el desprendimiento de nuestros padres, el abandono de nuestra patria, la renuncia del mundo la consagración por medio de los votos y la renovación de una continua e incesante entrega a tan santa bondad.

482. La devoción al Espíritu Santo, y considerarlo como fuente que nos cerca, como fuego que nos abrasa, como llama que nos prepara un flamear divino.

483. Sea, en suma, la Santísima Trinidad de la tierra Jesús, María y José, para nuestra alma, lo que es a un fatigado viajero un vaso de agua: así nos será muy provechosa esta oración, y nos conducirá a la perfección a que Dios nos llama.

39.3.4 Plegaria humilde

484. Cuando no podemos meditar, hemos de ponernos suavemente en la presencia de Dios y manifestarle las necesidades que tenemos con la mayor confianza posible.

485. Al modo que un pobre que manifiesta sus llagas, por este medio excita más poderosamente a los transeúntes a que le den limosnas, que si se rompiera la cabeza esforzándose en manifestarles sus necesidades, así se hace muy buena oración estando en la presencia de Dios sin ningún esfuerzo del entendimiento, y mostrando con su voluntad y corazón el estado de sus miserias, así como los vehementes deseos de ser todo de Dios y de trabajar siempre a la mayor honra y gloria suya.

486. Pero a la manera que el enfermo de las llagas, de vez en cuando dirige algunas súplicas a los transeúntes, así nosotros en esta oración le suplicamos de vez en cuando a nuestro buen Dios, que nos mire con ojos de piedad, siendo este modo de obrar una ocupación muy sublime, que podemos denominar utilísima oración.

40.3.5 Resoluciones prácticas, coloquios, jaculatorias

487. Cuando os falte el discurso, es un grande alivio el formar resoluciones prácticas de lo que más nos importa, y bajando al particular lo más nos sea dable.

488. Por consiguiente, después de haber funcionado con el ejercicio de las potencias sobre la práctica de los deberes del día y aun sobre los medios de ejecutarlos, hemos de pasar prácticamente a entretenernos con Dios en santos coloquios.

489. Con jaculatorias de humildad y compunción Dios verdaderamente se complace del alma contrita y humillada, y pronto le ofrece sus dones y acaba con llenarla de sus bendiciones.

490. ¡Oh Señor y Dios mío! ¡yo soy el más vil de todas las criaturas que la tierra sostiene! ¡Ay! ¡ay de mí! ¡aun estoy lejos de ti, que eres el sumo bien! ¡Ay! ¡ay de mí! ¡Soy un ciego, soy el más miserable de los hombres, nada puedo sin ti, y sin ti ni siquiera soy! ¡Oh piadosísimo Jesús, ten piedad y misericordia de mí!

41.3.6 Doctrina sobre la devoción

491. Se encuentran personas tan débiles, y se encuentran sin duda aun entre vosotros, que mientras sienten en su oración cierto efecto dulce, cierto atractivo que halaga, y cierta complacencia que llena, se dan a ese ejercicio, lo frecuentan, lo alargan y aun no querrían interrumpirlo.

492. Mas cuando les cesa la consolación sensible y la sequedad de corazón las rodea, cuando la oscuridad de la mente domina y la desolación del espíritu las invade, creen que nada valen, que no son llamados para hacer oración, que no han recibido los talentos que hemos especificado, y tal vez, tal vez, ya aseguran que aquel meditar árido y seco es perder el tiempo.

493. Y de ahí ¿cuántas faltas? ¿cuántas veces se abrevia la oración? ¿cuántas veces no se tiene con la debida fidelidad? ¿y cuántas se deja del todo? ¡Ay de mí, Salvador mío, ay de mí! porque yo mismo he caído en lo que ahora vitupero.

494. Para evitar estas faltas, conviene fijarse bien en la esencia de la devoción, la cual no está en sentir dulzura, porque todo gusto en los actos de devoción es un simple accidente; mas la sustancia de la devoción consiste en una voluntad pronta para obsequiar, servir y honrar a Dios.

495. Veámoslo en la oración de Nuestro Divino Salvador. Ora en Getsemaní, pero es esta oración nada hay de los consuelos del Tabor, sino que la oración fue árida en gran manera, fue llena de tedios, fue acompañada de melancolías, y tan sembrada de mortales desmayos que se entristeció, temió y sudó sangre. ¿Y qué fue esta oración? fue la más devota y la más meritoria.

496. Pues lo mismo sucede con nosotros; cuando la oración es seca, árida y sin efectos, y estamos en ella insensibles como un candelero y aun fríos como mármol, entonces nuestra oración es buena, muy buena.

497. Es señal de que ya ocupamos en la mente de Dios un lugar privilegiado, que nos ha enriquecido con otro talento, y que tenemos más mérito ahora que cuando estábamos llenos y colmados de los espirituales efectos de la meditación-

498. ¡Ah! excitémonos bien, y en todos casos permanezcamos en la oración animosa, y con el grande deseo de ser todos de Dios: ¡que el Señor San José sea el poderoso y eficaz Maestro que nos conduzca en tan importante, sentidísima y utilísima oración!

42.3.7 Distracciones voluntarias

499. A la manera que hay distracciones involuntarias que son la verdadera santificación del alma, así las hay voluntarias y pecaminosas que forman su ruina.

500. De esta especie son cuando uno las busca para librarse de las molestias del tedio, cuando admite voluntariamente a las que vienen, cuando uno se entretiene con ellas contra la inspiración que nos avisa para que hagamos lo contrario.

501. En estos casos somos culpables, porque el momento destinado para pasarlo con la Majestad infinita, lo empleamos en comunicaciones con una miserable criatura. Hemos de rechazar esos modos indignísimos, hemos de enmendarnos declarándole la guerra a toda distracción voluntaria.

502. Sería un medio muy eficaz el hacer con el debido cuidado los actos preparatorios para la oración, y el renovar con alguna frecuencia la presencia de Dios.

503. Y a la manera que Abraham apartaba las aves de rapiña que querían arrebatarle una parte de sus sacrificios, así, vigilantes como este Patriarca, hemos de apartarnos de nosotros las distracciones que, cual aves carnívoras, intentan devorarnos el sacrificio de nuestra oración.

504. Es también un medio eficacísimo el servirse de la misma distracción para volverse a Dios, practicando, así que se advierten, actos de virtud, y frecuentemente los contrarios.

505. ¡Oh Salvador! no permitas que jamás admita voluntariamente una sola distracción: Vengan distracciones si esta es la voluntad; pero la gracia que te pido es que jamás quiera ni a una sola. Así será entero el sacrificio de mi oración.

506. Pidamos esta gracia a nuestro siempre admirable modelo de la santa oración, el Señor San José.

43.3.8 Distracciones involuntarias

507. ¿Esas distracciones son voluntarias?... ¡Ah, no! no las quiero, las odio, las aborrezco, y por esto crece mi lloro, porque me veo obligado a tenerlas.

508. Pues por esto mismo ni siquiera hay motivo de temer; porque por el mismo hecho de ser involuntarias ya son inocentes; y ano nacen de nuestra malicia, sino de la

inconstancia de la fantasía, de los empleos que nos han confiado, de la envidia del demonio, de las enfermedades, y siempre, siempre nos sucede por la permisión divina.

509. Siendo tan cierto que son involuntarias, y que reconocen su origen en una causa externa, se sigue que por todas esas distracciones no hay para qué desanimarse, que la oración es tan buena como si uno no las tuviere, y que aun la oración así distraída es más meritoria, porque tiene uno el trabajo de vigilar para no consentir, y cada acto de resistencia es un nuevo acto de merecimiento.

510. Por otra parte, el tener distracciones es una cosa tan natural a nuestra miseria, que aun aquellas almas que por gracia y privilegio han llegado a una muy alta contemplación, aun ellas no se ven libres de distracciones: ¿y nosotros nos quejamos por padecerlas?

511. Aquellas almas que disfrutaban de las delicias del *Bésame con el beso de su boca*, apenas descienden de la altura de su contemplación, cuando a pasar suyo ya experimentan las distracciones; y tanto es así, que nunca habrá de providencia ordinaria un espíritu tan fervoroso y elevado, que de vez en cuando no se traslade hacia las cosas de la tierra.

512. A David mismo, cuyo comercio para con Dios fue de los más íntimos, lo vemos con tales distracciones, que se veía obligado a ir tras de su corazón para contenerlo.

513. Pues si la distracción involuntaria es una cosa tan común aun a almas cuyo espíritu elevado les concilia un no sé qué de serafín ¿por qué hemos de acobardarnos nosotros por ellas, cuando que es verdad que aún rastreamos por el suelo? ¿por qué hemos de perder el ánimo? ¿por qué hemos de quitar algo a la santa oración, ejercicio santo, muy útil y devotísimo? ¿Por qué hemos de quejarnos, sabiendo que todas las distracciones no pueden quitarnos ni un ápice del propio mérito?

514. No obstante de una verdad tan irrefragable, nada más frecuente que ver a algunos de nuestros hijos e hijas a quienes les falta su atención tan deseada para la oración, desempeñando el lastimoso papel de David cuando lloraba a Absalón. ¡Oh! ¿y cuándo comenzaremos a obrar con la debida robustez de espíritu?

515. Aún hay más: se encuentran personas que para librarse de estas distracciones se violentan de tal suerte la cabeza, que por el mismo camino con el que querrían liberarse de ellas, se las producen.

516. A estos les podía convenir el dicho de un gran Santo: *Los excesos, en cualquier asunto que sea, no son loables, y mucho menos lo serán en la oración, en la que se debe proceder moderadamente, y sobre todo conservar la tranquilidad del corazón y del espíritu.*

517. Para librarnos, pues, de las distracciones, debemos obrar sin violencia, y contrariarlas con sólo un acto de la voluntad; porque si es cierto que podrán venirnos muchas distracciones, también es cierto que él no las irá a buscar, y con la ayuda de Dios no se entretendrá en ninguna de ellas.

518. Concluamos por lo dicho que la oración distraída puede ser en gran manera meritoria, y que de hecho lo es siempre que las distracciones no son voluntarias; y que lo es, porque orando así nos sujetamos a la oración penosa de nuestro pacientísimo Jesús;

porque con ella nos humillamos en actos de verdadera abyección; porque nos ayudamos de varios modos para agradar más a Dios; porque nos violentamos a nosotros mismos labrándonos a lo divino; porque vencemos la repugnancia de una naturaleza triste, desconsolada; y porque trabajando con actos de mayor mérito y de amor más intenso, es como el alma se engruesa, y el espíritu se vigoriza y robustece.

44.3.9 Constancia, constancia y constancia

519. Convengo que la sequedad y el fastidio son propios de este camino, que en él no ayuda la imaginación, sino que, al modo de una loca, nos da mucho quehacer; que no sirve la fantasía para recogerse, sino que presenta fantasmas diametralmente opuestos a la materia que se medita; que el entendimiento se torna obtuso y se hace incapaz de discurrir (no sabemos expresar hasta dónde llega la incapacidad de que aquí se trata); que e corazón frío como de mármol no se presta a ningún afecto; y que la voluntad, perteneciendo como solitaria, casi no acierta a querer nada.

520. Convengo todo esto porque así sucede, y aun mucho más de lo que puede decirse; pero también es preciso convenir que nada de esto, ni todo junto, le quita a esta oración un ápice de su mérito, que no hace que deje de ser una nueva gracia de Dios, un premio de la oración anterior, y el nuevo grado de oración que hemos llamado el tercero.

521. Creo, sí, que es un deber mío exhortaros a ella, y aun servirme como de mi propia experiencia para imponeros tan dichosa obligación.

522. Para lograrlo, pues, os convido, y os llamo, y os exhorto a que entréis con todas vuestras fuerzas en los admirables ejercicios de este tercer grado de oración, oración que debe llamarse de actos de virtud, porque con él todas las q practicaréis.

523. Por tanto, tened entendido que no debéis dejar la oración, aunque os parezca que no hacéis nada y que perdéis el tiempo.

524. Vosotros os imagináis que no teniendo gusto en la oración nada hacéis en ella, y habéis de saber que, siendo constantes, practicáis toda suerte de virtudes: la obediencia, porque se hace la oración que la regla ordena; la humildad, porque persuadidos que nada hacéis, os conserváis en un sentimiento humilde de vosotros mismos, y os ejercitáis en los actos de fe, esperanza y caridad.

525. En esta constancia de la oración, como dispone la santa regla, están ciertamente encerradas la mayor parte de las virtudes que os son necesarias, y no haréis poco en la oración yendo a ella con un espíritu de obediencia y humildad.

45.3.10 Conclusión

526. No haya ya, pues, quien haga poco caso de dicha oración; es tenebrosa, pero le agrada más a Jesucristo, porque con ella le sirve el alma a sus propias expensas, y así es como se hace más distinguidamente amada de Cristo Jesús.

527. ¡Oh Jesús, pacientísimo entre todos los hombres! ya que nada he hecho por tu amor, hazme la gracia de que te imite en esta oración de padecimientos, hasta el punto

de que en adelante sólo te repita este mi documento: *Padecer, ser despreciado, y morir por ti.*

528. Confirma, José Santísimo, mi deseo, confírmalo en favor de todos mis hijos e hijas, y confírmalo de modo que todos seamos amantes de esa oración trate, afligida, angustiosa, seca, oscura, para que todos digamos con ánimo varonil: No como yo quiero, sino como Tú Quieres. Amén, amén, amén.

CAPÍTULO 4

CUARTO TALENTO: CONTEMPLACIÓN DIOS SE DESCUBRE AL ALMA

1. POR QUÉ HABLAR DE ESTE TALENTO

529. Mucho hemos dudado si diríamos algo del cuarto y quinto talento de la oración, o si sería mejor que pusiéramos un candado en nuestros labios, pues estamos ciertos que no sabremos decir ni siquiera lo poco que intentamos; mas después de haberlo pensado todo, y ya nos habíamos determinado a concluir nuestro tratadito, cuando nos acordamos que no lo han hecho así autores de grande nota, y este recuerdo nos hizo que continuáramos, si no con el debido acierto, al menos con fervientes deseos de que otros lo hagan mejor, tratando ellos con verdad y extensión, lo que nosotros no haremos más que apuntar.

530. Al decir esto, no se entienda que queremos hablar de la contemplación, explicando la infinita infinitud de delicias de que disfruta el alma contemplativa; allá lo harán lo que tengan un espíritu del temple de Santa Teresa de Jesús; nosotros nos contentamos con presentar a la contemplación conveniente a nuestros hijos, y aun como una cosa muy útil, de gran manera provechosa, y en ciertos casos necesaria.

531. Si para probar nuestro acerto sirviesen algo las comparaciones, diríamos que a la manera que nada se opone a que un joven llegue a la edad varonil y aun la vejez, así nada se opone a que uno de nuestros hijos e hijas llegue a este cuarto grado de oración, y aun al quinto.

532. En el ejercicio de la santa oración, Dios nos tiene preparados tales tesoros de su gracia, que si lo supiéramos, no necesitaríamos de exhortaciones para ser constantes en ella; porque la oración nos afianza en la vocación, nos adelanta en la virtud, nos desprende de nosotros mismos, nos lleva al amor de Dios y del prójimo, y nos une con Dios.

533. Todo lo cual se verificaría mucho mejor en aquella oración que no interrumpe, que se tiene el espíritu siempre elevado a Dios; y en la que ninguno de nuestros empleos debe impedirnos el que nos conservemos siempre en la presencia de Dios.

534. Esta oración que nos hace adelantar en la virtud, nos lleva al modo de Dios y del prójimo y nos une con Dios; esta oración que no se interrumpe, que en medio de nuestros empleos nos conserva la divina presencia y mantiene siempre nuestro espíritu elevado a Dios, no es el primer grado, ni el segundo, ni el tercero; es, sí, el cuarto, y en un modo más perfecto es el quinto.

535. ¡Oh Salvador! sólo eres el que puedes alumbrarnos y hacer que digamos lo que sólo sirva para tu honra y gloria. Poderosísimo Padre mío Señor San José, alumbrá al más necesitado de tus hijos, para que algo pueda decir sobre la contemplación, que redunde a honra y gloria suya.

2. PURGACIONES

536. Las purgaciones son como la preparación para la contemplación, y sin ellas no infunde Dios de ordinario esa luz que precede a todo razonamiento, ese andar suave conducidos de la mano de Dios; porque ¿cómo meter este bálsamo celestial en un vaso roto?

537. Esas purgaciones le han de quitar al alma todos los impedimentos contrarios a la divina unión, le hacen adquirir las virtudes, le comunican poco a poco aquellas semejanzas que supone toda amistad, y trocándole sus deseos terrenos en celestiales, la hacen la verdadera amante de Dios. No ha, pues, de admiraros que esa gracia no se conceda sin la purgación.

46.2.1. Purgaciones activas

538. Por estás entendemos todas aquellas industrias con las cuales el alma, asistida de la divina gracia, procura disponerse a la divina contemplación, pues sabe que lo celestial no se contempla con una mente llena de pensamientos terrenos.

aa) Desnudarse del hombre viejo

539. Cuando hablamos de los apetitos de que nos hemos de desnudar, no intentamos hablar de los apetitos involuntarios que se levantan en nuestra carne, en nuestro deseo, en nuestro corazón y en sus afectos, porque no consintiéndolos jamás habrá falta. Acordémonos bien de esta doctrina, y nos libraremos de muchas penas, dilucidaremos muchas dudas y viviremos en grande paz.

540. Pero sí vamos a tratar de los apetitos desordenados, voluntarios, que consentimos, y de los que nos hemos de desnudar.

541. Tengamos por cierto que siempre hemos de tener apetitos, y aun experimentar sobre nosotros sus funestos resultados, porque son en número como las arenas del mar.

542. La sede de nuestros apetitos se encuentra en las tres concupiscencias de que nos habla San Juan, es decir, en la concupiscencia de la carne, en la concupiscencia de los ojos, y en la soberbia de la vida.

543. San Pablo nos afirma que la carne se levanta contra el espíritu y el espíritu contra la carne; que sentía en sí mismo una ley en todos sus miembros que lo arrastraba al pecado, y que si bien es verdad que no tenía bastantes fuerzas para hacerlo consentir, pero también lo es que le hacía experimentar los efectos de su miseria.

544. Esta guerra, que forma nuestra vida, es la rebelión continua de nuestros apetitos, y rebelión que dura hasta la muerte.

545. Dios ciertamente no nos hizo así, sino que salimos de sus manos creadoras inmaculados y bellos como el cáliz de la flor; y a la pérdida de la justicia original le siguió la rebelión de todos nuestros apetitos.

546. Todas las criaturas pasaron a ser para nosotros obstáculos, en vez de elocuentes voces que nos condujesen al Señor; todos nos sentimos viciados interior y exteriormente, en lugar de los dones de integridad y elevación; todos tenemos un inmenso campo de innumerables tentaciones; todos sentimos los halagos de una carne siempre rebelde; todos nos inclinamos a mil blanduras que apetece nuestro corazón, y todos nos hallamos incitados a seguir las viciosas corruptelas del mundo, demonio y carne. ¡Oh Salvador, y cuánta miseria!

547. Pero al mismo tiempo con la gracia de Dios está en nuestra mano el vencer los apetitos cuantas veces se nos rebelen, y podemos dominarlos completamente.

548. ¿Quién ensucia su manos sino aquél que maneja la paz? y mientras permanezca teniendo la inmundicia ¿cómo podrá estar limpio? Pues así sucede en el asunto de que tratamos, porque somos ensuciados siempre que hemos obrado según la

ley de los apetitos, y no podemos quedar limpios de su mancha sino apartándonos de ellos.

549. Verdad es que hemos dejado el mundo, y que hemos quitado de nosotros los apetitos que nos comunicaban la deformidad del pecado grave; pero esta misma razón nos obliga a trabajar para adquirir la santísima desnudez de lo que hemos conservado.

550. Yo quiero conceder que la verificación de esta desnudez no es una cosa fácil, porque se trata de apetitos muy queridos que nos interesan en gran manera, que han nacido con nosotros, y que guardamos en nuestro corazón como la niña del ojo. Con todo, hemos de trabajar con empeño para desnudarnos aun de estos.

551. Sea enhorabuena lo que más estimamos, lo que nos es más útil, lo que nos comunica conveniencias; pues aun en este caso lo hemos de hacer, ya que el Señor nos dice: *Si tu ojo te escandaliza, arrácatelo y arrójalo lejos de ti.*

552. Sea lo que nos embaraza el volar a Dios un amigo, un grande amigo, un solo y único amigo; pues aun en este caso es preciso asentar el *guárdate de tu prójimo*, ya que jamás ninguna amistad ha de ser en perjuicio propio y de nuestra obligación que le debemos a Dios.

553. Sea lo que nos impide una cosa tan respetable como nuestros padres: pues aun en este caso hemos de levantar nuestra voz para decir con el Salvador *quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí.*

554. Un Santo nos ha dicho que el que no obedece a sus apetitos vuela libre y sin estorbos por el camino de una perfección muy elevada; y al modo que el águila sustentada por sus alas permanece en lo alto de los cielos, así, por la fuerza que recibe de la resistencia a los apetitos, permanece en la cumbre de la elevada perfección.

555. ¡Qué ánimo no hemos de tener para vencernos a nosotros mismos, y de este modo desnudarnos de todos los apetitos!

556. Dominándonos así, volaremos fervorosos como aquellos cuatro vivientes de Ezequiel; como ellos, no volveremos atrás en los obsequios que le damos al Señor; como ellos, volaremos velozmente hacia el Espíritu divino; como ellos, nos hallaremos revestidos de ojos para poder ofrecer a Dios obras perfectísimas; como ellos, volaremos cual águilas raudas tras los efectos de Jesús, y como ellos, colaremos al Líbano, en donde nos revestiremos de una perfección admirable.

557. A fin de que yo alcance esta desnudez de apetitos, haré lo siguiente:

558. Reconocer mis muchos apetitos, que todos los tengo, que todos pueden declararme la guerra hoy mismo, y en consecuencia me haré muy cauto y me humillaré hasta lo sumo.

559. Convencerme bien de que el vencer o ser vencido pende de mí; que cuando los apetitos me vencen, es porque echando a un lado la gracia he querido ser vencido; y cuando los venzo, que puedo hacerlo siempre, es porque he usado de mi libre albedrío y he obrado con el poder de la gracia.

560. Que no hay pecado sin voluntad, ni voluntad sin consentimiento, ni consentimiento sin advertencia.

561. Que procuraré vencer algo de mis apetitos todos los días, que no concederé la menor tregua a los que me asaltaren, y que no les concederé otro alivio que lo que exigiere la caridad o la necesidad.

47.2.2. Purgaciones pasivas

562. No se puede, por más que nos esforcemos, mediante la purgación activa, alcanzar por propia industria la desnudez que exigen la contemplación y la mística unión; es necesario que Dios ponga su mano omnipotente, obre directamente sobre el alma, sobre sus potencias y sentidos, para purificarla con exquisitos tormentos, y haga la más cumplida reforma del hombre interior; sólo así se hace eminentemente apta para las comunicaciones divinas.

bb) Purgaciones del espíritu y del apetito

563. Dos son los constitutivos del hombre: cuerpo y espíritu, vida animal y vida racional; así, dos son las cosas que han de purificarse: el sentido y el espíritu. De ahí la purgación del sentido o del cuerpo y la purgación del espíritu con cada una de sus potencias.

564. La purgación del sentido consiste en un agregado de penas, todas sensibles, obradas directamente por el Señor, y ordenadas a domar el apetito sensitivo para que se acomode al espíritu, y sea como imagen de Dios.

565. La purgación del espíritu consiste en un cúmulo de penas, todas espirituales, causadas también por intervención directa del Dios que llama a la unión, y ordenada a hacer al espíritu tan uniforme con Dios, que sea su semejanza.

566. Por la primera comienza el alma a experimentar la experiencia pasiva de la contemplación, aunque en su etapa de aridez; la segunda la purifica y la perfecciona tanto que ya puede ser llamada al matrimonio espiritual.

567. Tal es la idea expresada por San Juan de la Cruz: *La purgación del sentido es puerta y principio de la contemplación; pero las manchas del hombre viejo no se quitan sino lavándolas con la fuerte lejía de la purgación del espíritu, y sólo con ésta llegar a la pureza que se requiere para la divina unión.*

3. IMPERFECCIONES DE LOS PURGANDOS EN EL SENTIDO

568. Este camino hacia la perfecta unión tiene grandes escabrosidades consistentes en innumerables defectos por purificar mediante la purgación.

569. ¿Y por qué? ¿por qué, siendo espirituales? ¿por qué, haciendo tanto que sirven a Dios? A esto responderemos descubriendo el estado real de su alma, el verdadero valor de sus virtudes, el grado de solidez de su espíritu; o, mejor dicho, notaremos as imperfecciones ocultas bajo una virtud no acrisolada.

48.3.1 Soberbia

570. Procuraremos notar lo más práctico en esos principales aprovechados: su cabeza inclinada, su postura humilde, siempre los primeros en la observancia exterior, siempre los primeros en los actos de piedad y devoción, los primeros en ejercitarse exteriormente en obras viles; mas de ahí sale una soberbia tan sutil, que de no obrar Dios mediante la purgación podría llevarlos a perderlo todo.

571. De ahí cierta satisfacción en sus obras, en la conducta que observan, en sus pensamientos de Dios, en sus fervores sensibles; y tal vez aprecian tanto el éxito de sus trabajos, que menosprecian a los demás.

572. De ahí cierto apetito de hablar cosas de Dios, de enseñarlas a otros, de sujetarlos a su manera de devoción, de infundirles sus mismos ejercicios, y cuando no pueden alcanzar esta semejanza, reprueban y condenan a quienes no supieron, según ellos, corresponder a su celo.

573. De ahí cierto espíritu de singularidad en el bien: querrían ser los únicos, no querrían que los demás los igualaran; y por este espíritu admiten cierta contradicción, pues pretendiendo hacer mucho bien, tratan de neutralizar el bien que hacen los demás, y cuando se les ofrece la ocasión, condenan y afectan obras que la mayoría aprueban y alaban.

574. De ahí cierta dureza con el director y superiores si no aprueban su espíritu, si rechazan su proceder, si intentan ponerles en camino seguro; y si les descubren y hacen ver toda la llaga de secreto orgullo de que adolecen, ¡ah! aquí las quejas, los desprecios, y aun amargas murmuraciones: que no entienden su espíritu, que no les tienen paciencia, que les falta caridad, y aun quizás publican que son víctimas de la mala voluntad.

575. De ahí cierto empacho en decir los pecados con aquella desnudez y sinceridad hija de la verdadera virtud; bajo el título de necesidad de desahogar penas interiores, todo dicen, menos las faltas; y si algunas dicen, las van coloreando en forma tal que, por qué no decirlo con San Juan de la Cruz: *estos más se van a excusar que a acusar*.

576. De ahí el buscar otro confesor para decirle lo malo que no pueden justificar, para que el primero no piense de ellos que no son tan buenos como parecían.

577. De ahí el entristecerse demasiado por no alcanzar favores sensibles, por no poder bien hacer la oración, por experimentar ciertas miserias, y aun enojarse contra sí mismo como impaciencia no santa.

578. De ahí ciertas ansias de no tener faltas, de ser impecables, no por Dios ni por su amor, sino por la pena secreta que experimentan y que los humilla ente sí mismos, por

el remordimiento que implacable los acusa, porque son amigos de que los alaben y sientan vergüenza de la hipocresía.

579. De ahí... pero muy largo sería lo que decir se puede de tantas miserias como suelen presentarse; ahora bien ¿y esta alma podría unirse a Dios en ese estado? ¿esta alma no tiene necesidad de ser lavada? ¿qué sería si Dios la abandonara así de miserable? ¿qué sería si ella resistiera a la gracia preciosísima e inmerecida de la purgación?

580. No quiero decir que todas las almas se muestren así de imperfectas, ni que todas estas imperfecciones se encuentren al mismo tiempo en una sola alma; las leyes, sí, que en este tiempo y esta coyuntura proceden con muy diferente temple y necesitan ineludiblemente la purgación.

49.3.2 Avaricia

581. Es la avaricia espiritual; y al modo que el avaro se ceba desmedidamente en los bienes de acá abajo, así el alma que tiene la avaricia espiritual se muestra insaciable de ciertas cosas, que, si bien pueden ayudar a la devoción, son en un todo accidentales a ella.

582. Por de pronto andan descontentos con el espíritu que Dios les da; se quejan de que Dios los prueba mucho con desconuelos y sequedades; no se hartan de oír consejos espirituales; tienen y leen muchos libros que hablan de perfección, y mientras, se les va el tiempo sin mortificarse interiormente, sin practicar la pobreza de espíritu, sin obrar nada sólido y conducente a la verdadera virtud.

583. Esos avaros se cargan de rosarios, toman medallas de las más variadas advocaciones, se enamoran de los crucifijos a cual más llamativos curiosos, reciben las estampas para acumularlas, y de tal suerte se aficionan, que más parecen querer tales objetos para tenerlos, que para practicar de devoción.

584. No condenamos los objetos de piedad; éstos son aprobados por la Iglesia, despiertan los sentidos a devoción, y en tiempos dados son convenientes; lo que condenamos es el asiento que ocupan en el corazón, la propiedad que mostramos tener en ellos, el quererlos curiosos, raros, preciosos, comparables a una joya de presumir, y aun cuando fueran viles, tenerlos no siendo necesarios.

585. ¡Ah! recemos, practiquemos asiduamente la piedad, pero sea la desnudez de espíritu el alimento y expresión de nuestra devoción, y no las exterioridades; tampoco nos quedamos impedidos por objetos de devoción, verdaderos señuelos del dominio para las almas que quieren adelantar en la virtud; así procuraremos disponernos a mayor servicio de Dios, y obrando nuestro desprendimiento activamente, Dios nos pondrá en las purgaciones pasivas, únicas que pueden quitarnos del todo esta sutil pasión de la avaricia espiritual.

50.3.3 Lujuria

586. Dejando aparte este pecado, que ni debe nombrarse entre nosotros, tocaremos las imperfecciones que en esta materia se dan en personas que tratan de virtud.

587. Consisten en sentir y experimentar involuntariamente los efectos de esta pasión, al mismo tiempo que Dios concede un gozo espiritual; como cuando, en los ejercicios de piedad, se levantan y siéntense movimientos no limpios, aun en la oración, durante la recepción de los sacramentos, y tal vez en el momento mismo en que la carne más pura nos sirve de alimento en la Sagrada Comunión. ¿Y cuál será la causa de semejante miseria?

588. Puede proceder del gusto que experimenta el natural en las cosas espirituales, cuando la parte superior está consolada; en esta recreación no sólo goza el espíritu, sí que también el sentido, como gozando de ese placer todo el sujeto; y de aquí que el sentido se entregue al solaz y produzca lo que le es propio.

589. Todos sabemos que no es pecado, pero salta a la vista la imperfección de la sensibilidad, y tanto más, que se atreve a mezclar lo más sucio con lo más santo.

590. Mas cuando el sentido está ya reformado, cuando las purgaciones han obrado la perfecta sumisión del sentido, ya no se verifica este regodearse de la carne, sino que permanece sumiso y sosegada, sin turbar ni ensombrecer el deleite espiritual.

591. Puede proceder del dominio esta excitación sensual, el cual, para estorbar el trato del alma con Dios, le provoca estos movimientos torpes; así logra que no se emplee toda en el Señor, sino que pierda el tiempo en desazones, que se dedique menos a la oración, y quizás que la abandone del todo, atemorizada por la experiencia de que el tiempo de oración es tiempo de mayor tentación.

592. Y aun puede proceder esa sensualidad del mismo temor que se tiene a tales experiencias ingratas; porque el temor que les da cada vez que de improviso surge en su memoria el recuerdo de semejantes cosas por lo que ven o tratan, les hace sufrir tales actos, mal que les pese, y sin explicarse tal vez por qué.

593. Otra complacencia más lujuriosa que espiritual se da cuando en el natural se levanta cierto brío y gallardía al gustar del trato con algunas personas, hablando con ellas de cosas espirituales, y aun trabajando en su compañía en quehaceres del espíritu. Cuando con su memoria no crece más la memoria de dios, sino el remordimiento de la conciencia, es señal cierta de que se trata de una muy peligrosa lujuria.

594. ¡Quién no concediera el entrar en la noche de las purgaciones después de habernos activamente desnudado de estos gustos en cuento nos fuera dable! Allí todos estos amores quedaría fortalecidos y purificados si son de Dios, al paso que se verían reducidos a la nada si son hijos de la lujuria.

51.3.4 Ira

595. Por causa de la concupiscencia que muchos principiantes tienen en los gustos espirituales, les posee la ira, al irritarse el irascible cuando se ven privados de ellos.

596. Así, cuando oran y se les acaba el fervor, ya no sienten el gusto que los halaga, ya no experimentan el sabor sensible, como una consecuencia resiéntese su irascible, quédanse con desabrimiento interior, con cierta desgana en el trato con los demás, y aun a veces se hacen como insufribles para sí mismos y para sus hermano, y una pequeña cosa los pone de mal humor. Lo cual muchas veces tiene lugar después de la oración más recogida y gustosa.

597. Otras veces estos principiantes se aíran contra los defectos ajenos; llevados de cierto celo desasosegado, tratan indiscretamente de poner el remedio que no les compete, reprenden enojosamente a los presuntos culpables, y de una manera tan dominante, como si quisieran hacerse dueños de la virtud.

598. Otras ocasiones se aíran contra sí mismos, por falta de humildad, no sufriendoles su amor propio el verse tan imperfectos. Estos tales en un día quisieran ser como los santos, proponen mucho y con poca discreción, y como confían más en sí por su misma poca humildad, sus faltas crecen, sienten más sus miserias, y nuevas impaciencias y cada vez más graves hacen más y más urgente la necesidad de la purgación.

599. Aunque hay otros que, por el extremo, se muestran tan pacientes con sus propias miserias, que no dan un paso para llegar a corregirse. Unos y otros deben mortificarse activamente, para que Dios se digne concederles la purgación pasiva, única que puede desarraigar el vicio de la ira.

52.3.5 Gula

600. Sobre este vicio se cae más frecuentemente, pero tanto, que apenas hay quien no caiga, por el sabor mismo que encuentran en los ejercicios de piedad.

601. muchos, engolosinados por las propias satisfacciones, ya no procuran la gloria de Dios, ni el conformarse a su divina voluntad, ni el merecer su soberana aprobación, ni la mayor pureza de corazón, ni la verdadera devoción; sólo procuran su gusto y sabor, pues al modo de los niños, que sólo comen los dulces, así estos niños en el espíritu sólo buscan halago, y no sustancia espiritual.

602. No sólo hay esta golosina proveniente del contentamiento sensible, sino que hay otros excesos dolorosos a que se entregan estos principiantes, engolosinados en la complacencia de la propia vanidad, de la propia soberbia, del propio juicio. Apuntaremos algunos, que demasiado largo sería, y cosa imposible, apuntarlos todos.

603. Por el gusto señalado se matan a penitencias, y las toman tan austeras como su morboso placer lo exige; por él se entregan a los ayunos más imprudentes, y tanto se debilita, que se inutilizan para el verdadero servicio de Dios; todo lo hacen sin discreción, sin orden, sin pedir consejo, y menos permiso, y aun actuando muchas veces contra lo mandado.

604. Más porfiados que el viento en las regiones del norte, instan moleestamente a su director o superior, hasta que alcanza como por fuerza al menos algo de lo que quieren; y si no logran nada, muchos se entristecen, como si se eles negara el servicio a Dios.

605. Como niños malcriados, hacen de mala gana lo que se les ordena, así sea de penitencia, sólo porque so lo eligieron ellos; aflojan en su aparente fervor, y sus faltas las achacan a quienes lo contrarían.

606. Su golosina les hace creer que sólo sirven a Dios cuando quedan satisfechos sus deseos personales en gusto y penitencia; error craso, porque sólo Dios, y no nosotros, ha de señalar el servicio que desea se le preste; de ahí el no conocer su propia bajeza y miseria, en no estar revestidos del temor amoroso de que las propias obras no sean del todo aceptas a Dios nuestro Señor.

607. Si comulgan, todo se les va en procurar sentimientos de gusto, y casi no piensan en la reverencia y alabanza que deben al divino huésped, convertido en simple golosina; y de tal modo se apropian este gusto, que cuando no lo sacan piensan que no han hecho nada, que fue una comunión infructuosa; entran en ideas poco conformes con la Majestad divina, no entendiendo que el menor de los provechos que se puede sacar de este Santísimo sacramento es el deleite del sentido, y que el aumento de gracias, que es el esencial, Dios lo concede e abundancia a quien le es fiel en la sequedad.

608. Si oran, piensan que todo su negocio es la devoción sensible, la procuran angustiosamente, la sacan a fuerza de brazos; quieren sentir a Dios muy a lo humano, gustarle con el sentido, apacentarse en Él con el afecto ciego, como si fuera comprensible a nuestra bajeza, como si no habitara en aquella luz inaccesible.

609. ¿Hay cosa más contraria a la purísima fe? Baste lo dicho. Reflexionemos en nuestra conducta, y si vemos que hemos caído en esta gula espiritual, sea la mortificación el arma poderosa que nos lleve la misma ansia con que antes corríamos tras nuestros caprichos y complacencias.

53.3.6 Envidia

610 Hartas son las faltas que por la envidia pueden cometer los principiantes.

611. Muchos de ellos tienen movimientos como que les pesa del bien espiritual del prójimo, cuando creen que les hace sombra; les da alguna pena sensible porque les llevan ventaja en el servicio de Dios; se entristecen de virtudes ajenas, y llega tanto a veces el no poder sufrir competencia alguna en esta lid tan santa, que desvirtúan las alabanzas que se tributan al hermano, y aun tal vez llegan hasta la murmuración.

612. ¡Oh, y qué común es la envidia! es como un aura, pero tan delicada, que inficiona hasta los ambientes donde la santidad es una profesión; tan sutil, que penetrando hasta el mismo espíritu so capa de bien, pervierte aun las intenciones; e, hija primogénita de la soberbia, daña las mejores obras, como ya señalamos donde se habló de este vicio.

613. Ya Moisés tuvo que reprender en Josué una imperfección semejante: *¿Tienes celos por mí? ¡Ojalá que todo el pueblo de Yavé profetizara, y pusiera Yavé sobre ellos su espíritu!*

614. Así como dice San Pablo: *Emulad los mejores carismas*, yo no me opongo a la emulación por la virtud; pero sea la santa envidia que nos lleve a ser buenos como los

demás, sin que su bondad nos apene; gocémonos de la verdad que ilumina a los sencillos, de la largueza con que el Espíritu se derrama en los corazones puros, del cariño que profesa el pueblo fiel a nuestros hermanos generosos, de los adelantos en la virtud que logran quienes nos rodean; pero al mismo tiempo nos debe pesar el que no tengamos las virtudes mismas que admiramos, y con grande ánimo entrar de nuevo en deseos grandes de imitarlos.

54.3.7 Pereza

615. También acerca de la pereza podemos decir que es origen de numerosos defectos en los principiantes, y que es como una consecuencia de la gula espiritual.

616. Los afectos por la pereza sienten tedio en las cosas que son más espirituales, en las que no participa la sensibilidad.

617. Santa Teresa tuvo ese defecto por muchos años antes de su completa conversión: Hallábase entonces en el ejercicio de la oración mental, y era muy amiga de gustos sensibles; las sequedades de la oración y los alicientes que encontraba fuera de ella la hicieron sentirse muy incómoda, y determinó abandonarla, y aun la dejó efectivamente por un tiempo; pero apenas había otra culpa en ella que esta pereza espiritual, y tan luego como recibió aviso de un santo sacerdote, desde entonces emprendió con mucho denuedo y sacrificio el abandonado camino de la oración, y pasó tantos años de sequedad y de luchas, que es cosa heroica y admirable, y así corrigió su defecto con esta generosidad, y alcanzó la perfección en la oración que nos la presenta como una gran Santa.

618. Los perezosos huyen de las cosas espirituales cuando su gusto sensible no encuentra pasto en ellas; no quieren volver al ejercicio de la oración cuando les falta la esperanza de encontrar allí un gusto; exhortan, tal vez, a los demás, a cultivarlo, convencidos de su necesidad y utilidad, mientras ellos lo abandonan incapaces de vencer su pereza espiritual.

619. Por la pereza, se pospone el camino de la perfección al gusto sensible, la voluntad de Dios a la propia, el sabor de lo divino al temor de entristecerse; y por uno de esos efectos de la falta de generosidad, quieren, si no con la intención sí con los hechos, que Dios se acomode a sus caprichos.

620. Pero lo dicho es suficiente para que podamos apreciar hasta qué punto deben ser purificados estos perezosos. Emprendamos nosotros la reforma de nosotros mismos, ya no avaros, sino generosos, y pidámosle al Señor que nos introduzca en la utilísima y necesarísima purgación pasiva del sentido.

4. PURGACIÓN PASIVA DEL SENTIDO

55.4.1 Sequedad

621. Es la sequedad un medio penoso que Dios utiliza para purificar al alma que llama al contemplación; lo da por sí mismo, lo alarga según lo pide el provecho del elegido, y lo intensifica según las necesidades del mismo.

622. Así como no se fabrica una estatua sino quitándole al bloque de mármol lo que le sobra según lo pide la figura, así no puede ni el mismo Dios darnos la contemplación, por la cual nos transforma en sí mismo, si antes no nos quita lo que nos queda de nuestro hombre viejo.

623. Nos promueve, pues, a la mayor perfección, cuando nos visita con la purificación pasiva; nos quita aquella viveza de luces que ayudados de su divina gracia habíamos alcanzado en la meditación, nos amarga aquella dulzura de afectos, nos impide el discurso, que era nuestro medio para unirnos con Él, y de ahí el quedar completamente a oscuras y en una penosa sequedad.

624. A esta mudanza, queda el alma a los principios muy desmayada, cree que todo proviene de su negligencia, se esfuerza por meditar, trabaja por despertar el afecto adormecido, pero, ¡vanos trabajos!

625. Ya entra en temores de que sus confesiones no son buenas, que algún pecado se le escapa; nuevos escrutinios en su fatigada conciencia, ya busca y rebusca, siempre inútilmente; un gran decaimiento se apodera de ellas, y concluye que sin Dios se siente morir, pero que en pena de sus pecados ha sido abandonada de Él.

626. ¡Pobrecita, y cómo se engaña! quién me diera darle un consejo, quitarle ese velo de temores infundados, hacerle entrar valerosa a esta noche del sentido.

627. Ese tránsito nada tiene de temible; muy por el contrario, es un grande beneficio, es una señal de óctuplo cariño, es una predilección particular que Dios le manifiesta, y por decirlo categóricamente, es el principio de la contemplación.

628. Ahora es seca, enjuta, penosa, pero luego será un mar de indecibles suavidades, causadas directamente por Dios, no adquiridas por el alma, al igual que las penas de ahora; y será tan gustosa, y poderosa, y eficaz, que la conducirá a la más íntima unión.

629. Atiende, pues, oh alma privilegiada del Señor, penetra en lo más íntimo de ti, y observarás que cierta luz espiritual, nueva para ti y de pura fe, brilla tras la noche del sentido; cierta fijeza hacia Dios arrebatada a tu voluntad como una fuerza irresistible y misteriosa; cierta atención como amorosa, que tú no procuraste, te mantiene en la presencia del Señor; cierta vista simple, sin esfuerzo alguno de tu mente, te da un nuevo conocimiento de Dios; y un no sé qué de fineza y suavidad que impidiendo la meditación

engendra la contemplación, te da en un instante lo que tú en muchos años no habrías logrado.

56.4.2 Enfermedades

630. Casi todos los santos contemplativos se vieron probados de Dios con toda especie de enfermedades: como Santa Clara, habitualmente oprimida de penosas enfermedades; como Santa Teresa, que pasó muchos años sin tener un solo día libre de dolores; como Santa Catalina de Siena, para quien la mejor compañía eran sus enfermedades; como Santa Liduvina, a quien las carnes se le podrían; como aquella Venerable Franciscana, que quedó privada del uso de pies y manos, y andaba siempre a gatas... etcétera, etcétera.

57.4.3 Reveses

631. Igualmente, a fuerza de otros grandes dolores, Dios los separa de todo lo creado: la pérdida de los parientes, de las personas más amadas, de la hacienda por quiebras, desastres, injustas opresiones, como se vio en Job.

632. Mas para que estas cosas sean de veras la purgación pasiva del sentido, deben sucederles no como quiera, sino con ciertos visos de extraordinario, que hagan ver ser Dios quien mueve especialmente las causas segundas para sus fines altísimos de purificación.

58.4.4 Persecuciones.

633. Apenas hay contemplativo que no haya sido sometido a los persecuciones. Hablando de estas trabajosas purgaciones a que se ve sometida el alma contemplativa, diremos que en torno a ella nace un cierto grito y murmullo: que se hace la santa, que hace cosas extravagantes, que quiere engañar y parecer buena, que quita el crédito a los demás; y de ahí tal vez se alejan de ella hasta los que tenía por amigos.

634. Para muchos no para aquí la prueba, sino que se les levantan manifiestas calumnias, se les atribuyen grandes infamias, que tal vez se esparzan, si divulgue, y vengan a ser como la fábula y el desprecio de todos, y se les sujete a horrendas persecuciones.

635. Se sienten más al vivo y purifican tanto mejor que las anteriores las persecuciones de los buenos; no se extraña que el mundo se enseñe con los que sirven a Dios, ¡pero que lo hagan los buenos!

636. Santa Teresa nos presenta las suyas como suficientes para que saliera de juicio; san Pedro de Alcántara nos dice que fue la contradicción de los buenos uno de sus mayores trabajos; San Juan de la Cruz fue puesto por sus mismos hermanos de religión casi un año en la cárcel, con disciplinas, ayunos y toda especie de humillaciones; Santa Catalina se vio tan maltratada de sus padres, que privándola de todo, la redujeron como a

una esclava; Santa Rosa de Lima recibió una persecución despiadada de parte de su madre, que con vituperios, golpes y ultrajes quería reducirla.

637. Tanto ama Dios a estas almas queridas, pone tanto cuidado en disponerlas, tanta providencia en adornarlas, que permite que personas de virtud no común y de instrucción no escasa, se engañen, para que con su mano, bien intencionada pero recia, labran a sus escogidos.

59.4.5 Tentaciones contra las virtudes teologales

638. De la adquisición de las virtudes teologales en grado heroico depende principalmente la contemplación; y lo que el demonio tan maliciosamente maquina contra el alma contemplativa en estas virtudes, Dios lo permite para que, vencéndolo, logren de hecho ese heroísmo.

cc) a) Contra la fe

639. Contra la fe le da los asaltos más feroces: contra la Trinidad Santísima, contra la Encarnación, contra la pureza de María, contra la inmortalidad del alma, contra la vida eterna, contra el perdón de los pecados, todo esto con instigaciones insidiosísimas a que se dé buena vida.

640. Se esfuerza en echar por tierra la fe en los Sacramentos, ya con pensamientos falsos en contra de su utilidad y necesidad, ya con suposiciones perversas de que van contra la razón y la dignidad del hombre, ya con sacrílegas tentaciones en el momento mismo de recibirlos, y aun le infiere como un positivo desprecio para que los abandone.

641. Otras veces recorre las preceptos que Dios y la Iglesia nos imponen para nuestro bien, y los muestra como injustos, imprudentes, impracticables; ni hay sectario tan impío que pueda igualar al demonio en esta astucia infernal.

642. A veces durante la aflicción se insinúa con falsa compasión en el alma, y le destila máximas heréticas y blasfemas; y por la aridez, sequedad y angustia concluye que Dios es cruel e injusto, y que así trata a los suyos para cebarse en verlos sufrir.

643. Aquí conviene tener gran cautela, mucha confianza en Dios y profundísima humildad; pedir incesantemente a Dios su gracia, conscientes de la propia debilidad; protestar con actos generosos de fe la creencia en aquello que el maligno ataca; ofrecer aquellos trabajos en satisfacción de los propios pecados y por la conversión de los incrédulos; jamás argüir con el demonio, porque no hay teólogo que con luces ordinarias pueda enfrentársele, y sólo la huida humilde será muchas veces el medio que nos salvará de sus argucias.

dd) b) Contra la esperanza

644. Sobre esta virtud parece que asienta el demonio todas sus baterías, y no hay una sola alma llamada a la contemplación que no sienta, al pasar por esta purificación, frecuentes desconfianzas de la misericordia divina.

645. Los pecados pasados, las imperfecciones presentes, la experiencia de la propia debilidad, todo ello ensombrecido con la luz diabólica, hunde al alma en un sentimiento horroroso de la propia miseria, y como llevándolo todo a fuego y sangre, con una humildad falsísima que le sugiere el maligno, se condena ella misma.

646. Con la aprehensión tan fuerte de los pecados y miserias ven a Dios tan irritado, se sientan tan apartadas de Él, que todo lo dan por perdido, ven el cielo cerrado y abiertas las puertas del infierno.

647. Por esto se figuran estar en las manos del demonio, cuyos insultos se hacen cada vez más abiertos y desalmados, y mueven en su sentido interior tanta melancolía, agitación y angustia, que les parece ven a enloquecer, y se ven como obligadas a prorumpir por de fuera en actos de terrible desesperación.

648. Esta parece una de las sugerencias más fuertes del demonio, que trabaja con infernal empeño por impedir al alma llegar a la unión con Dios; por eso conviene que éste se reanime con todos los medios que le brindan la humildad, la confianza, la oración, la obediencia al director; que, aunque sienta todo lo contrario, obre como que no puede Dios abandonarla, que no quiere su perdición, sino hacerla su predilecta a pesar de su indignidad, y que el agravio más grande sería desconfiar de Él; y conviene que no pare hasta repetir: *Aunque cuando me dieras la muerte, yo esperaría en ti.*

ee) c) Contra la caridad

649. Así como esta virtud es la que perfecciona en su grado máximo la unión de Dios con el alma, así es demonio endereza contra ella la batería más fuerte: blasfemias las más horrendas les sugiere a los fervorosos, toda especie de contumelias contra Dios, y aun las hace resonar en sus oídos como si ellos mismos las pronunciaran.

650. Les presenta a Dios como enemigo implacable, les enciende un grande odio hacia la divinidad, les infunde una rabia tan grande que les hace desear aniquilarlo si fuera posible; y todo esto con tanto dolor, que están adiendo al mismo que aman con su amor más grande y entrañable, y es tal su angustia que, como Job, pueden decir: *Clamo a ti, y Tú no me respondes; permanezco en pie, y no me haces caso; te has vuelto cruel para mí, y con todo vigor de tu mano me persigues.*

651. Estas tentaciones son tan penosas que escogería esas almas pasar entre navajas afiladas y cuchillos cortadores, antes que exponerse a ellas por su propia voluntad; y este horror muestra cuán lejos están de consentirlas.

652. Basta, pues, que con toda paz hagan actos contrarios a tales sugerencias, que no se asusten de quien no puede dañarse si no consientes, que con ánimo tranquilo se opongan a sus designios perversos, que no se horroricen de modo que desfallezcan, y estén seguras que hacen un grande sacrificio de sí mismas por el amor de su Dios, y que tanto son más piadosas y devotas, cuanto resistiesen con mayor generosidad y confianza en el Señor.

60.4.6 Tentaciones contra la castidad

653. Casi todas las almas que pasan por la purgación del sentido las tienen. No se trata de recuerdos, de pensamientos, conversaciones, vistas, actos, y aun de la acción más fea; se trata del conjunto de todo eso, de la reunión de todas las tentaciones, de todo lo que puede ser agradable a la carne, de todo lo que puede excitar nuestra concupiscencia, y de la reunión de todas las circunstancias que hacen más terrible y dolorosa la tentación.

654. Tratándose de estas personas puestas en la purgación del sentido, que son muy timoratas, que por nada del mundo se marcharían con pecado torpe deliberadamente, y que se mueren de pena por no poder evitar tan inmundas tentaciones, concluimos que no pecan mortalmente, aunque vean todas las impurezas, oigan lo más deshonesto, experimenten lo más torpe.

655. Estas personas no deben temer semejantes asaltos diabólicos, mientras no los hayan propiciado de alguna manera; porque por la misma repugnancia, por el mismo horror, por el mismo terrible sufrimiento que les causan, queda de manifiesto que ellas no los han procurado de ninguna manera, y por tanto, tranquilas en punto tan importante, dispónganse con ánimo intrépido a luchar con duplicada fortaleza.

656. Sírvanse de todos los medios que la Iglesia nos proporciona: acudir a Dios, al Virgen, a San José, a los Santos; poner en juego la cruz, las reliquias de los Santos, al agua bendita, los nombres de Jesús, María y José; y aun servirse del exorcismo para refrenar la impúdica osadía del demonio.

657. Guárdense de todo consentimiento, pequeño que sea, en la tentación, y protesten firme y fervorosamente que todos los dolores, y el fuego, y los azotes, y las cárceles, y aun la misma muerte sufrirían gustosos, antes que consentir.

658. Finalmente, sujeten al tribunal de la penitencia todo lo que hayan padecido, por si hubieran habido cierta advertencia, aun pequeña, o cierta falta de prontitud en el rechazo, y aun suponiendo que ni imperfección hubiera habido, deben sujetarlo igualmente, para que con esta declaración se le quite el demonio todo resquicio de oportunidad, y este acto de humildad atraiga el agrado y las bendiciones de Dios. Tal nos parece la conducta que se ha de observar.

5. SEÑALES DE ESTAR EN LA PURGACIÓN PASIVA DEL SENTIDO QUE CONDUCE A LA UNIÓN.

659. La sequedad es el primero de los medios destinados a la purificación; mas ¿qué persona hay de las que tienen oración, que no haya pasado sus largas temporadas de sequedad? ¿quién no ha visto personas así?; y sin embargo, al fin de las pruebas no logran la contemplación. Y todavía más: ¿cuántas veces una tibieza culpable es la causa de la sequedad? ¿cuántas otras una acción digna del fuego eterno? ¿y cuántas una melancolía notable origina todos los fenómenos que parecen purificación pasiva?

660. Esto considerado ¿cómo conoceremos que está el alma en la verdadera purificación del sentido? ¿cómo sabremos que dicha purificación está enderezada a la contemplación? Ambas respuestas vamos a dar. I presenta las siguientes señales, en las que San Juan de la Cruz será nuestro guía.

61.5.1 Cuando es legítima la purificación

661. En la verdadera purificación, cuando el alma no encuentra gusto en las cosas de Dios, tampoco lo busca en las criaturas. Pero un tibio obra diametralmente opuesto: no haya gusto en el servicio de Dios, mas lo busca en las criaturas, en objetos caducos, en consuelos terrenos, y aparecen tantas imperfecciones acompañadas de tanta malicia, que descubre el tibio sin lugar a duda.

662. En segundo lugar, se esfuerza en ser fiel a Dios, y aunque esté seca y desconsolada, no pierde la memoria del Señor, lo busca entre las aflicciones, le manifiesta su buena voluntad con muestras de generosidad muchas veces heroicas, y el punto de su temor es el pensamiento de que puede volver atrás en su espíritu; por tanto, puede hablarse de sequedad purificadora, porque esta solicitud de servir a Dios es señal inequívoca, y nada más contrario a los desalientos, fastidios e indisposiciones que la tibieza y melancolía podrán suscitar.

663. En tercer lugar, está imposibilitada para la oración discursiva, y esto acaba de descubrir el misterio; y es que Dios, que no se le quiere comunicar por medio de la fantasía y discurso, le ata la imaginación, le dificulta la meditación, como si fueran acciones desproporcionadas y aun impeditivas del bien que Dios quiere hacer.

664. De estas tres señales podemos concluir la bondad de la sequedad que padece un alma: cuando, dada a ejercicios discursivos, ya no puede meditar; cuando experimenta frecuentes temores de ofender a Dios; cuando se esfuerza a darle muestras de fidelidad. Existiendo ellas, hay la moral seguridad de que aquella sequedad no es culpable, no es la tibieza la madre, no es la melancolía perezosa la que la engendró.

62.5.2 Cuando esta purificación legítima se ordena a la contemplación

665. antes de poner Dios al alma en la purificación ordenada a la contemplación, acostumbra favorecerla con grandes dulzuras, grandes encendimientos; tal vez hasta tiembla y se aflige por no poder resistir a la plenitud de tanto afecto: ya locuciones internas muy amorosas, ya visiones oculares o imaginarias.

666. Así parece que desde el principio Dios la dirige y la favorece para que se disponga a la prueba grande de la purgación. Pero esta regla tiene sus excepciones: cuando se dan tales favores, es casi cierto el llamado a la contemplación; pero si faltan, no puede concluirse lo contrario.

667. Cuando no ha de seguirse la contemplación, parece que las sequedades son menos largas, que espesas, que pronto les nace el sol de la paz, y que la misma sequedad va entreverando con consolidaciones sensibles.

668. En cambio para las almas destinadas a la contemplación es la sequedad más rigurosa y continua, y conforme avanzan en la purgación, se quedan en un total desconsuelo.

669. Si al tiempo de sus sequedades, en la insensibilidad de los afectos, en la esterilidad del discurso, el alma sólo experimenta a veces cierta vista de Dios, con cierta atención simple, quieta y confortativa, que le acarrea no deleite en el sentido, sino refección en el espíritu, es indicio manifiesto de que esta sequedad es ordenada a la contemplación. Esta señal es la que ocupa el primer lugar, las demás pueden faltar, ésta no.

6. NATURALEZA DE LA CONTEMPLACIÓN

63.6.1 Simple vista: conocimiento experimental deseable, no presumible.

670. Contemplación es una simple vista admirativa y suavemente amorosa de Dios, que trae consigo la mística unión, o un conocimiento experimental y un amor que nos hace perder en Dios.

64.6.2 Infusa, no adquirida; pasiva, no activa; deseable, no presumible.

671. La contemplación no es para todos; Dios la da a quien le place, de la manera que le place cuando le place.

672. Es una oración tan elevada que no pertenece al hombre el poderla conceder, y el poder llegar a ella por su propia industria y a fuerza de trabajo.

673. No es oración activa, sino oración pasiva.

674. Aquí nada hacen los sentidos, ni los sentimientos, ni aun la imaginación. Pues ¿quién es el obrador de tales prodigios? Es una luz celestial que obrando poderosamente sobre el alma, le hace ver simplemente el objeto, pero con una vista tan clara, que le causa admiración y un efecto gustoso.

675. En esta oración, el alma se ve repentinamente llena de luces y de afectos santos: el entendimiento se ve ilustrado de ciertas verdades incomprensibles a quienes no tienen esta oración, y la voluntad abrasada de toda suerte de buenos deseos.

676. Los sabios tienen grandes luces para hacer bien la oración; pero las que Dios comunica a estas almas sencillas para hacerla, son bien diferentes de las que tienen los sabios; porque lo que ha ocultado a los grandes del mundo lo revela a los pequeños y humildes.

677. Dios se complace en llenar a estas almas de sus más claras luces, y de comunicarles sus gracias particulares; y Él les descubre lo que todas las escuelas no han podido encontrar.

678. Un sabio a la verdad habla de Dios según la ciencia que ha adquirido; mas una persona contemplativa habla de una manera bien diversa; pues que ella habla según la ciencia que le ha sido infusa en la oración, y ciencia toda llena de caridad y de unión; y bajo este concepto el Doctor no puede decirse más sabio que ella, y aun tal vez enmudezca en su presencia.

679. ¡Oh, que altísima manera de oración! ¡qué respeto y qué reverencia la que debe merecernos! Al darnos a la oración, debemos levantar el espíritu a Dios, y mantenernos en el conocimiento de nuestra propia nada, esperando con humildad que nuestro Señor se digne hablarnos al corazón, y decirnos algunas palabras de vida eterna, la cual hará más ella sola sobre nuestra alma, que mil discursos de nuestro entendimiento.

7. DIVERSOS ACTOS DE LA CONTEMPLACIÓN

65.7.1 Recogimiento interior

680. El recogimiento interior, gracia infusa, es un retiro subitáneo y suave de todas las potencias interiores a lo íntimo del alma.

681. Este retiro es subitáneo, a diferencia de otros no infusos que nos entran por grados y con esfuerzo.

682. A veces, sin pensar en Dios, siente uno que se recoge con un recogimiento que nunca había experimentado, y distingue uno la sobrenaturalidad del hecho, y que sólo Dios le infunde semejante gracia, pareciendo que cumple la promesa: *La atraeré a mí, la llevaré a la soledad, y allí le hablaré al corazón.*

683. Mediante este recogimiento nuestras potencias son atraídas por Dios, introducidas a lo más íntimo del alma, y esto se hace por medio de cierta suavidad que obra irresistiblemente.

684. Como las potencias están recogidas, y no suspensas, uno usa de ellas, pero sólo ocupado en Dios; no cesa la meditación, pero se hace sin distracciones y con gran dulcedumbre; continúa el discurso, pero con todo el apoyo divino; la voluntad se derrite en un mar de suavidad, sin dejar de obrar por sí misma.

685. Esto es ya comenzar una oración sobrenatural y extraordinaria; es haber sentido el llamamiento de Dios a la vida contemplativa; es ponernos en estado de perfecta disponibilidad a las gracias infusas; es el fin de nuestras obras, trabajos, desvelos, luchas que hasta ahora hemos sostenido en la búsqueda de Dios.

686. Como en este recogimiento nuestras potencias no están suspensas, sino retiradas, y pueden obrar libremente, conviene que al disfrutarlo no nos embebamos demasiado, que no obremos con ansia y conato inspirados en la gula espiritual, sino con tranquilidad, con un desasimiento lleno de humildad, con un abandono el más completo.

687. a veces acontece que durante la oración vocal nos viene este recogimiento, y entonces, para darle lugar, la precipitamos como si la hubiéramos tomado a destajo; éste es un modo nada conveniente; a cada tiempo debemos darle su correspondiente ocupación. Por más recogimiento que experimentamos, continuemos con la paz y pausa que el acto amerita, mientras nos sea posible; y si acaso no lo fuera, dejémosla a para entregarnos al impulso de la gracia; y si es de obligación lo que omitimos, después lo supliremos.

688. Tengamos finalmente un cuidado solícito; aumentemos la oración cuanto la obediencia nos permita; tengamos toda aquella soledad que nos consientan nuestros deberes; apartémonos de las distracciones, abandonemos del todo aquel fárrago de cosas innecesarias que nos ocupaban, y con este despego el más generoso contribuyamos de nuestra parte a esta obra admirable de la gracia en nosotros.

66.7.2 Silencio espiritual

689. El silencio espiritual es un estado del alma en el cual las potencias nos e pierden, pero sí quedan atónitas delante de Dios.

690. En el recogimiento interior el entendimiento no está impedido y puede discurrir, la voluntad no está detenida y puede formar afectos, y así de las demás potencias, pero si estando ocupados en esta oración de recogimiento el entendimiento recibe tanta luz, y a la voluntad le crece tanto el amor, que dejan de obrar, y quedan atónitos, entonces entra el alma en este silencio espiritual.

691. El entendimiento está fijo por la admiración que siente ante las grandezas divinas, ha dejado de discurrir, y queda maravillado; la voluntad está satisfecha, y descansa contentísima en el amor; el apetito sensitivo está como adormecido en una calma extraordinaria, y no causa disturbios a la parte superior; aun la imaginación queda atónita de pasmo, y no se distrae con pensamientos inoportunos; y como un perrito que recoge las sobras y no ladra durante la comida de sus dueños, así la fantasía, cebada con algunas gotas de consuelo que se escapan de la grande hartura del entendimiento y voluntad, no interrumpe el espiritual banquete.

692. Este estado de silencio no dura mucho: cesa la viveza de la luz, cesa el ardor del amor, cesa la admiración, cesa el embeleso de la potencias, y debe cesar, y entonces hemos de tomar, generosos y agradecidos, el ordinario camino.

67.7.3 Oración de quietud

693. La oración de quietud es una simple vista de Dios, admirativa y suavemente amorosa.

694. Es simple vista, y ésta es la parte más sustancial de esta oración. Cuando meditamos no miramos las verdades con una sola vista; nos servimos de la meditación, de los actos del entendimiento, de la memoria, de la imaginación; pero cuando Dios llama a la oración de quietud, suspende la actividad de las potencias, una luz muy brillante habita el entendimiento, lo eleva al modo angélico, Dios se manifiesta sin especies intermedias, y con esa sola y simple vista se admira, y gusta de Dios sin que haya precedido al más pequeño trabajo.

695. En esta vista admirativa. El alma ve a Dios con una claridad extraordinaria, no en una idea, sino en Sí mismo, con una perfección tan desacostumbrada y sobrenatural, que tiene que caer en la más atónita admiración, como los ángeles.

696. Es vista suavemente amorosa. La voluntad casi advierte, contentándose de saber que está con Dios; a mí me parece que esto es lo más subido de la quietud, cuando el alma se está en el beneplácito divino con un simplícimo rendimiento, sin interés alguno de buscar algo; limpia de todo género de pretensión, no busca contentarse mínimamente, su voluntad purísima quiere con tanta delicadeza, que no tiene otro contento que saber que está con Jesús. Es esta una quietud de soberana excelencia.

697. Esta oración de quietud puede efectuarse de tres maneras: cuando todas las potencias están en quietud; cuando sólo la voluntad lo está, y plenamente, y cuando lo está en menor grado.

698. Cuando participan en ella todas las potencias, se siente la quietud, el reposo ya descrito, y una suavidad que nace de lo más íntimo y más profundo del alma, y se derrama en todas las demás potencias, efecto de estar el alma junto a Dios y sentir su presencia.

699. Cuando el entendimiento y las demás potencias no participan en esta oración, sino que están libres para obrar, pueden reflexionar sobre lo que les pasa, puede distraerse en otros objetos, con cierta pena del alma que no puede tener la paz cumplida.

700. En estas circunstancias, conviene no hacerles caso, dejarlas en las cosas que imaginan, porque no perdiendo la voluntad su quietud, poco a poco las atrae de nuevo; pero si quisiera ir detrás de ellas para recogerlas, esta solicitud la distraería, perdería la quietud, y se quedaría sin esa dulce oración.

701. Cuando Dios le concede esta oración, y el entendimiento queda libre, no sea el alma curiosa ni preocupada, no se inquiete por saber el significado de lo que le pasa, pórtese con una total pasividad, ocúpese en Dios que le da ese contento, y goce agradecida de aquellas suavidades. Esta regla tan sencilla es muy necesaria para no perder por nuestra culpa la oración de quietud.

68.7.4 Embriaguez espiritual

702. Hay una embriaguez imperfecta, que consiste en un amor sensible, encendido todo en el apetito sensitivo, por el cual se ve uno obligado a prorrumpir en ímpetus de grandes afectos, sin poderse contener de dar señales exteriores con acciones extrañas y desacostumbradas. Pero no tratemos aquí de ella; la señalaremos expresamente para evitar peligrosas confusiones.

703. La embriaguez perfecta consiste en una oración de quietud muy sublime, de la cual se produce en el alma un amor tan deleitable, tan suave, tan gozoso, que la hace morir a todas las cosas del mundo, y sacándola casi de seso, la hecha dar en un glorioso delirio y en una sabia locura.

704. la llamamos perfecta porque es de un carácter más notable, como el alma lo es al cuerpo; es de más subidos quilates, como el finísimo oro con respecto al hierro; no se concede sino a los perfectos, o que al menos han sido refinados en el crisol de fieras purgaciones; ella se comunica sólo al espíritu, con un gozo inefable, muy superior a todo gozo sensible; y si el cuerpo participa es por mera redundancia del espíritu.

705. ¡Oh glorioso delirio! ¡Oh sabia celestial locura! Como el embriagado no puede discurrir, así el alma dominada del gozo de esta divina embriaguez siente ansia incontenible de expresarlo, y no sabe hacerlo; así como el embriagado no puede ordenar el discurso ni lo que dice, así el alma, transportada en júbilo, prorrumpe en alabanzas inconexas; así como el embriagado dice despropósitos, así el alma los dice, transportada del vino del amor delicioso, pero despropósitos llenos de la más celestial sabiduría.

706. En el colmo del desatino, el alma no sabe qué hacer: no sabe si haya de hablar para publicar a gritos lo suave que es Dios, o callar imitando a las celestes criaturas del Apocalipsis en so elocuente silencio, o si riendo manifestará mejor eso que no puede expresar, o si llorando mejor se lamentará de este gozoso tormento que la saca de quicio. ¡Oh! ¡es el gusto, es la suavidad, es el deleite, es esta santísima embriaguez!

69.7.7 Dormitación del espíritu

707. la dormitación del espíritu es una consecuencia de la embriaguez perfecta; es un amor ferventísimo y suavísimo nacido de esa embriaguez, por el cual la voluntad, dejando todos los conocimientos, se abandona en los brazos de Dios.

708. En esta oración las potencias dormitan; ni están del todo perdidas, ni entienden cómo obran; aquí se verifica aquel: *yo duermo, pero mi corazón vigila*; duermo, porque las potencias sufren un divino letargo, y me siento enajenado; pero vigilo, puesto que me siento en los brazos del que ama mi alma.

709. Dichosa el alma cuando entra en la posesión de este amor ferventísimo; tal le parece que se transporta en las alas de un deliquio inefable; tal le parece que el amor de todas las criaturas debería acompañarla para amar a su amado; tal le parece que los afectos de todos los hombres son pocos para expresar lo que siente, tal le parece que las criaturas angélicas le deberían prestar su ardor; tal le parece que a semejanza de los serafines debería ya entonar el cántico eterno a su Creador; tal le parece que aquel fuego que vino Jesús a pegar a la tierra le abrasa toda ella; y al modo que divagan los desgraciados alcohólicos en la inconsciencia de la embriaguez, así esta alma venturosa, en so amorosa dormitación, divaga en mil sueños que saben a locura.

710. Muy poco hay que advertir, siempre y cuando sea legítima la dormitación, como que sale de la perfecta embriaguez.

711. con todo, conviene que examinemos cuando haya duda; tal vez nos parecerá que un profundo sueño sea la dormitación; tal vez la fuerza del sueño como que atonta nuestras potencias; y si nos levantamos de la oración con un alma tibia, con la mente oscura, y sin buenas disposiciones para la práctica de la virtud, en este caso estaríamos muy lejos de la verdadera dormitación.

712. Porque como el sueño natural restaura los espíritus, restablece las fuerzas, y hace al cuerpo más apto para las fatigas y trabajos, así esta dormitación da al alma una fortaleza grande, le comunica un vigor especial, y hace que se gloríe en padecer grandes cosas.

CAPÍTULO 5

QUINTO TALENTO: MÍSTICA UNIÓN DIOS TRANSFORMA AL ALMA EN SÍ

1. PURGACIÓN DEL ESPÍRITU

70.1.1.Su necesidad

713. A pesar de la diferencia que media entre los aprovechados y los incipientes, que es como la que existe entre el maestro y el discípulo, con todo, comparados los aprovechados con los perfectos, se encuentran a una distancia mucho mayor. ¿Y quién podría notar la diferencia? quizás podríamos decir que como el sol entre las estrellas, así es el perfecto entre los aprovechados.

71.1.2 Imperfecciones habituales de estos purgandos

714. El primer hábito, y como el origen de todos los demás, es la propia rudeza, la malicia y torpeza propia de la naturaleza caída. De ahí cierta distracción de la mente aun en las comunicaciones divinas; cierta exterioridad de su espíritu que no sabe prescindir de las cosas creadas; cierta flaqueza que lo hace condescender en mil miserias; de ahí nacen multitud de otros hábitos, ciertas vivezas en el genio, ciertas manchas inveteradísimas que residen en la inmortificación del espíritu.

715. Es pues conveniente que se ilumine, que se clarifique, así como que se acoja y se purifique, y que le sea comunicada toda la anchura y belleza que requiere la unión con Dios.

716. ¿Y cuyo es el remedio? sólo la purgación del espíritu; ¿y no podría hacer esto la purgación del sentido? no por cierto, pues no puede llegar a la raíz de toda imperfección, que reside en el espíritu.

72.1.3 Imperfecciones actuales

717. Además de estos hábitos, hay no pocas actuales imperfecciones en el que no ha pasado la purgación del espíritu, hay muchos estorbos que impiden la unión, hay actos imperfectos que tal vez él ni note, hay inclinaciones que le hacen obrar defectuosamente, hay las manchas del apetito que no fueron purificadas del todo en la purgación del sentido.

718. Hay en este espíritu vagueaciones de la mente, y un no sé qué de innata ceguedad que le hace tomar sus propios defectos por mociones divinas, y de ahí con frecuencia un gran número de engaños en visiones, locuciones, profecías, y aun toma fácilmente lo falso por verdadero y viceversa.

719. hay en su voluntad multitud de imperfecciones: mucho amor propio que se convierte en rémora para la unión, sobrada atención a las gracias extraordinarias, mucho

apego a los gustos sensibles de la gracia, alguna complacencia en verse escogido, una no pequeña estima de verse privilegiado y una notable presunción por los regalos un merecidos del cielo.

720. Y ¿qué es todo esto? es cierta soberbilla que ciega al alma favorecida, y tanto más nociva cuanto que ni ella misma la conoce; sólo un alma asaz experimentada pudiera hacérselo ver.

721. ¡Cómo! ¿y con estas manchas en la frente aparecería delante de su Esposo que la llama a la unión? ¿así subiría al tálamo de los místicos desposorios? ¿y así se uniría con la transformación completa con el que es la pureza por esencia?... eso es del todo imposible; es preciso, necesario y del todo conveniente que pase por otra purgación: la del espíritu.

2. MEDIOS DE PURIFICACIÓN

73.2.1 Sequedad espiritual

722. La sequedad espiritual es el primer medios purgativo, o como si dijéramos, uno de los modos. Ella consiste en la privación de todo consuelo de puro espíritu.

723. Es grande la diferencia que media entre ambas sequedades, la del sentido y la del espíritu: ambas privan de consuelo, la una el del sentido, la otra el del espíritu; la una se experimenta en la sensibilidad, la otra en la mente; la primera afecta al corazón, la segunda al puro espíritu; la una se da en la parte accidental de la devoción que obra sobre el sentido, y la otra en la parte accidental de la devoción que obra en el espíritu. Pues en el conjunto de una y otra consiste esta sequedad purificativa del espíritu.

724. Colocada el alma en una sequedad, si es fiel a la gracia, está pronta a todo lo que es obsequio de Dios, servicio de aquella Majestad infinita; y está tan dispuesta a ejecutarlo todo, que le basta la noticia de que le gusta al Señor; pero todo esto sin sentido, sin atractivo, sin muchas tinieblas, con hartas dificultades, y con tales repugnancias que constituye el más amoroso tormento.

725. Estas almas, no obstante de no gustar nada ni en el sentido ni el espíritu, tienen un amor tan apreciativamente grandísimo, que morirían mil veces el los más atroces tormentos, juntarían todas los martirios en sólo uno, y todos los sufrirían antes que ofender mínimamente a Dios.

726. Esto sí que es amar, es poner sustancialmente toda devoción en el servicio escueto de Dios, y es amar eficazmente a Dios en medio de los trabajos.

74.2.2 Luz divina que aflige soberanamente

727. Esta luz infusa, en extremo brillante, obra tan directamente sobre el alma, que le da a conocer hasta aquellos defectos que jamás pensó tener de una manera apabullante; bajo este punto de vista se concibe el efecto contradictorio de luz y tinieblas, y es tanto así que le parece una noche la más oscura, y como que las mismas tinieblas se establecieron en su espíritu.

728. Esa luz le hace conocer dos cosas, y ambas a dos multiplica la acerbidad y la amargura de la prueba: por una parte la Majestad, la Grandeza y la Excelencia de Dios, y por otra su miseria suma, su íntima pobreza.

729. Esta luz la descubre su corazón, y encuentra un profundo vacío de lo que es bien, y se ve rodeada de males sin cuento, de miserias, imperfecciones, sequedades, falsas luces, y cuanto pena interior y exterior puede agregarse para hacer más subido su tormento.

730. Aquí comienza a obrar esa luz con todo su divino poder; el sentimiento se ve purificado con la sequedad, es espíritu con la falta de todo consuelo, el cuerpo con la carencia de todo gusto, y las potencias con el vacío más completo; y ¡qué padecimiento tan exquisito y sobrenatural!; San Juan de la Cruz lo compara al padecer congojoso del ahorcado, cuando suspendido en el aire, no puede respirar sino con agonía de muerte.

731. Cuando esa luz hace su obra purificadora, entonces el alma se aniquila, y se consume de las aficiones, y se limpia del orín de los hábitos defectuosos; y tanto es el tormento más grave, más interior, y más cruel y crudelísimo, cuanto es la parte más noble la purificación; en el cual caso, la vivacidad y el brillo de esa luz llegan a su máximo, y entonces el alma se inflama en un fuego que obra al modo de las penas del purgatorio, y todo lo deshace y pulveriza y aniquila con su poderosa y divina virtud.

75.2.3 Tormentos del apetito sensitivo

732. aunque el objeto directo e inmediato de esta purgación no sea el apetito sensitivo, con todo aquí es donde recibe el último refinamiento, porque las tinieblas de la voluntad a él pasan para aprisionarle, las aflicciones del entendimiento van a traspasarle, las amarguras de la memoria lo torturan.

733. Estas penas purificadoras dan el primero y principal golpe a las potencias; pero acaban por embestir con luz penosa al sentido, y allá hace eco todo lo estrepitoso, y en esta forma se halla el alma privada de lo humano y de lo divino, del cielo y de la tierra, de la vida y de la muerte, del Creador y las criaturas, y sólo conserva todo el sentimiento para tenerlo sumergido en el dolor y tormento.

76.2.4 El conjunto de toda pena

734. Esa alma recibe un desprecio completo de lo que es más intrínseco, y esto le hace tanta violencia que el morir le fuera de grande alivio.

735. Las potencias no pueden hacer sus actos, y de aquí proviene que el entendimiento sólo se fije y fortísimamente en sus males y miserias, sin poder tener consideración en algún modo consoladora, la voluntad se ve sumergida en los afectos más tormentosos, sin que aspiraciones celestiales puedan pasar por ella y darle algún alivio, la memoria se siente detenida fuertemente en el recuerdo de su miseria, y enteramente enajenada de cuanto pudiera confortarla.

736. Esta pobre alma atormentada sólo con mucha violencia puede obrar: con la voluntad puede hacer actos secos, actos que contradigan a todo lo que siente; pero no puede hacer lo propio con la imaginación, que sólo le presenta horrores, ni con la memoria, que sólo le recuerda tristezas, ni con el entendimiento, que más que nada le produce tinieblas.

737. Todas las almas necesitan un padre espiritual, pero principalmente cuando comienzan el camino extraordinario de la mística; siempre suele serles de grande alivio; siempre comunica una seguridad muy alentadora; pero en esta purgación se les convierte en nuevo tormento, porque no puede consolarse, y cuando más las quiere persuadir de su dichoso estado de almas elegidas, otro tanto las sumerge más y más hondo en sus penas purificativas, y tales conferencias se les convierten en nuevo dolor, que les hace humanamente irremediable su situación: permisión divina para que unas almas tan queridas no pongan su apoyo sino sólo el Dios.

738. Ya basta lo dicho para formarse una idea de esta purgación. medir el estado violentísimo en que se encuentra el calma, y aquilatar la angustia, el dolor, la aflicción que la consume lenta y terriblemente, sin consuelo alguno ni en las criaturas ni en Dios mismo.

77.2.5 Alternativas de pena y gozo

739. Esta purgación a veces se verifica continuamente, sin que se interponga consolación alguna, semejante a las tempestuosas y dilatadas noches del invierno, en este caso es la purgación más fuerte, y es también más corta, porque en menos tiempo el alma alcanza a verse adecuadamente limpia y purificada.

740. Pero no es así comúnmente, sino que es interrumpida por consolaciones las más exquisitas; la misma inflamación de amor deja de embestirla purgativamente, y da lugar al alma de ver la labor que la mano divina ha obrado en ella, y contemplándose, comienza a gozar de un estado de extrema suavidad; así ahora antes padecía con tanta fuerza y furor, así ahora se goza con toda la efusión del espíritu.

741. ¿Pero qué son estos consuelos?: son auxilios que un dios bondadoso concede al alma débil, para que no desfallezca en la lucha. Por tanto, desde el centro de tanto gusto, experimenta un no sé qué que le impide un gozo cumplido; es como la embelesa, y de hacho vuelve, y muy pronto, a sentirse más terriblemente embestida, purificada y consumida.

78.2.6 Inflamaciones divinas

742. los efectos que dijimos hasta ahora como propios de esta purgación, no la acompañan siempre en cada acto; a veces obran unos, a veces otros, y casi nunca obran mancomunadamente, porque no hay bastante fuerza en el alma para sufrirlo todo, a no ser que un auxilio todo particular, en casos también muy particulares, así lo verifique.

743. Pero las inflamaciones siempre embisten, aunque el alma no siempre lo advierta; pero a la manera que el hombre nunca le falta el espíritu vital, ni al fuego la facultad de calentar, ni al agua la de humedecer, ni a cualquier cuerpo la de precipitarse hace su centro, así el alma que sufre la purgación del sentido, ni le falta, ni puede faltarle, la inflamación amorosa.

744. Podemos asegurar que esta inflamación es una consecuencia necesaria de la purgación del espíritu, porque al modo que la luz divina es la fuerza motriz que debasta, perfila y acaba de pulimentar al cuadro divino, así es esa misma luz la que inflama en ardores divinos según la medida de purificación que ha obrado.

745. Convengo que al principio no se sientan inflamaciones sensiblemente ardorosas que cual volcán divino la incendien, pero ya el alma posee toda la sustancia del fervor de la bondad, está pronta para llevar a cabo lo más difícil, animosa para efectuar grandes cosas, y su ocupación predilecta es amar y darle gustos a su dios amado.

746. Por consiguiente, ya desde el principio de la purgación del espíritu hay, en cuanto a la sustancia del fervor, todo el fuego de amor que inflama, y tan pronto como la purificación avanza, comienza a sentirse en lo íntimo un ardor creciente, y con tanta viveza y vehemencia, que podemos asegurar que prontamente es un fuego sagrado que penetra todo, que enciende grandes y santas pasiones, que hiere de mil modos, y hace ir al alma tras de su amado, deseándolo de mil maneras, y esto hace que sólo obre por Él, que sólo piense en Él, que sólo hable de Él, y que a Él solo desee, a Él aspire, y todo su reposo sea siempre y sólo en Él.

747. ¿Cómo! ¿encenderse en llamas de amor la que se halla en tinieblas, y tinieblas que no permiten conocer cuyo es su estado, y que le hacen reputarse indigna? ¿y con todo, tendrá fervientes deseos de su Dios?

748. No perdamos de vista que jamás se encuentra el alma absolutamente sin conocer a Dios; y en este caso no lo conocen por ideas que le hayan suministrado los sentidos, sino que la misma luz sobrenatural bajo cuyo influencia se halla en tinieblas, la hace conocerlo en esas mismas tinieblas, y le ama con tanto mayor ardor y viveza, cuanto se ve y se siente más separada de Él.

79.2.7 Heridas de amor

749. Esa inflamación, esa pasión que nos ocupa no es una cosa fija; ella tiene sus crecientes, y así cuando el alma ha de ser elevada a los supremos y eminentes grados de la unión, debe recibir una preparación, y puede subir y crecer tanto esa pasión que la prepara, hasta que llegue a herirla y llagarla en su espíritu.

750. Esta herida es como un toque encendido de amor, por el cual Dios eleva en un momento al alma como a la posesión de Sí, y se le hace sentir inefablemente, y luego súbitamente se le esconde, dejándola toda transida de amor.

751. Al toque, vuela el alma rauda y ardiente hacia su Dios, pues torrentes de deliciosas llamas le envuelven; y a la retirada pronta y veloz que hace el esposo, queda traspasada de un dolor tan agudo, que mayor no se puede concebir, y se siente toda llagada por la privación que aquel bien que por un momento gustó, y tal vez diríamos que queda herida como del golpe de una saeta de fuego.

752. Hasta ahora hemos descrito como el primer golpe, pero con el progreso de la purificación se aumenta tan desmedidamente el dolor de la herida, que dice Santa Teresa que hace prorrumpir al alma en grandes gritos, con todo y ser la persona paciente y acostumbrada a padecer grandes dolores.

753. Y no es extraño, porque es como una noticia que descubre al alma con grande claridad la amabilidad infinita de Dios, y esta vista agudísima, suspendida improvisadamente, la exaspera, la lлага, el toque es intensísimo, la punzada tan dolorosa, la suspensión tan absoluta y veloz, que quien la sufre puede llegar a pensar que va a perder la vida por el exceso.

754. A dolor tan grande, y a llagas tan terribles, quién no creyera que el alma queda escarmentada, sin embargo, no es así: le es tan sabrosa y suave esta pena que no querría jamás estar sin ella. Oigamos a Santa Teresa: *Soporta muy voluntaria esta pena, y la sufriría toda su vida, si esta fuera la voluntad de Dios, aunque no sería morir una sola vez, sino estar siempre muriendo.*

80.2.8 Grande seguridad

755. Este estado del alma en la purgación es el más seguro; pues ordinariamente el alma nunca yerra sino por sus apetitos, gustos, discursos, inteligencias, aficiones, y de ahí el inclinarse a lo que no conviene; pues impedidos las potencias y sentidos, está claro que tiene toda la seguridad, que ni el mundo demonio o carne podrán actuar en ella; por consiguiente, cuanto más vacía de operaciones naturales se encuentra, tanto mayor seguridad tiene, y ¿dónde mejor que en esta purgación?

756. Pocas cosas aseguran tanto al alma como el verdadero temor; éste es el principio de aquel amor que lleva a la predestinación; pues en el alma que nos ocupa es ordinario creer que va perdiendo terreno, que nunca había sido miserable, que sus faltas crecen día con día, y que cuanto ejecuta todo desagrada a Dios, y así, tamiéndolo todo de sí, todo lo espera de Dios a quien tanto ama ¿y podría no ir segura?

757. Cualquiera que siga la luz de la divina sabiduría va del todo seguro; pues esa luz se da en esta purgación, y de tal suerte se constituye en guía del alma, que la absorbe completamente, la embebe, la empapa, la libra de cuanto pueda impedir su acción, y la pone tan cerca de Dios, que la lleva a la mística unión.

758. Finalmente ¿no había de haber seguridad en el camino de tinieblas, de penas, de angustias, de aflicciones? Este es el camino más seguro, el más útil, el más conforme al

discípulo de Cristo, y el que nos enriquece con mayores auxilios, porque es el camino de Jesús.

3. RESUMEN DE ESTE PROCESO PURGATIVO

759. Este proceso San Juan de la Cruz nos lo explica así: al modo que el fuego material, en aplicándosele el madero lo embiste, comienza a desecarle, echa fuera la humedad, hace llorar el agua, pónelo oscuro, feo y negrísimo, le expulsa todos los accidentes que le son contrarios, hasta que por fin empieza a inflamarle por la superficie, a penetrar todas sus entrañas, y transformándolo en un todo, le comunica la hermosura que le es propia; así obra la llama de la contemplación sobre la venturosa alma, la va purgando, le hace salir toda la fealdad, acaba con los contrarios, remueve todo lo vicioso, le pone al ojo todo lo digno de aniquilarse, la calienta a lo divino, y a lo divino, se ve inflamada y transformada.

760. No cabe la menor duda que sólo la luz divina puede purificarse el espíritu a ese grado; todos los demás males y penas purifican en cuanto afecta al sentido, pero no pueden llegar al centro del alma; a este punto sólo penetra esa luz sobrenatural, esa luz que debe introducirnos a la intimidad con Dios, y luz que ilumina, que fortalece, que diviniza, y que neutralizando los efectos de todo el yo, comienza a hacernos obrar a lo divino.

761. es por demás sabido que la misma luz y sabiduría amorosa con que se ha de unir el alma con Dios, es la misma que la está purgando y disponiendo, al modo que el mismo fuego que transforma en sí al madero, es el mismo que obra sobre él.

762. la penalidad tan subida propia de esta purgación, no la experimenta el alma por parte de la luz; al contrario *Me vino todo el bien junto con ella*; sino de parte de la flaqueza del alma, que no puede soportar tanta perfección, como el madero que no se transforma inmediatamente en fuego, sino que debe preceder la expulsión de cuanto le es contrario.

763. Esta luz dejará de obrar purgativamente tan pronto como se haya limpiado el alma de toda cosa contraria, porque ya no tendrá la purificación sujeto, como no lo tiene el fuego con el madero cuando está del todo transformado.

764. El alma se irá inflamando según la medida de la purgación, al modo del madero, que al paso que se dispone, se calienta y se precipita al estado ígneo.

4. NATURALEZA DE LA MÍSTICA UNIÓN

765. La mística unión consiste en un conocimiento experimental de Dios que goza el alma de modo muy particular, con suspensión de las potencias.

766. Esta unión y transformación mística, es afectiva, consiste en actos de conocimiento y de amor; el alma no deja su ser físico y natural, porque el hombre imposible que se haga Dios; pero, arrebatadas ñas potencias, sí deja sus aficiones, se viste de una afección totalmente celestial; en una palabra, se une de tal suerte a dios por amor, que transformándose en Él, queda divinizada.

767. Es un arrebatado de amor que el alma experimenta, y al modo que con la mano toco y siento, así Dios se deja tocar espiritual e inefablemente del alma, y siente una sensación verdadera.

768. Ya no es un aviso, ya no es un regalo, ya no es una persona que lo representa; es el mismo amado que viene a su amada y le arrebatada a sí; el alma y Dios, dos sustancias que se unen; y así como no podemos dudar de que el aire penetra en nuestros pulmones, mucho menos podemos dudar de que Dios está con el alma durante esta unión.

769. Ya habíamos hablado de unión, pero nunca de un perdimiento total; el alma siente el tocamiento arrebatador de la divina dulzura, y a este ósculo del Esposo sale de sí misma, desaparece, y se transforma en el Amado.

770. Este es un tocamiento tan puro y tan suave, que se pierde enteramente sin dejar su mismo ser; se pierde en cuanto al conocimiento porque no conoce, no hace reflexión, porque es tan vivísima la luz que la deja como alelada y la fija fuertemente en Dios; se pierde fuera de sí, queda totalmente anegada en el amor experimental y dulcísimo de Dios, se transforma, se le quita totalmente todo afecto y conocimiento que no sea el de Dios, y no sintiéndose ya más a sí, siente sólo a Dios.

771. ¿Y cómo están las potencias en el tiempo de la dicha unión?; el está unida perfectamente a Dios, y sus potencias suspensas; esta suspensión es de todas las potencias: suspensa está la memoria, y tan fuertemente parada en Dios, que no puede formar ninguna otra especie; la imaginación queda anegada y totalmente adormecida en una luz altísima, y no puede turbar la obra; el entendimiento está alumbrado infusa y divinamente, y queda tan altamente fijo en Dios, que ya no se vuelve a otro objeto, ya no reflexiona sobre sí, ya no aprecia ni sus propias operaciones, y aun cabe duda si hace algo; y la voluntad queda perdida en la unión, y trocada en Dios por un afecto divino totalmente la enajena.

5. GRADOS DE ESTA UNIÓN

772. A la manera que todos los hierros encendidos están unidos a la sustancia del fuego y transformados en él, pero con una diversidad peculiar cada uno, y así un hierro puede ponerse incandescente, puede caldearse hasta chispear, puede ablandarse a manera de pasta, puede derretirse a modo de cera, puede correr derretido como líquido, y con todo no es más que hierro encendido; así en nuestro caso puede distinguirse la unión simple, el éxtasis, el raptó, y la unión estable de matrimonio, y todo es unión mística, aunque en diferente grado.

81.5.1. Unión simple de amor

773. En esta unión faltan todas las potencias y se suspenden, pero ese enajenamiento es un grado remiso; aquí los sentidos externos no se pierden totalmente como en los éxtasis y raptos; hay pérdida imperfecta de los sentidos, pero verdadera transformación.

774. El perdimiento de nosotros mismo es el distintivo de esta unión; no el recogimiento, no actos fervorosos, no en sentir nuestro corazón bañado en dulzuras, no el sentir que desfallecemos en una ansia inmensa de Dios, no la embriaguez divina que nos obliga a decir y hacer locuras: sólo el quedar el alma perdida en Dios.

775. Este perdimiento hace que la fantasía esté dormida, que el entendimiento esté fijo en Dios sin poder pensar, que la voluntad se olvide de todo y merced a un sentimiento íntimo y suave de amor no pueda hacer otra cosa que gozar de Dios.

776. Cuando esto sucede, el alma durante el breve tiempo que dura la unión está perdida en Dios con todas sus potencias; y si con esta unión interna no se junta una enajenación total y cumplida de los sentidos externos, está en este primer grado.

777. Me permito usar aquí la bella semejanza que trae Santa Teresa del gusano de seda: fabrica el gusano su capullo, se encierra en él, y allí muere; resucita luego de muerte a vida, y se levanta trocado en una blanca, cándida, graciosa mariposa.

778. Así era el alma antes de la unión, un gusano por sus terrenas y bajas cualidades; muere a sí misma en esta mística unión, renace transformada; y después de algunas veces de gozar esta unión se encuentra tan trocada a sí misma que ya no se reconoce.

779. Antes procedía con lentitud, ahora sube con las alas de la contemplación a la cumbre de la perfección; queda con un grande amor a su Dios, quiere derretirse en fuerza de ese fuego divino, quiere consumirse en alabanzas eternas, queda con una humildad profundísima, no mendiga con las consideraciones, sino infusa a Dios; ve sus miserias con la claridad misma con que ha visto al Señor; no concibe complacencias de un favor que la inflama de gratitud; quédase en un grande apocamiento, y en un desprecio gustoso de sí

misma; queda despegada de todo lo que no es Dios: ni las cosas terrenas, ni el afecto a parientes, ni diversiones honestas; aquí todo lo pierde.

ff) Si la unión es legítima deja una gran certidumbre

780. El alma que ha llegado a gozar la unión mística, queda después de la oración con una certeza indeleble de que ella ha estado con Dios y Dios con ella; y aunque la contradigan, y aunque pasen repetidos años antes de volver a recibir otra vez la gracia de la unión, jamás se aparta de ella una tan firme persuasión.

781. Pero, si no imagina, si no entiende, si todas sus potencias están suspensas durante la oración ¿cómo puede estar cierta de esta presencia de Dios en su alma?... Yo no digo que esto lo vea mientras dura la unión, pero lo veo después; Dios se pone y fija al interior de aquella alma, de manera que cuando ella vuelve en sí, de ningún modo puede dudar que Dios ha estado en ella y ella en Dios.

782. ¿Y por qué Dios comunicará esta seguridad al alma? podría decirse que habiéndola Dios unido consigo, la entresacó como elegida, comenzó a distinguirla, le preparó uno caminos del todo particulares, y como destinada a subir el lecho del matrimonio espiritual, quiere dejarle la prenda de su íntima presencia, quiere esculpirle un vestigio indeleble, quiere comunicarle una grande certeza que de su parte cumplirá esta íntima alianza de amor.

82.5.2. Éxtasis

783. El éxtasis consiste en la unión mística de amor que, apoderándose del alma, la enajena totalmente de los sentidos con suavidad y sin violencia.

784. Declararemos tres cosas: que para la formación del éxtasis se requiere la pérdida total de los sentidos; que esta enajenación provenga de la unión de amor; que se haga sin violencia y con perfecta suavidad.

785. Lo primero es tan exacto, que aun en el lenguaje familiar, cuando se dice que una persona ha llegado a estar extática en la oración, todos entienden que estuvo fuera de sí en cuanto a los sentidos, en fuerza de la elevación de la mente a la contemplación de cosas que sobrepujan con mucho las fuerzas naturales.

786. lo segundo, es conforme al célebre dicho del Areopagita: *el amor obra el éxtasis*, lo que significa que el amor unitivo causa el éxtasis, o que saca el alma de los sentidos y la transforma en Dios.

787. Lo tercero, que el amor obre como el rocío, que durante la noche empape la naturaleza sin ruido alguno de tempestad; que obre la enajenación total de los sentidos, pero sin violencia, con la exquisita suavidad de una divina caricia.

gg) De dónde proviene el éxtasis

788. El éxtasis proviene ya de la grandeza de la admiración, ya de la devoción, ya de la grandeza del gozo y regocijo.

789. Proviene el éxtasis de la grandeza de la admiración, cuando el alma, altamente ilustrada en el entendimiento, por el pasmo de la belleza y bondad de Dios viene a apartarse de su estado natural, es llevada sobre sí misma, y se pierde absolutamente y se transforma en Dios.

790. Proviene el éxtasis de la grandeza de la devoción, cuando la llama del amor se apodera de la voluntad, la abrasa sobre todo modo natural, se extiende rápidamente a toda el alma, la derrite a manera de cera, hace que abandone su antiguo estado natural, siente como que una nueva vida la invade, y pasa a vivir en el sumo Bien.

791. El éxtasis proviene de la grandeza del gozo, cuando el alma, empapada toda ella en la dulzura de la unión, y por el exceso de esa dulzura, no sabe nada, toda se ignora, se olvida totalmente de sí, y se transforma en arena del afecto divino.

hh) Efectos del éxtasis en los sentidos

792. Estos son, como hemos dicho, una impotencia total de los sentidos para producir sus operaciones; esta imposibilidad se extiende a todos ellos, de suerte que no pueden mirar los ojos aunque embestidos de una luz vivísima, ni oír las orejas aunque heridas de un grande estrépito, ni el tacto sentir dolor aunque atormentado del hierro y del fuego, ni el olfato percibir fragancia aunque exquisitas esencias se le aproximen ni puede miembro alguno dar señales de vida con los movimientos que le son propios.

793. De la íntima unión procede el desamparo de las fuerzas, porque virtud del alma es muy limitada en la operaciones, y hallándose altamente ocupada en el sublime estado de éxtasis, no le queda actividad para concurrir a los actos de los sentidos; por eso nada más connatural que el perdimiento de todos ellos.

ii) Efectos del éxtasis en el espíritu

794. cuando alguna persona parece extática, si mientras está privada de los sentidos no hace nada, de nada se acuerda, y no queda con grandes y maravillosos efectos espirituales, no son éxtasis, sino desmayos; porque cuando se halla en el verdadero éxtasis, aunque privada interior y exteriormente, pero el espíritu nunca está más despierto, y más altamente ocupado en Dios.

795. El alma nunca tuvo tanta luz; por una parte los sentidos perdidos, y jamás adquiere tantas noticias como entonces; las potencias absortas por la otra, y jamás comprendieron lo que ahora comprenden; aquí se le muestran secretos que ni el ojo vio ni el oído oyó; aquí se le imprime en la memoria lo que nunca olvidará; aquí tiene vista de cosas espirituales tan subidas, que no es posible decir.

jj) El ala extática acata los mandatos de la obediencia

796. Tal es una de las poderosas pruebas que distinguen el verdadero éxtasis del falso. El alma puesta en éxtasis aún pertenece a la familia, aún pertenece al convento, aún tiene unos superiores que legítimamente pueden darle órdenes; a Dios le pertenece suplir el impedimento que Él mismo ha puesto, y hacerle obedecer; si obedece, es una señal inequívoca del buen espíritu; al paso que si no obedece, es un falso éxtasis, no es de Dios.

83.5.3. Raptos

797. Rapto es un exceso de mente que con violencia arrebató el alma de los sentidos externos, y aun de los internos, y a la unión mística y transformativa de amor con Dios.

798. En este rapto quedan improvisamente cerradas las puertas de los sentidos, y las potencias internas materiales, y sólo quedan abiertas las potencias espirituales; por esto el alma como si estuviera separada del cuerpo.

799. San Pablo ignora cómo fue arrebatado al tercer cielo; de una parte entendía que no estaba muerto en el tiempo que duró el rapto; por otra, sabía que obraba sin el concurso de las facultades corporales; y por esto estaba dudoso si se realizó dentro o fuera del cuerpo.

kk) Cuánto tiempo puede durar el rapto

800. Para la solución de esta duda, distingamos lo alto del rapto de los intervalos de unión que suceden entre cada alto del rapto.

801. Lo alto del rapto se entiende aquel tiempo en que el alma está toda perdida en sí misma, y con las potencias está toda unida con Dios; oigamos a Santa Teresa: *No digo que entienda y oiga cuando está en lo alto del rapto; y llamo alto aquellos tiempos en que se pierden las potencias por estar muy unidas con Dios.*

802. En el rapto perfecto se pierden los sentidos externos e internos, pero mientras está en lo alto del rapto, porque en los intervalos todas las potencias, a excepción de la voluntad, quedan liberadas, y aun se ocupan en actos de inteligencias distintas.

803. En lo alto del rapto no ve, ni oye, y no siente, pero aquella transformación del alma en Dios dura poco, y cuando durare media hora sería muchísimo; mas si con lo alto del rapto se une lo bajo, puede durar largo tiempo, algunas horas, y aun días.

804. Permítaseme explicarlo prácticamente: levantada el alma en rapto, abandona todos los sentidos, y se une a Dios con todas las potencias espirituales (alto de rapto); después de un breve tiempo se desata alguna potencia, y por ella el alma se entretiene en lo que Dios la ocupa, comunicaciones particulares, visiones imaginarias (intervalo del rapto); luego, recibiendo el alma nueva luz de estos nuevos actos de contemplación clara y distinta, queda absorta y nuevamente transformada (nuevamente en lo alto del rapto), para volver luego a bajar; y así, subiendo y bajando, puede pasar hasta días.

ll) Cómo se reciben visiones imaginarias en los intervalos

805. Oigamos cómo dice Santa Teresa le acaece esto al alma: *Le parece que toda juntamente ha estado en otra región muy diferente de ésta en que vivimos, donde se le muestra otra luz diversísima de ésta de acá, juntamente con otras cosas que, aunque toda su vida estuviese fabricado, le sería imposible llegar a ellas; y no es visión intelectual, sino imaginaria, donde se ve con los ojos del alma mucho mejor que acá vemos con los del cuerpo.*

mm) Síntesis de lo dicho

806. Quede, pues, sentado que en el raptó perfecto hay alto del raptó, y es cuando las potencias inferiores se pierden totalmente, y hay intervalos de raptó, que es cuando Dios actúa en las potencias inferiores, y que ambas contemplaciones unidas pueden durar días, sin perder la esencia del raptó.

807. Que durante los intervalos pueden acaecer visiones imaginarias, en las cuales despierta Dios la fantasía y la hace ver cosas indecibles e inimaginables. No intentemos comprender, no queramos discernir; ¡ah! quién no lo diera a gustar: ¡oh! una sola gotita nos embriagaría.

6. PREPARACIÓN PARA EL MATRIMONIO

84.6.1 Desposorios

808. ¿Qué son desposorios? algunas veces esta palabra tiene la misma fuerza que matrimonio; mas nosotros entendemos aquel acto en que los que se aman se prometen que a su tiempo contraerán el matrimonio.

809. Ya sabemos que el grado supremo de la unión es el matrimonio espiritual entre el alma y Dios; pues en los raptos perfectos que estamos explicando se celebran los desposorios.

810. San Juan de la Cruz define el raptó diciendo que en este vuelo espiritual se denota otro estado y unión de amor, en el cual Dios, después de las primeras contemplaciones, suele meter el alma, y se llama místico desposorio espiritual con el Verbo Hijo de Dios.

85.6.2 Continuas y profundas intimidaciones

811. Tanta es la serenidad y la paz que el alma encuentra en estos raptos, y queda tan satisfecha y contenta, que vuelta en sí anda dos o tres días con sus potencias tan absortas, que apenas puede ocuparse de su quehacer ordinario.

812. Y es que aquí Dios le comunica al alma sus secretos como esposa, le va mostrando alguna parte del eterno reino, le patentiza algo de la gloria inmortal.

813. Aquí recibe el alma visiones intelectuales sublimísimas; aquí visiones imaginarias muy elevadas; aquí se le dan muy grandes inteligencias de objetos del cielo; aquí sabe en pocos momentos lo que en muchos años no habrías podido aprender.

814. Aquí se le dan noticias altísimas de Dios; aquí en un instante lo que muchos volúmenes no pueden abarcar; aquí le aparece los soberanos atributos; aquí campean las infinitas perfecciones; y como gozadas en un toque experimental en la sustancia del alma, saben sumamente sabrosas y causan el más grande deleite.

815. aquí, en suma, se ve el alma tratada de Dios con la confianza de esposa; y Santa Teresa dice que si alguna vez el alma en los raptos que piensa tener no entiende de esos secretos, no son raptos, no es esta preparación al matrimonio, sino alguna debilidad natural, o a la más otro fenómeno de oración.

86.6.3 Admisión a la morada de Dios

816. Antes que se consume el matrimonio, Dios hace entrar al alma en su propia morada. Santa Teresa supone en el alma siete moradas; pues la última es ésta, que es la más hermosa, como reservada a solo Dios, nadie más entra en ella; es una morada donde sólo su Majestad habita, y donde el alma recibe los últimos atavíos preparatorios de su matrimonio con el Señor.

817. En esta morada, con una noticia admirable que se le da, el alma entiende con grandísima claridad cómo esos tres Personas en la Santísima Trinidad, y cómo esos tres Personas son una sustancias y un poder y un saber y un solo Dios; de manera que lo que acá nosotros acatamos por la fe, ahí lo entiende el alma como de vista, pero no imaginaria, sino intelectual; allí se le comunican las tres Personas, le hablan palabras de vida eterna, y allí le dan a entender que ella es la mansión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

818. Esta preparación no es un simple visita, sino que el alma se ve acompañada desde siempre y para siempre, y más se espanta porque no recuerda que jamás haya estado ausente esta augusta Trinidad, la siente en el más profundo centro, y forma su divina compañía.

819. ¿Qué idea os formáis de esta alma? ¿os parece que no anda en sí? ¿qué está tan embebida que no puede entender en sus deberes prácticos?; y mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios se muestra diligentísima y fervorosísima, y acabadas las ocupaciones, se queda con la amable compañía de su buen Dios.

820. ¿Qué cosa más agradable? ella ya sabe que no le faltará esta dulce compañía, que continuamente se le patentizará su presencia, y tiene gran confianza de no perderla jamás, como que anda con un exquisito cuidado de no faltare en lo más mínimo para no desagradarle.

821. Ella hace de esta presencias su ocupación esencial, a veces con tanto regalo, que casi no puede entender en otra cosa; con todo, aquí practica con entera exactitud el: *yo duermo, pero mi corazón vigila*; ella está ocupada, desempeña sus deberes, y habita con su amado; ella arregla los asuntos, dispone las cosas, asiste a los quehaceres, y adora

al objeto de su amor; ella habla con sus hermanos, da a su cuerpo aquel descanso que le es necesario, se alimenta con lo preciso, pero su corazón está siempre con la Trinidad amabilísima.

822. ¿Goza siempre del mismo regalo? no; muchas veces pierde el regalo, pero no el sentido de la presencia divina.

823. Supongamos que hay una reunión de varias personas, y cierran las ventanas; ¿por qué se quitó la luz para verlas duda alguien acaso de que está con ellas? Así cuando el alma ha sido admitida en esta morada, y en ella ha visto a Dios Trinidad, se puede apartar la luz de la consolación, pero continúa sintiendo los resultados, sabe que su Dios está allí.

7. MATRIMONIO ESPIRITUAL

824. Vengamos ya a tratar de este divino y espiritual matrimonio, aunque mientras vivamos en este mundo no pueda ser perfecto.

825. La primera vez que Dios hace esta merced al alma se le muestra por visión imaginaria de su sacratísima humanidad, para que entienda bien lo solemne del compromiso, pues no conviene que esté ignorante o dudosa de la grandeza del don.

826. A Santa Teresa representósele acabando de comulgar, con forma de gran esplendor, de una hermosura incomparable, rodeado de una majestad como en ninguna otra aparición, y resucitado de toda la gloria que después de resucitado tuvo, y le dijo: *ya es tiempo que tomes mis intereses, y desde hoy yo tomaré los tuyos*. Palabras son éstas que denotan todo lo íntimo y profundo de la unión.

827. aunque de ordinario han precedido muchas visiones, pero ésta anda acompañada de circunstancias muy especiales, y de una novedad tal que la llena particularmente; porque lo que en ella se dice es del todo único, y porque tiene lugar en el más profundo centro del alma, como en ninguna otra visión ha sucedido.

828. Tanta es la diferencia entre estas visiones y las anteriores, y entre la unión espiritual y el matrimonio espiritual, como la que media entre los prometidos y los casados, que ya no se pueden separar.

829. Aunque me sirva de esta comparación del matrimonio para designar esta unión definitiva, es de notar que aquí no hay ni memoria del cuerpo, pues todo pasa entre dos espíritus, Dios y el alma.

830. Hasta ahora en las otras uniones tomaban más o menos parte las potencias inferiores y aun los sentidos, mas cuando se celebra este matrimonio espiritual no hay visión imaginaria alguna, sino intelectual, aunque mucho más delicada que las hasta ahora habidas, y Dios se hace presente en el centro del alma, como cuando se apareció a los discípulos con las puertas cerradas, y les dijo: *la paz sea con vosotros*.

831. Es un secreto tan grande y una merced tan subida la que comunica Dios al alma en este matrimonio, que no hay con qué compararla; y siente tan grandísimo deleite, que parece que le muestra algo de la gloria, de una manera que le muestra algo de la gloria, de una manera como no la había tenido en visiones o gustos espirituales los más subidos.

832. Para que se comprenda mejor este matrimonio, vamos a explicar: En la simple unión espiritual juntábanse ciertamente Dios y el ama, y de la manera más íntima; pero pasado el éxtasis o el rapto, terminaba esta unión, por más que dejara huellas profundas; pero la unión que se verifica en el matrimonio espiritual es ya definitiva, y permanece, de un modo suavísimo y maravilloso, aunque el alma no esté extática.

833. Esto es lo que dice San Pablo: *El que se allega al Señor se hace un espíritu con Él*, pues en este matrimonio el espíritu se junta a Dios y se hace una misma cosa con Él.

834. Con el tiempo va conociendo mejor el alma esta hermosa realidad, por los efectos, pues experimenta secretas inspiraciones, muy vivas y profundas, que le hacen comprender que Dios es la vida de su vida, y le hacen comprender que Dios es la vida de su vida, y le causan sentimientos tan suaves y tan fuertes al mismo tiempo, que de allí emanan expresiones muy regaladas que no puede evitar, por la necesidad que tiene de desahogarse.

835. Supongamos que pasa por la calle un apersona, y un caldero de agua la baña de pies a cabeza; inmediatamente busca de dónde procedió esa agua. Pues mayor certidumbre tiene el alma de que las operaciones que experimenta tienen un principio; por los efectos que siente reconoce la causa, entiende que hay quien arroje en su interior aquellas saetas, que hay un sol de donde procede la luz que la inunda, que hay un Esposo que la colma de delicadezas como esposa.

87.7.1 Grandes efectos de este matrimonio espiritual

836. Dios para estas almas es vida de su vida, pues Él, con inspiraciones secretas, desde lo íntimo de su ser las dirige como el jinete a la cabalgadura, las gobierna como el piloto a la nave, endereza sus operaciones como el capitán a su ejército; y así como el sol, puesto en medio del cielo, derrama su luz a la tierra y planetas y los llena de sus resplandores, así Dios, desde el centro de su morada de amor, esparce su luz divina, y la misma alma siente por experiencia cómo la ilumina, la fortifica, la vivifica, y prorrumpe: *vida mía, mi apoyo, vida de mi vida*.

837. Estas almas quedan en un olvido total de sí mismas, que se extiende a todas las cosas, y nada les importa la vida con todo lo que implica sino en cuanto les sirve para darle gloria a Dios, consideran la muerte como el paso natural al amor, descubren al honor

como algo que no debe preocupar mínimamente, y aman el desprecio cuanto les evita la molestia del honor i, y nada cuidan de lo que pueden decir de ellas.

838. Ellas han confiado todo su cuidado a Dios, y toda su solicitud está en procurar la gloria de él, pues no en balde escucharon: *tú cuidarás de mis intereses y yo de los tuyos.*

839. Quedan también en una perfecta conformidad con el divino querer, y ésta es una de las causas principales por qué ninguna cosa las turba, y todo contribuye al aumento de su íntima paz.

840. Las mismos deseos de grandes obras, los ímpetus de extraordinarias mortificaciones, las vivísimas ansias de ver al objeto de su amor, todo lo sujetan alegres a la voluntad divina, y todo se convierte en un caudal que engruesa el torrente de su paz.

841. Ya no se sienten traspasadas con vehemencia por los deseos, cual antes solían; todo es gozarse en la divina voluntad, servir a Dios sin preocupaciones y promover su gloria.

842. Quedan con grandes deseos de padecer, pero tan grandes como quietos y tranquilos, porque sus deseos están del todo sujetos a la voluntad divina, y quedan tan satisfechos en no padecer como si volaran al matrimonio.

843. Esas almas jamás están sin graves cruces; son esposas de un Dios crucificado, y ponen su gloria en verse crucificadas al par de Él.

844. Gozan de perfecta serenidad en las mismas persecuciones, pues como Cristo nuestro Señor en la noche de su prendimiento se conservan ecuánimes, y sin enemistad ni odio para con los perseguidores; les profesan particular amor, se duelen tiernamente de los trabajos que llegan a aquejarles a ellos, se compadecen de sus aflicciones, los encomiendan a Dios de muy buena gana, y hasta se despojarían en favor de ellos de las mercedes que reciben de Dios, a trueque de que así no lo ofendieran.

845. quedan con grande celo de la honra de Dios, y dispuestas están a pasar muchísimos años de gravísimos trabajos aquí en la tierra, a trueque de ganar un alma; y aunque conociesen de suerte que la muerte comenzaría su gloria, y que iban inmediatamente al cielo sin pasar por el purgatorio, ellas, si Dios fuere servido, no aprovecharían esa coyuntura, antes bien quedarían acá abajo, pues toda su gloria está en ayudar al Crucificado, a fin de evitar se le ofenda siquiera una vez.

846. Por todo esto, nadan en un océano de paz, que es como una pequeña emanación de la paz de Dios, es como la primera diligencia del Señor al formar su morada en el centro del alma, porque Dios es Dios de paz.

847. ¡Qué paz la de ese corazón! su quietud es inalterable, como la paz del templo de Salomón, que trabajando en él tantos y tantos hombres, y con tanto ardor, sin embargo no se oyó en él ni el estrépito de la majestad, que habita en ella de un modo muy especial, no debe padecer el estrépito de ninguna perturbación de los sentidos.

848. No quiere decir que tales almas no tengan trabajos: ¿no son esposas de Jesús crucificado? ¿no están estrechamente unidas a este esposo de sangre? ¿podrían no ser atribuladas?

849. Sí, graves cruces les sales al encuentro, terribles tormentos se ceban en ellas, continuos trabajos las cercan, pero en medio de todo esto hay paz; porque no hay turbación en el centro del alma, porque sus penas sólo están en sus sentidos, sus aflicciones residen en las potencias, y nada llega a penetrar aquel pequeño cielo, porque allí está de continuo Dios.

88.7.2 ¿Por qué concede Dios estas mercedes?

850. ¿Quién podrá debidamente contestar?... No hay otro por qué la voluntad santísima del Señor, que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres, en regalar al alma que de veras se lanza en su seguimiento y se abre a sus bondades; pero sobre todo para que esa alma sea una fiel imagen de su hijo.

851. Compara el alma su vida con la de Jesús: aquella humilde, aquella pobreza, aquella obediencia, aquel celo por la gloria de su padre, aquel trabajo intenso para que los pecadores se conviertan, aquel padecer su dolorosísima pasión y muerte, a trueque de salvar las almas, y tocada de la gracia se siente invitada a imitarla.

852. ¿Qué respuesta le dará? ¿podrá beber el cáliz de la pasión? ¿se ofrecerá a seguirlo hasta la cruz? ¿podrá practicar su generosidad y entrega a los pobres y a los pecadores? ¿con San Pablo podrá sufrir los grandísimos trabajos que impone la gloria de Dios?... Viene la contemplación para templarla, viene la mística unión para prepararla, vienen aquellos favores tan dulcísimos del matrimonio espiritual para sacar la imagen acabada del buen Jesús.

853. Por eso, el aumento en las buenas obras es la verdadera muestra de que es verdadero matrimonio espiritual, cosa de Dios, y tanto más segura, cuanto más aprovechada se vea el alma en ellas; al paso que si ellas faltan ¿qué fruto sacó el alma de estar con Dios? ¿cómo nos manifestó Jesús su amor? ¿y el alma podrá hacerlo con solas palabras?

854. Con el matrimonio espiritual, ya lo dijimos, el alma entra en su sosiego espiritual maravilloso, su calma se extiende a todas las cosas y a todos los acontecimientos; pero ¿esto es para que se eche a dormir?; aquellas inspiraciones, aquella especie de recados amorosos ¿son para dejarla inactiva e indolente?; no; muy por el contrario, son para que trabaje generosísimamente y adquiera las virtudes proporcionadas a una esposa del mismo Dios.

8. ¿ES NECESARIA LA CONTEMPLACIÓN PARA LA PERFECCIÓN?

89.8.1 La unión mística es para almas escogidas

855. Dios ama a todas sus criaturas, y las conserva providentemente; proporciona a sus redimidos todos los medios de salvación y santificación, les facilita los sacramentos, les comunica sus auxilios espirituales, les presenta el cielo o el infierno, los capacita para ser ellos los artífices de su eterno destino.

856. ¡Pero qué providencia tan especial tiene para con las almas llamadas a la mística unión!; las cuida como a la niña de sus ojos, las admite a su mesa en intimidades divinas, hace de ellas un aprecio al que ellas de por sí jamás hubiera osado aspirar, y establece con ellas un comercio tan estrecho que las transforma en Sí mismo por el amor.

857. ¡Qué dicha la del alma llamada a esta unión! con ella le es dada ña mayor de las gracias que Dios concede a un alma querida en esta vida presente; se le brinda un camino el más breve y el más seguro para llegar a la santidad; y un camino tan meritorio que siempre supone una grande perfección, el continuado ejercicio de la mortificación, el rendimiento a la divina voluntad, el arrancamiento de los malos hábitos, la pérdida de las aficiones naturales, el perfeccionamiento de unas inclinaciones propuestas a la venida, y la estricta práctica de sólidas virtudes.

858. ¡Qué dicha la de esa alma! con esa unión crece maravillosamente en la conformidad con la voluntad de Dios hasta hacérsele connatural: nada, pues, de voluntad propia; nada de propio juicio; todo lo deja sujeto a la disposición del Altísimo; para resolverse, mira a Dios en todas las cosas, su voluntad es la voluntad de Dios; sus deseos son los deseos de Dios; y al modo que los fundidores cuando tienen el metal ya líquido lo vacían en moldes y sacan los artefactos, así esa alma venturosa, como que llegó a vaciarse en los moldes divinos y obra en un todo conforme al beneplácito del Señor.

859. ¡que dicha tan singular la que goza!; el gusto de esa unión le pone acíbar a todo el mundo, y tiene un descontento tan grande de todos los goces y necesidades naturales, que quisiera salir de todo comercio humano y encerrarse en soledad, y al no poderlo hacer, lo único que la consuela es que Dios lo quiere así, y se conforma, pero con un grande sentimiento que la hace sufrir.

860. En esta oración conoce lo poco que Dios es estimado, las almas que se pierden, los cristianos ingratos, los muchos que se hacen impíos, y que se condenan porque no acuden a la Iglesia, única que los puede salvar. Esta alma antes casi no pensaba en estas dolorosas realidades, y ahora arde en penosos cuidados, y lo siente tanto que, aunque pasara muchos años en meditaciones, sermones y pláticas sobre esto, no lo sentiría tanto como después de esta oración.

90.8.2 Esta unión no es indispensable para la perfección

861. La perfección se debe poder adquirir con la gracia divina, pues todos estamos llamados a ella; pero esta unión mística, esta unión transformativa, es tan sublime, que sólo se concede a muy pocos.

862. No niego que la perfección consiste en la unión de nuestra voluntad con la de Dios, pero no en la unión afectiva, sino que nos quite todo lo que no sea Dios; unión que

nos revista de todo lo que sea Dios; y que nos haga obrar con las rectísimas intenciones; unión de conformidad de semejanza, tal es la unión a que nos debemos aficionar.

863. Santa Teresa poseía la unión, favorecida en grado eminente; con todo, hace mayor estima de la que se adquiere con el propio esfuerzo ayudado de la gracia; ésta es una verdadera unión, todos podemos conseguirla, no hay más que esforzarse.

864. Cuando hay esta unión de caridad efectiva, se ha conseguido la gracia, y no debe dar pena no haber alcanzado la otra tan llena de delicias; y lo que hay de mayor bien y estima en la deliciosa, se puede obtener es ésta trabajada, sólo que sin delicias.

865. La perfección consiste en el amor; no en el amor de palabras, de promesas, de afectos, porque el demonio puede meterse en todo ello; sino en el amor de obras.

866. Falsa sería la caridad, por más que ardiese, si fuera escasa en las obras; qué importa que no arda la caridad, que no hierva como un volcán, que no penetre las médulas del espíritu; no es necesario.

867. Es, sí, indispensable que se junte con una voluntad firme, que sea constante y eficaz, que quiera lo que Dios quiere, que la acompañe una generosa renuncia de toda propia satisfacción, y que con gloriosa victoria haga triunfar del todo a Dios; porque las obras y no los gustos, son la piedra de toque, y el jugo de la perfección es la conformidad con la voluntad de Dios.

868. Ya expliqué que la perfección no consiste en la unión afectiva, y que hay que aspirar a la caridad práctica; y añadido, que sea con toda la perfección: arranquemos hasta la raíz de nuestras imperfecciones, destruyamos el ejercicio de los deseos desordenados, enderecemos las inclinaciones torcidas, regulemos las aficiones naturales, desnudémonos de aquellos hábitos que nos impide la unión, para que lleguemos a la perfecta caridad.

869. Cuando esto hubiésemos hecho, no tendremos que envidiar a los grandes contemplativos, ni los días y noches enajenados de los sentidos, ni la transformación en la unión amorosa.

870. Sin embargo, yo no quisiera que se tuvieran ideas bajas de la más alta unión, no quisiera que se le despreciara; ¿quién más privilegiado que esas venturosas almas escogidas en las que Dios quiere manifestar tan soberanamente su amor?

871. Yo podría definir esas almas como un prodigio de los muchos que puede Dios obrar, como unas verdaderas imágenes del amor eterno que Dios nos tiene, un memorial de las más portentosas maravillas del Señor, una estampa de los misericordiosos pasados de Dios en busca del hombre; querría yo que amáramos a esas almas, que las reverenciáramos, y que con oraciones las ayudáramos a llenar la sublime vocación a que fueron llamadas.

9. CONCLUSIÓN

872. La Contemplación es un beso; es el cumplimiento de todas las peticiones de la esposa de los Cantares, hábilmente encerradas en este su amoroso deliquio: *Bésemi con el beso de su boca.*

873. Es un beso que supone haber besado los pies del Salvador llorando los pecados, sus manos sacrosantas practicando la virtud, su divino costado huyendo de la imperfección, y beso que hace llegar por la práctica de sus deberes a besarlo con el beso de su boca.

874. Es un beso que se funda en el don del temor de Dios y de piedad, de fortaleza, de consejo y de ciencia, y supone principalmente el don sublime de entendimiento y dulcísimo don de sabiduría.

875. Es un beso que trae consigo todo bien justo, sólido, deleitable y utilísimo para este y para el otro mundo, y beso que comporta el hábito infuso de la fe y de la caridad.

876. Es un beso en el cual se pide la suspensión de al mente en Dios, una grande admiración que suspende a lo divino, y una divina y gozosa delectación; se pide en él la llamada de amor viva, la verdadera y serena paz y el destello de vida eterna; se pide una profunda humildad, un absoluto despegue de lo terreno y una mortificación absoluta; y se pide, por fin, la completa abnegación de juicio y voluntad y la caridad verdadera para con Dios y para con el prójimo.

877. Tal es lo que se pide y se desea cuando se desea y pide la contemplación que nos enseñó la esposa de los Cantares, cuando con un atrevimiento que sólo el amor justifica se atrevió a decir: *Bésemi con el beso de su boca.*

878. Hemos dado motivos para amar la contemplación, pero ¿quiénes somos nosotros para presentar medios que nos conduzcan a ella? ¿nosotros, digo, cuyo entendimiento rastrea todavía por el suelo y cuya luz divina hemos malogrado tantísimas veces?

879. Por otra parte, por el mismo hecho de dar medios para adquirir la contemplación ¿no la reduciremos a método?; no intentamos enseñar lo que sólo Dios enseña y que sólo de a quien quiere, cuando quiere y en la medida que quiere, sin que el hombre pueda jamás merecerlo, ni con sus propias fuerzas llegar a ella.

880. ¿Cómo, pues, queremos dar medios para adquirir la contemplación? ¿no será mejor callarnos y practicar con esto el documento que Santa Teresa daba a sus monjas al verlas inflamadas con el deseo de la contemplación?: *Humildad, humildad*, les decía, *y con ella la alcanzaréis.*

881. Humildad, pues, hijos míos, humildad; humildad de pensamiento, humildad de palabras, humildad de obra y sobre todo humildad de corazón; porque el que es prácticamente humilde, de providencia ordinaria prácticamente alcanzará la contemplación, y la alcanzará de cierto según la medida de su humildad.

TERCERA PARTE: DISCERNIMIENTO EN EL CAMINO HACIA DIOS

DISCERNIMIENTO DE LOS ESPÍRITUS

1. NECESIDAD DE LA DISCRECIÓN DE ESPÍRITUS

882. Nos es tan necesaria que entre las cosas espirituales ellas es una de las que ocupan un lugar muy distinguido.

883. Ordinariamente se ve en nosotros una mezcla de bueno y de malo, de sencillez y de doblez, de humildad y de ira, de mortificación y de satisfacción propia, de celo de la gloria de Dios, y de la gloria nuestra también; todo lo cual manifiesta la necesidad de un conjunto de medios que tengan por fin el hacernos formar un juicio recto

de los espíritus para que podamos concluir su bondad o su malicia, o la duda que tenemos de ellos.

884. ¿Y cómo conocemos nosotros cuya es nuestra conducta? Por medios de la discreción del espíritu.

885. Por esto mismo el Apóstol nos exhorta a que hagamos en nosotros mismos, y en los demás cuando lo tengamos por oficio, la prueba del espíritu que nos anima: *Probadlo todo, y quedaos con lo bueno. Absteneos hasta de la apariencia del mal.*

886. El Apóstol les había dado grandes consejos para la virtud, muy excelentes máximas de perfección, y quería rogarles que corrigieran a los inquietos, que fortificaran a los débiles, que consolaran a los pusilánimes, que recibieran a los enfermos, que trataran a todos con una santa caridad; ¿Pero caso admirable! pasa en seguida de la súplica al mandato; es para inculcarles la discreción de los espíritus: *Probadlo todo.*

887. Probad pues vuestro espíritu, parece decirnos aún, porque así el Dios de la paz habitará entre vosotros, seréis fieles en la vocación que habéis recibido, rogaréis de continuo con la súplica de vuestro fervor, la gloria brotará de vuestros labios y de vuestros corazones, vuestro espíritu siempre más y más integérrimo, os hará perfectos y consumados misioneros.

888. en fin, su necesidad es tal que el Apóstol del Señor nos dice: *Carísimos, no creáis a cualquier espíritu, sino examinad los espíritus, si son de Dios.*

889. Conviene pues que cada uno se examine a sí mismo: que pruebe todas sus obras, el fin porque las hace, los medios de que se sirve, las circunstancias que las acompañan; de lo contrario, se corre gran peligro de trabajar en vano y de no pelear legítimamente, porque *hay caminos que nos parecen derechos, pero acaban al fin en la muerte.*

2. NATURALEZA Y ESPECIES DE ESPÍRITU

91.2.1. Qué se entiende por espíritu

891. Espíritu es una moción o inclinación interior de nuestro ánimo hacia una cosa.

892. en orden al entendimiento puede ser hacia una cosa verdadera o falsa, y en orden a la voluntad, hacia una cosa buena o mala.

893. Será, pues, buen espíritu cuando esta inclinación sea hacia una cosa verdadera o buena, así como será mal espíritu cuando esta inclinación sea hacia una cosa falsa o mala.

894. Ya decimos que tiene el espíritu de mentira el que es fácil en mentir, espíritu de novedad el que trae consigo cosas contra lo acostumbrado, de vanagloria el que intenta aparecer bien, de soberbia el que le da por dominar.

895. Así como decimos que tiene espíritu de penitencia el que se mortifica, de humildad el que se abate, de pobreza el que se complace en la estrechez, de obediencia el que se sujeta.

2.2. *Dos especies de espíritu*

896. de ahí resulta que las especies de espíritu deben reducirse a dos: buen espíritu y mal espíritu. es bueno cuando la causa y las operaciones son buenas; es malo cuando la causa que lo produce es mala.

897. Cuando es bueno reconoce por autor a dios, a la Virgen, a San José, a los Angeles o a los santos; y, cuando es malo, tiene por padre al diablo, al mundo, ala carne y al propio espíritu.

nn) a) Buen espíritu

oo) Dios incitándonos al bien por sí mismo

898. Este espíritu es la moción preferida; opera dentro de nosotros mismos directamente por Dios.

899. Que Nuestro Señor se nos comunica de este modo, lo vemos en muchos pasajes de los libros santos, y principalmente, en aquellas palabras de Samuel en el que le pide a Dios que lo favorezca con esta comunicación: *Habla, Yavé, que tu siervo escucha.*

900. Dichoso el misionero que recibe de dios semejantes comunicaciones, porque recibirá a manos llenas los auxilios divinos, se verá rodeado de aquella luz que todo lo alumbraba y ternísimamente liquidado en dulces afectos del amor más puro.

pp) Dios incitándonos por María y José

901. Entre las causas secundarias, María y José son con hasta frecuencia operación de Jesús, por su medio o al menos por su intercesión.

902. María y José ruegan por todos, pero principalmente por aquellos que, profesándoles una verdadera devoción, procuran que los otros los conozcan y los honren.

903. Y los misioneros y las Hermanas Josefinas, que tienen por regla honrarlos por medio de la práctica de su humildad y pureza, y tienen la obligación singularísima de agradar a María dando a conocer a su virginal esposo, ¿no tendría un derecho especial?

qq) Dios incitándonos por medio de los Ángeles y Santos

904. Cuando esto tiene lugar por medio de los Ángeles o de los Santos, es también el espíritu de Dio, que obra sobre nosotros por medios de estas causas secundarias.

905. Es bien sabido que los Ángeles son señalados para que nos custodien, nos dirijan, nos inspiren, nos inflamen, y nos hagan lo que Dios obrara si no hubiese determinado servirse de ellos.

906. Los Santos allá en el cielo, nos conocen, conocen nuestras necesidades y oyen nuestras oraciones, tienen deseos de hacernos toda clase de bienes y de hecho lo hacen, ruegan a Dios por nosotros, nos dispensan toda clase de beneficios, y desean, sobre todo, que nuestra conducta sea tal, que después de los trabajos de esta vida, pueda darnos Dios la posesión de la gloria.

907. ¡Ah! démonos a Dios para que nos rija y nos gobierne con su espíritu; que nos lo comunique por medio de los santos, ya que ellos le son tan queridos, que nos lo comunique por medios de los Ángeles, ya que los ha destinado para su gloria y para que fuesen nuestros custodios; que nos lo comunique por medio de María y José, sus virginales Padres, ya que por gracia y privilegio nos concedieron la vocación, a fin de que inspirados, dirigidos e inflamados en el divino amor, sólo hagamos en un todo su santísima voluntad.

rr) b) Mal espíritu

ss) El demonio incitándonos al mal por sí mismo

908. A la manera que el espíritu divino se forma con la introducción de las gracias actuales, así el espíritu diabólico se forma con los sentimientos que el maligno suscita a porfía.

909. Con la misma facilidad que con la respiración introducimos el aire a nuestros pulmones, con la misma se meten los demonios, vagan por la imaginación, recorren la sede del entendimiento, combinan de tal modo lo falso y lo ilícito, que nos lo presentan como muy conveniente; así, tienen entrada en todo, menos en la voluntad.

910. El espíritu diabólico nunca obra más poderosamente que cuando lo hace directamente; entonces infiere en nuestros ánimos amargura de espíritu, excita pensamientos turbios, afectos inquietos, agitaciones penosas, crueles desconfianzas, tedios terribles y melancolías de indecible tormento.

tt) El demonio incitándonos por medio de la carne

911. Cuando el maligno obra por medio de la carne, se siente el misionero inclinado a satisfacer los sentidos, a procurar su contentamiento, a darles según sus alicientes y aun a obrar con cierta voluptuosidad que, si no es un pecado contra la pureza, es al menos un gozar como principio de deleites de la carne por puro gozar, lo cual jamás será lícito a un misionero.

uu) El demonio incitándonos por medio del mundo

912. Cuando el maligno obra por medio del mundo, hace que el misionero experimente una propensión interna a figurar en la casa, en los ministerios, en las cosas que emprende, y que sienta dentro de sí mismo la ambición que le hace desear la gloria del mundo, y sus puestos y dignidades y riquezas y posesiones.

vv) El demonio incitándonos por nosotros mismos

913. Poco hay que decir sobre esto, pues todos experimentamos esta inclinación al mal, y es una consecuencia del pecado original.

914. Dios ciertamente no nos hizo así, sino que salimos de sus manos creadoras con tanta inocencia y facultad de merced, que después de haber pasado algunos días en este mundo, habríamos ido a vivir vida eterna en la gloria.

915. Al modo que al retirarse el sol de nuestro hemisferio luego quedamos rodeados de tinieblas, así, separado de nosotros el astro de la justicia original, quedamos luego envueltos en la sombra de nuestros apetitos.

916. Todas las criaturas pasaron a ser para nosotros obstáculos, en vez de elocuentes voces que nos condujesen al Señor; todos nos sentimos viciados interior y exteriormente, en lugar de los dones de integridad y elevación; todos tenemos un inmenso campo de innumerables tentaciones, todos sentimos los halagos de una carne siempre rebelde, todos nos inclinamos a mil blanduras que apetece nuestro corazón, y todos nos hallamos inclinados a seguir las viciosas corrupciones del mundo, demonio y carne.

917. Así, los demonios penetran el sentido, recorren el apetito sensitivo, agitan los humores, encienden afectos perversos y nos inflaman hacia pasiones pecaminosas.

918. ¡Oh! anatema al espíritu humano, y obremos con valor; anatema al carnal, y resistámonos; anatema al mundano, y odiémoslo; anatema al diabólico, y aborrecámoslo. Y tú, espíritu de María y José, del santo, del Ángel, de Dios mismo, ven a reinar en mí: ¡Una será mi súplica, y consistirá en el *Ven, Espíritu Santo!*

3. NATURALEZA DE LA DISCRECIÓN Y SUS ESPECIES

92.3.1. ¿Qué es discreción?

919. Una luz que hace conocer el origen de los pensamientos, palabras y acciones.

93.3.2. Dos especies de discreción: infusa y adquirida

920. Dos especies de discreción de los espíritus hemos de admitir, fundándonos en la Escritura y en los Santos Padres.

921. La discreción infusa es un verdadero don de Dios, hasta el punto de ser una de sus gracias dadas gratuitamente.

922. Además de la discreción infusa que es don del Espíritu Santo, hay otra que podemos denominar adquirida, porque el misionero la adquiere con estudio, trabajo, aplicación y oración.

ww) Discreción infusa

923. La discreción infusa consiste en una luz extraordinaria que hace conocer el origen de los pensamientos, palabras y acciones

924. Como luz extraordinaria, Dios la infunde a quien quiere, y sin deberla a nadie; y en cuanto nos da el conocimiento del origen de los actos, nos hace penetrar hasta los pliegues más ocultos de los corazones.

925. El Apóstol San Pablo al darnos a conocer el don de sabiduría y de ciencia, el de la fe y el de curar enfermos, y el don de milagros y de profecía, junta a estas seis gracias la de la discreción de los espíritus.

926. Esta discreción es del todo independiente de la persona cuyo espíritu debe examinarse; porque sin verla, y aun tal vez sin conocerla, ya se penetra su espíritu y se conoce con toda claridad la causa y el origen y las circunstancias de todo; y lo conoce no por el juicio que él hace, sino en fuerza de la luz celestial que se le ha comunicado.

927. El objeto principal de esta discreción son los espíritus dudosos, inciertos, aparentes, y que tienen o se componen de una mezcla de la que no se puede concluir lo que son con las luces ordinarias.

929. La razón es obvia; porque semejante discreción no es un juicio que uno se forma, ni es lo que se escucha, ni lo que se dice, ni lo que se concluye, sino que es todo efecto de la luz del Espíritu Santo que destierra toda ignorancia, que quita toda duda de lo falso, y siembra las ideas más verídicas.

930. claro está que el que la posee puede discernir sobre su propio espíritu y concluir de su bondad o falsedad; porque siendo unas mismas las reglas han de dar el mismo resultado, y siendo una misma luz está claro que lo mismo ha de iluminar los corazones de los demás para penetrarlos, que el suyo propio.

931. Con todo, esa seguridad nunca es tal, que quede uno completamente asegurado y sin la menor duda; sino que concibe que puede haber alguna especie de engaño, y del centro de este sentimiento sale su profunda humildad y el sujetarse en todo a las luces del director, y esto aunque le mandare cosas contrarias, y aunque pudiera probar su espíritu por medio de milagros, porque en circunstancias dudas más fe merece la obediencia que el milagro.

932. ¡Oh Salvador! ¿y por qué no tengo yo esta gracia? Porque para mi propio espíritu yo no la necesito, bástame la autoridad de aquellos a quienes me has confiando; y si en las cosas de dirección de almas me es útil, solo la pido en cuanto es tu voluntad.

xx) Discreción adquirida

933. La discreción adquirida es una luz, que el misionero adquiere con su estudio, trabajo, aplicación y oración que hace conocer el origen de los pensamientos, palabras y acciones.

934. Ella es entre las artes la más excelsa y divina, la que coopera a la salud espiritual de las almas, la que perfecciona a innumerables espíritus, y la que, obrando de acuerdo con la gracia, presenta el mundo esas almas eminentemente heroicas en la virtud; y arte que hace que no se neutralice el derrame de la sangre de Nuestro Señor, y que no hayamos recibido en vano la gracia de nuestra vocación.

935. Esta discreción no es un don de Dios, pero sí una virtud que se adquiere aplicando los debidos medios; no es como la otra, que no tiene otra base que al luz del Espíritu Santo, ésta se funda en lo que dice la persona dirigida, en las luces de las fuentes eclesiásticas, y en la luz propia que las aplica convenientemente.

yy) Adquirirla es un deber sagrado

936. Somos amonestados a probar las acciones, a ponderar los frutos, a abstenernos de lo malo, a huir de lo peligroso, a abrazar lo bueno, a seguir lo perfecto, y a probar los espíritus, y como la discreción infusa no se da sino a muy pocos, luego somos amonestados a procurar con diligencia la adquirida.

937. De ahí podemos concluir que tenemos obligación grave en conciencia de proporcionarnos una tal discreción, so pena de exponernos a graves perjuicios.

938. Sea una comparación lo que corrobora esta doctrina: Un hombre se mete a curar sin haber aprendido, no entiende de enfermedades ni las distingue y los remedios, los pocos que sabe aplicar, los aprendió de ignorantes como él. ¿Qué juicio nos formaremos de semejante hombre?

939. Diremos que es inepto para semejante ministerio, que es un temerario si emprende semejante profesión, que se pone en evidente riesgo de matear cuando debería curar, y que no puede ejercitarse así una función tan delicada.

940. ¿Y no tendremos la humildad de aplicarnos esta doctrina? Tal es nuestro caso sin la correspondiente discreción de espíritus; sin conocer los impulsos de la afectividad, los movimientos de la naturaleza, las mociones de la voluntad; si es Dios, el demonio o nuestra corrupta naturaleza la que obra en todo ello.

941. Ponerse a discernir en esa ignorancia, es exponerse a manifestar peligro de aprobar lo digno de represión, reprender lo digno de aprobación, prescribir reglas torcidas, poner impedimentos a la obra de la gracia, y quizá precipitar en la perdición al que deberíamos haber levantado a una perfección nada ordinaria.

942. ¡Cuántos daños de falta de discreción! ¡cuántos disparates en las resoluciones! ¡cuántos menosprecios de la gracia! ¡cuántos tormentos en los dirigidos! ¡qué conducta tan bárbara!

943. Esto sería poner sus toscas manos en la obra que fabricara un pincel delicadísimo; sería estar en una ignorancia tanto más pecaminosa, cuanto que redunde

sobre alteraciones contra las obras de la gracia, y tanto más culpable, cuanto que por huir un poco de trabajo o por distraerse en otras cosas, no se cuidarían de aprender lo que se está obligado en conciencia.

944. En suma, la caridad y la injusticia les obliga a saber discernir los espíritus, so pena de hacerse culpable en cada uno de sus disparates, no por voluntad de presente, sino por su voluntad pasada, de no haber procurado la referida instrucción.

4. MEDIOS PARA ADQUIRIR LA DISCRECIÓN.

945. ¿Qué medios, pues, hay que poner en práctica para adquirir?: La oración y el estudio, la experiencia y la humildad.

94.4.1. Oración se súplica

946. Es éste un medio que es como el quicio sobre el cual deben girar los demás; la discreción supone una luz, un destello de aquella sabiduría necesaria para conocer las cosas de Dios, y ésta se nos promete: *Si alguno de vosotros se halla falto de sabiduría, pídale a Dios, que a todos da largamente y sin reproche, y le será otorgada.*

947. Pues esa luz para discernir las espíritus Dios la da a manos llenas a quien la pide, mas esta súplica ha de ser hija de la fe, porque *cuando la duda se infiere, hácese semejante a las olas del mar, movidas por el viento y llevadas de una a otra parte, y su incredulidad lo declara indigno de recibir lo que tanto necesita.*

95.4.2. Estudio

949. El segundo medio es el estudio; porque es un deber nuestro hacernos cargo de los preceptos, máximas y bien fundada doctrina de la Escritura, Santos Padres y Tradición, y de las Reglas, Constituciones y demás máximas que nos han legado los perfectos misioneros que nos han precedido.

950. Y tanto más es necesario el estudio, porque sólo en las fuentes indicadas conoceremos cuál es el espíritu malo, el dudoso, y el primitivo de ambas familias josefinas; en dichas fuentes aprenderemos a despreciar el mundo, a defendernos de las tramas infernales, y a reprimir los malos deseos de una carne siempre rebelde.

951. Es en ellas donde se adquiere la compunción del corazón, la observancia regular y la correspondencia fidelísima a la gracia; allí aprende uno a hacer caso de cosas pequeñas, a conocer las condiciones para que una obra sea buena y cómo la menor circunstancia la hace mala; y en ellas, en fin, se adquiere la humildad de juicio y voluntad, y se aprende lo que es espíritu mundano, carnal, propio, diabólico.

952. De lo dicho hemos de concluir la necesidad de darnos al estudio para ser buenos directores, porque él tiene como depósito los documentos, preceptos y reglas para salir airosos de cualquier compromiso.

953. ¿Cómo esta persuasión te has dado al estudio con verdadero afecto, con un santo valor y con verdadera perseverancia? ¿has creído que la luz de Dios supliría lo que con tu trabajo debieras haber hecho? ¿No has estudiado por negligencia, por perder en otras lecturas el tiempo, por huir si así fuere, porque te expones a ser aquél de quien dice San Mateo: *Si un ciego guía a otro ciego, ambos caen en el hoyo?*

96.4.3. Experiencia en vida de oración del todo necesaria.

954. *Entiende lo que sucede en tu prójimo, por lo que en ti pasa.*

955. Sin oración ¿cómo poder discernir qué cosa es luz y tinieblas en la oración? ¿movimientos falsos y santos? ¿consolación y desolación de espíritu?

956. ¿Y cómo distinguir las tenebrosas obras del enemigo transfigurado en ángel de luz, de aquélla que delicadamente fabrica luz divina?

957. Debo, pues, dedicarme a la oración, porque es necesario atender de propósito a la consecución de la unión con dios, probar y experimentar las dificultades, haberse hecho experto en las propias caídas, conocer los peligros y la salida de ellos, y aun pasar por tentaciones y escrúpulos, por sequedad y desolación, y por las grandes pruebas que explicamos en la purgación del sentido y del espíritu, cuando tal cosa nos pidiere el Señor.

97.4.4. Experiencia de contemplación sumamente útil.

958. La oración contemplativa es tal vez el medio más corto y más cierto y más utilísimo, porque ella nos proporciona más o menos experiencia en los diferentes estados en que un alma se puede encontrar.

959. Sin la contemplación, todo será dificultades tratándose de ciertos espíritus, y ni siquiera sabrá uno aplicarles las reglas generales, pero ¡qué digo! ni los términos se entienden; y para ciertos espíritus nos hallamos sin tener de lo que pasa en su alma.

960. Aquéllos que han oído ya el divino silbo, que no se entretengan, que no pierdan tiempo, dense a tan divino ejercicio, y tomen la resolución de no retraerse de él, sino cuando los sacare la necesidad o la obediencia.

98.4.5. Humildad teórico práctica

961. La humildad teórico práctica viene a ser como la última mano para que acertemos a formar el debido juicio, porque sin la primera confiaríamos en el propio saber, en la perspicacia de nuestra mente, en la prudencia de la carne y en la propia experiencia; y sin la segunda nos jactaríamos de los buenos resultados adquiridos, es espíritu de vanagloria se apoderaría de nosotros, nos tendríamos por idóneos para ganar almas y pondríamos a un lado el recurso a Dios.

962. Fatal conducta que nos haría completamente inútiles, porque está escrito: Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes de la gracia.

963. Nos conviene, pues, humillarnos y confesar, después de haber hecho cuanto nos sea dable: *Somos siervos inútiles, no hay quien haga el bien.*

964. ¡Oh felices misioneros! porque en esta humildad hallan para la práctica un director celosísimo y discretísimo que nunca los abandona, nunca los engaña, y ni siquiera les retarda sus consejos.

965. Y no es extraño, porque ese director es el espíritu de Dios; espíritu de inteligencia que les enseña el modo de distinguir lo cierto y lo dudoso. lo malo, lo bueno y lo mejor; espíritu eminentemente sutil, que sabe descubrir los engaños de Satanás; espíritu cierto, porque se funda en las brillantes luces de la fe; y espíritu bienhechor, porque la caridad lo dirige y lo gobierna.

966. ¡Oh felices los misioneros humildes! porque fundados en el amor de tan relevante virtud, hallan en ella un tesoro infinito de recursos para las ocasiones aun las más críticas.

5. PRÁCTICA DE LA DISCRECIÓN ADQUIRIDA

99.5.1. En qué consiste esta práctica

967. Consiste en un juicio recto que formamos de los espíritus, por medio de las reglas de la Escritura, Santos Padres, sagrados Doctores y experiencia de los Santos, a la luz de la propia prudencia.

100. 5.2. Disposiciones interiores en quien la practica

zz) a) Para consigo mismo

968. El propio espíritu puede ser el objeto de la discreción adquirida; porque en nosotros mismos hemos de seguir las mismas reglas que para los demás.

969. Esta discreción hemos de procurar adquirirla, para que todas nuestras acciones lleven el sello de nuestro primitivo espíritu, y para despojarnos poco a poco aun de las cosas más insignificantes que no convienen del todo a nuestro primitivo espíritu.

970. y esto, aunque sea una cosa buena y santa y utilísima; aunque conste su bondad y utilidad no sólo por la Escritura, sino que también por los Santos Padres: porque el misionero tiene un estado particular, un espíritu particular, unas gracias particulares, y para obrar bien ha de obrar según ellas y no como obró tal Santo Padre, o como dice la Escritura en determinados casos.

971. Pero conviene no perder de vista que nosotros no somos los que nos hemos de dirigir; y sólo en el caso que nos faltare quién nos dirija, podemos entonces aplicárnoslo con toda seguridad.

972. Pero si, prescindiendo del superior y directores, uno quisiera a sí mismo, sin duda alguna que con sólo esto manifestará que su espíritu no es de dios, sino que está iluso por el espíritu de vanidad y de soberbia.

aaa) b) Para con los demás

973. Ya presentamos, las dotes del director, adquiridas pro la oración vocal, el estudio y la práctica de la doble humildad.

974. Mas como no se trata de discreción infusa, sino de la práctica de la discreción adquirida, es preciso un juicio; y como, si el director amara a los penitentes, o si los dirigiera sin ponderación alguna, o si partiera de principios humanos, con espíritu muy ligero o sofístico, el juicio sería falso, y falso el resultado, para que obviemos a males semejantes, diremos las cualidades espirituales que acompañan deben al director.

bbb) Desprendimiento efectivo

975. No amar a los penitentes es un medio completamente necesario para que juzguemos con acierto.

976. Hablamos de un amor en algún modo material y sensible, amor que se alimenta de conversaciones, de regalos, y de otros medios que indican que el amor no es todo de Dios; semejante amor del director a los penitentes hace que tuerza su juicio y que no determine con el acierto que debiera.

977. Hemos de amar a los que dirigimos, pero con amor verdaderamente espiritual: amor que nos haga aficionarnos a ellos a lo divino, trabajar con ahínco para destruir faltas, trabajar con doble empeño para que adelanten en la virtud.

978. Por tanto, prescindiremos de su es o no es penitente o dirigido nuestro, y según el juicio que nos formaremos de otro, así lo formaremos con el nuestro.

ccc) Santo interés y solicitud

979. Examinar las cosas atentamente. La precipitación todo lo echa a perder, y especialmente en el negocio de la discreción de los espíritus; conviene, pues, ponderar las cosas bien, para que uno se forme su juicio y así se determine.

980. Y a la manera que Josué, cuando se le presentó el Ángel del Señor en figura humana, no se fió de él, sino que solícito le preguntó: *¿eres de los nuestros o de los enemigos?* así, de un modo semejante, hemos de fijar la mente sobre las operaciones de nuestros dirigidos.

981. Verdad es que hay espíritus claramente buenos o manifiestamente malos, y en estos casos la misma práctica nos autoriza a su inmediata aprobación o condenación.

982. Pero fuera de esto, debe preceder al juicio una indagación la más atenta de los movimientos, impulsos, acciones, procedimientos, circunstancias, y esto dará el resultado del espíritu que examinamos.

983. ¿Fue acaso otra cosa la que hizo Salomón? Así, como sabios a lo divino, hemos de examinar lo exterior y lo interior, las obras y sus motivos, los pensamientos y sus consecuencias; hemos de distinguir los movimientos ocultos por los que aparecen, la sutileza del espíritu por el parto a que da lugar, y penetrar con espada aguda hasta las entrañas de las almas.

984. Sólo así separaremos lo verdadero de lo falso, lo precioso de lo vil; en suma: no podemos entrar en las entrañas y raíces del árbol; por el fruto, empero, que produce, argüiré de su buena o mala clase.

ddd) Profundo sentido sobrenatural

985. El último medio es movernos al juicio por razones divinas.

986. este medio de servirse de medios divinos para cosas divinas, es tan conveniente, necesario y del todo indispensable, que creemos un deber nuestro animar a nuestros hijos, diciéndoles: Entremos en la práctica de no juzgar jamás según el discurso humano, porque éste no puede llegar jamás a la verdad, ni a dios, ni a las razones divinas.

987. Procuremos juzgar como Dios. Prudencia de carne es resolver lo divino por lo humano; prudencia peligrosa; pero nosotros tenemos un afecto todo particular, a resolver las cosas humanas por las divinas, por más que la naturaleza se oponga.

988. Si tratándose de unas cosas tan espirituales como las de la dirección a la santidad, nos sirviéramos de máximas mundanas, ciertamente que todo lo echaríamos a perder, porque tendríamos un espíritu inútil que nos impediría todo juicio práctico y acertado.

eee) Justo aprecio de las gracias extraordinarias

989. Ciertos incontentables, a trueque de quererlo tocar todo, acaban con no creer en nada por sus cavilaciones y sofisterías.

990. ¡Estado lastimoso! porque por su espíritu incrédulo, llagan a no creer nada de cuanto se les presenta con visos de sobrenaturalidad, y aun se glorían de su incredulidad, como si dichas obras de la gracia fuesen una pura simpleza.

991. ¡Estado lastimoso! porque su espíritu es erróneo; porque al modo que nunca han faltado dichas obras extraordinarias de la gracia en la Iglesia de dios, así siempre ha habido algunas en todos los institutos religiosos, comenzando desde la época de sus fundadores.

992. ¡Estado lastimoso! con todas nuestras demasiadas reflexiones y quererlo probar todo, acabaríamos con enredar a los demás después de habernos enredado a nosotros mismos.

993. Acostumbrémonos a confiar en Dios, y a tener un término medio entre ser demasiado crédulos, y cierta incredulidad que tienen algunos, que parece que están destinados a dudar de todo.

6. REGLAS DE LA DISCRECIÓN

101. 6.1. Criterios generales para conocer cuándo obra Dios, y cuándo el demonio

994. Al modo que nos conviene conocer el espíritu divino, que necesariamente debe obrar en nosotros todo bien, así nos conviene no ignorar las astucias del espíritu infernal, que tiene por oficio maléfico llevar la contra a Dios.

fff) Dios infunde paz

995. cuando Dios mueve al alma, le imprime una paz toda espiritual, que la acompaña mientras dura la acción de la gracia, y no la deja hasta concluir sus intentos divinos.

996. he ahí carácter más propio del espíritu de Dios. Miren a Dios, y lo verán llamarse por antonomasia *Dios de la paz*.

997. ¿Buscaremos la razón intrínseca? la hallaremos como una consecuencia lógica de lo que obra Dios en el alma. Porque si reside en su mente la verdad, si luces divinas la iluminan, si copiosísimos frutos son los que produce en ella la gracia, si una docilidad encantadora la adorna, si la humildad de la mente la hace sentirse inmerecedora de tanta dicha, y si la discreción de la última mano a obra tan admirable, ¿a qué incomodarse, desazonarse o inquietarse?

998. Sólo la paz es lo que habita en un alma tan privilegiada, como el resultado dulcísimo de unas premisas divinas.

ggg) El demonio infunde inquietud

999. Espíritu de inquietud, de alboroto, de turbación, es diabólico, como que es del todo opuesto a la paz que Dios comunica.

1000. ¿Qué dice Crisóstomo?: *Es propio del demonio causar perturbación, enojo y mucha confusión.*

1001. A veces se sirve de sus confederados, al mundo y la carne, y nos sugiere deseos de placeres, deleites, riquezas, honores, que tienen bella apariencia. Pero, como dice el adagio, por más que se vista al mono de seda, mono se queda, así, por más que el demonio finja ser nuestro amigo, siempre es demonio.

1002. Por tanto, si al principio causa deleite sensible, y al fin deja al alma inquieta, con agitación, y llena de turbación, no es Dios el que la mueve.

1003. Establezcamos dos máximas, que hemos de consultar continuamente: espíritu que deja en paz, en quietud, en tranquilidad, y como en divina unión, es de dios; así como espíritu que inquieta, agita, turba, enturbia, mete al alma en zozobra, es diabólico.

hhh) Dios infunde humildad verdadera

1004. No hay carácter más seguro del espíritu divino que la humildad.

1005. Supongamos a un misionero que en la oración se siente conducido por una luz brillantísima, que le parece ver abrísele el cielo y contemplarlo, que luces infusas le revelan arcanos de Dios, y que su corazón como que está nadando en un mar de amor. Concluiremos en seguida que el autor de todo esto es el divino Esposo. A no dudarlo que puede ser así pero también puede ser un modorreo del maligno.

1006. Pues ¿dónde hallaremos la piedra de toque? en la verdadera humildad. Y así, si juntamente con la gracia, sintiera que se le infundía una devoción humilde, un odio santo de sí mismo, un desprecio de toda vanidad, de modo que no le levantaran ni las más sublimes comunicaciones, en este caso estará seguro que está movido por el buen espíritu.

iii) El demonio infunde soberbia o falsa humildad

1007. nada decimos de la soberbia, porque es evidente que sólo el maligno puede infundirla en el alma.

1008. Pero hay una falsa humildad, una invención del demonio de las más penosas, sutiles y disimuladas, que, cuando la infunde, no hay luz para bien alguno, es un pasarlo todo a fuego y sangre, porque todo lo hace ver malo e irremediable.

1009. El traidor nos sumerge en un pesimismo atroz, nos trae a la memoria los pecados, las imperfecciones, el miserable estado del alma; todo esto lo logra con una luz maligna que nos alborota, nos revuelve, nos llena de aflicciones, nos inquieta, nos revuelve, nos llena de aflicciones, nos inquieta, nos amarga; y tanta es la pusilanimidad y

decaimiento y melancolía, que el alma incauta cree que es humildad, no se defiende de estos ataques, y bebe lo que es un veneno mortal.

1010. Espíritu de falsa humildad es malo, es diabólico.

1011. para poner remedio, debemos convencernos de que hay dos clases de humildad; la verdadera engendra la paz, obra en ella la confianza en Dios; la falsa es inquieta y alboroto, con desconfianza de Dios, que lleva tal vez un tinte de desesperación.

jjj) Dios infunde docilidad

1012. una voluntad fácil de doblegarse y ceder será siempre prueba de que Dios es quien la mueve.

1013. Cuando entra Dios a obrar en un alma con luces celestiales y santas mociones, debe imprimirle cierta blancura, que la hace dócil a la obediencia de los que la presiden, fácil para ejecutar los mandatos, y tan pronta para practicar los consejos, que somete siempre sus propias luces a las luces de aquéllos que están en lugar de Dios.

1014. En cosa de superación ignorantes, apasionados e indiscretos, es donde más brilla la excelencia de esta disposición, donde la obediencia obra milagros; y siempre que el súbdito no falte a la debida sujeción, *Dios no es tan injusto como para permitir se engañe el alma que, llena de fe y sencillez, se somete humildemente al consejo o juicio ajeno.*

1015. Encontrando, pues, una voluntad dócil a los llamamientos de Dios, ala voz de quien está en su lugar, y poseyendo una cierta abertura sincera a todo lo que puede significar voluntad de Dios, podemos alegrarnos santamente, que posee ciertamente un buen espíritu.

kkk) El demonio infunde terquedad

1016. Una voluntad aferrada en sí misma, es siempre diabólica.

1017. Es diabólica, porque semejantes personas, que tienen cierta dureza en su voluntad, se oponen abiertamente a cuanto no les place, con dificultad se rinden a las más poderosas persuasiones, ni mil consejos apenas obran nada en su corazón, descuidan los verdaderos mandatos, se burlan de las insinuaciones, y la corrección paternal de un superior la califican de imprudencia, y aun quizás de venganza.

1018. Es diabólica porque, después de todo, aún intenta justificar a sí misma, y acaba con concluir que todos yerran y que sólo él acierta; que todos son culpables, y que sólo él tiene razón; que los demás no ven las cosas, y que sólo él sabe apreciarlas en su verdadero punto de vista.

1019. Creemos que sólo un confesor santo es capaz de salvar a semejantes personas, de destruir este espíritu diabólico que las ciega, de vencer con su constancia la terquedad y dureza que las hace impenetrables, de inspirarles paulatinamente un poco de confianza, de aplicarles la medicina a medida que la acepten, y de desterrar este espíritu terco, que es diabólico.

III) Dios hace abrazar la cruz

1020. Es espíritu el que trae consigo cierta paciencia en las tribulaciones, y a la medida del grado de paciencia, se manifiesta la perfección de la obra de Dios en el alma.

1021. de ahí es que el que sufre con paciencia las tribulaciones, las penas interiores que divide el alma de puro dolor, los dolores y demás molestias que trae consigo las enfermedades, y que se conserva paciente en las persecuciones, calumnias, desprecios, y aun en la pérdida de los bienes y personas más queridas, ano dudarlo, demos de afirmar que semejante persona tiene un buen y santo espíritu.

1022. Sufrir estos trabajos, sobrellevarlos con paz, desearlos con ardor, es una señal tan grande de buen espíritu, que ella sola bastaría.

mmm) El demonio hace rechazar la cruz

1023. LA impaciencia jamás será efecto del buen espíritu.

1024. Job y su mujer se ven asaltados de grandes, graves y muy duras pruebas; y ¿cuánto dolor y angustia, cuánta aflicción, pena, calamidad y tormentos? ¡ah! no puede describirse; ¡mas qué contraste!

1025. Job se halla revestido del espíritu del Señor, y abre sus labios para decir: *Yavé me lo dio, Yavé me lo ha quitado. ¡Sea bendito el nombre de Yavé!*

1026. al contrario acontece con su mujer, porque poseída del espíritu, no tiene la paciencia, se impacienta, se queja atrevidamente, murmura contra Dios, se mofa de su marido y blasfema del Señor.

1027. Hermoso pasaje que nos descubre cuyo es el autor de la paciencia en los trabajos, y cuyo el de la impaciencia.

1028. Actos de impaciencia aun dorados con el *tengo razón*, con el *tiene la culpa*, es una *injuria la que me hizo*, serán siempre hijos del mal espíritu, el cual no sólo es capaz de engendrarnos sentimientos de impaciencia, sino que despierta afectos de ira.

1030. ¡Tan cierto es que es un espíritu malo y muy malo todo espíritu que conduce a la impaciencia, a la ira, a la venganza!

nnn) Aplicación de estos criterios

1031. creemos prudentísimo advertir que cada una de las señales es de tal naturaleza, que pos sí sola concluye en la práctica, sobre aquel caso, la existencia del buen o mal espíritu en la persona de que se trate.

1032. Pero como de ordinario no podemos apreciarlo en un todo como es en sí, ya por nuestra ignorancia, ya porque no saben explicarse las personas como es debido, y ya porque se ve como una mezcla de bueno y de malo, por esto, no basta una señal, sino que se necesitan más o menos, según los caracteres con que ellas se presentan.

1033. Pero sí que, cuando veamos una señal de mal espíritu, hay fuertes razones para que oremos a Dios con fervor, examinemos bien la cosa, y nos informemos de todo lo que creamos conveniente.

1034. Es preciso que se haga bien la comunicación interior, bien persuadidos que con ella examinaremos las cosas atentamente, y nuestro juicio será exacto y verdadero.

1035. Estas señales abrazan a todos los estados y ocupaciones en las que pueden encontrarse un misionero y una josefina, sien exceptuar la más encumbrada perfección, y aun los modos extraordinarios con que más de una vez podamos ser visitados por medio de la santa, santa oración.

102. 6.2. Criterios para la oración

1036. Es tan general el recibir ilusiones es la oración, fervor y recogimiento, que apenas se encuentra quien no las haya padecido, y muchas veces.

ooo) a) Cómo obra Dios en la oración

1037. Dios tiene muchos caminos, y esto ha hecho decir a san Juan de la Cruz que apenas se hallarán dos espíritus, o modos de obrar de Dios, que sean del todo iguales; con todo, al modo de los rostros, que siendo todos distintos, todos convienen en las cosas esenciales, así todos los espíritus de dios, por lo que tienen de común e invariable, los reduciremos a dos: consuelos y pruebas.

ppp) Consuelos

1038. No puede dudarse que trata Dios a muchas almas dulcemente, que destila en sus mentes pensamientos devotos, que coloca en su corazón afectos fervientes, que los acompaña con suavidad la más tierna.

1039. El Señor, en su bondad y misericordia, muchas veces a un recién convertido le concede tal abundancia de gracias sensibles, que se apoderan éstas de las partes superiores del alma, y en consecuencia se encuentra repentinamente no sólo perfecta, a su parecer, sino como embriagada con tanto gusto que el Señor le comunica.

1040. Semejante alma, como que nada en el mar inmenso de la misma divinidad, como que recibe y se llena de un gozo tan celestial y divino, y superior a todo otro gozo, que sobreabundando en todas las cavidades del alma, redundando tan copiosamente sobre el cuerpo, que cuerpo y alma, aun acá en este valle de lágrimas, comienza a sentir principios de vida eterna.

1041. No puede dudarse que Dios a muchas almas las levanta a contemplación, que siempre es dulce; y tal vez se les comunica con visiones, locuciones, revelaciones, éxtasis y raptos, que siempre son agradables y deleitosos.

1042. Cuando Dios visita con semejantes dulzuras, obra de un modo sobrenatural, y tan extraordinario, que no está en manos del alma el no recibirlo.

1043. El entra en lo más adentro de su ser, y desde allí la muda toda en amor con sus dulces atractivos, la engalana con ternura inapreciables, la adorna con inflamaciones seráficas, la inflama con divinos toques.

1044. Y lo hace sin que preceda en el sentido afectos alguno, sin que la voluntad quisiera semejante operación; sino que al modo que un manantial saca el agua de su mismo seno, así experimenta el alma que, sin operaciones suyas, brota de su corazón esa fuente de agua viva, que traslada desde antes a los gozes de la vida eterna.

1045. cuando Dios obra con dulzura semejante, las trata tan afectuosamente porque así lo exige en cierta manera nuestra miseria, cuando Dios exige de nosotros grandes y heroicos actos de virtud; porque las gracias ordinarias no bastan para que demos tan excelentes frutos; necesidad que sentía la Esposa de los cantares, diciendo a su Esposo: *Llévanos tras de ti, corramos a la suavidad de tus perfumes.*

1046. Con todo, se concibe que obraría con más fortaleza el misionero que, a un deseo vehemente del *Béseme*, haberlo logrado muy rara vez o casi nunca, tuviera, con todo, la misma perfección en el obrar porque la santidad no la determinan las gracias extraordinarias de la muy subida oración, sino que consiste en los actos heroicos de la virtud, y especialmente de la caridad.

qqq) Pruebas

1047. Cuando Dios obra con dulzura semejante, claro está que no las deja sin penas.

1048. por tanto, cuando el alma dirigida por Dios comienza a experimentar algo de las penas del espíritu, y el Señor, en su bondad y misericordia, siempre conviene a su honra y gloria, y siempre para nuestro mayor bien espiritual, nos encontramos privados del influjo exterior de la gracia divina, y como sumergidos en las penas del espíritu, en este caso conviene en gran manera sabernos mortificar en Dios, por Dios y para Dios.

1049. Las penas del espíritu son tantas y tales, y se apoderan de nuestra alma de tantas maneras, que sólo Dios sabe; así como el alma que algo las ha sufrido, algo quizás acierta a decir, principalmente cuando afirma que se parecen a las penas del infierno.

1050. en estos casos conviene en gran manera obrar como es debido, para que saque el alma el fruto espiritual que Dios quiere.

1051. conviene seguir con los ejercicios espirituales comenzados, continuarlos con fervor y seguir hasta concluirlos con la mayor constancias y fidelidad, persuadiéndose bien de que todas sus victorias dependen de la fidelidad y constancia en su oración.

1052. Conviene ser paciente, plenamente paciente, evitar con todo cuidado impaciencias que siempre declaran lo que uno es; no murmurar en lo más mínimo de la Providencia divina que así nos tiene; no temer las molestias que lleva consigo nuestro estado de aflicción, y sobre toso, no dejar de acudir a Dios en medio de los padecimientos, por medio del gemido del corazón.

1053. ¡Dichoso el que después de haber dicho mi alma está triste y mi corazón tan angustiado, que la angustia y la tristeza son capaces de darle la muerte, sabe obrar como Jesús en el huerto de Getsemaní y decir: no se haga mi voluntad, sino la tuya, Dios mío!

1054. ¡Oh, cuánto gana el alma en estado de penar! y ¡cuánto engorda el espíritu aun en medio de las mayores angustias! y ¡cuánto se complacen los ángeles al vernos fieles en ese tiempo de tribulación! y ¡cuánto nos ama Dios al manifestarle nuestro amor en medio de los padecimientos!

1055. ¡Dichoso el que sabe sufrir en este estado! y más dichoso el que considerando a María al pie de la cruz, sabe unirse a sus dolores con verdadera paciencia.

1056. ¡Que el Señor San José nos enseñe a sufrir con total resignación y aun con alegría!

rrr) b) Cómo obra el demonio en la oración

1057. Sabe el demonio que nada hay tan útil y provechoso como la meditación, porque en ella se extirpan los vicios de raíz, se aumentan las virtudes teóricas y prácticas, se descubren los bienes celestiales, se hace sensible la vanidad de lo terreno; y, en fuerza de este ejercicio, todo lo malo se odia, todo lo bueno es amado; y los que están en el cielo es por la santa oración, al paso que ni una sola se halla en el infierno sino por haberla dejado. ¿Qué hace, pues, el malvado?

sss) Trata de apartarnos de la oración

1058. a este fin, la pinta en el ánimo del misionero o de la josefina como una práctica inútil, ociosa e infructuosísima; hace que le pierdan la estima, y que prácticamente se porten en ella con una culpable tibieza; prueba con ejemplos su inutilidad, citando a los desventurados religiosos, quienes, no obstante su oración, se perdieron; y en muchos hace el maligno que se menosprecie tanto, que hasta la presente como ocasión de ruina.

1059. Cuando el demonio principalmente sale con la suya, logrando no pocas victorias, es en el tiempo de la sequedad en la oración.

1060. ¡Oh Padre mío Señor San José! ¡y cuántos los que dan crédito al maligno! ¡cuántos los que dejarían la oración, si no fuesen llamados por la campana! ¡cuántos la dejan siempre que una pequeña ocupación se atraviesa de por medio! y ¡cuántos, por este camino, han perdido su vocación!

1061. Sabe el maligno que el recogimiento interior es el taller universal donde las virtudes reciben un aumento singular: allí el retiro del cuarto se hace tan amable como la celda de un cartujo; la soledad, que convida a prepararse a ejercer con duplicado fruto al ministerio apostólico, se hace deliciosa; aquel silencio que nos une con Dios, se hace queridísimo, y amabilísima se hace la modestia de los ojos, que nos conserva más y más inocentes.

1062. Mas contra este recogimiento se levanta el infame, cubre esta virtud con el negro velo de la ilusión, y llama a la modestia atadura de potencias; a la vida retirada, vida llena de hipocondría; al silencio lo considera como efecto de la triste melancolía, y a la circunspección como una idea que nos hace inútiles.

1063. ¡Oh Salvador! ilusiones tan groseras hace al desdichado que las consiente, busca la felicidad que resulta del contento en el hablar, reír, conversar, y de la soltura de los sentidos; mas ¿qué le sucede a esta alegría? nace de los sentidos, y en ellos se queda; y mientras el desdichado, en el profundo del alma, está hartas veces tan triste, que mayor infelicidad no se puede concebir.

ttt) Si no logra apartarnos, trata de engañarnos en ella

1064. *El mismo Satanás se transforma en ángel de luz*, es decir, con apariencias, con ilusiones, quiere remedar todas las obras que Dios realiza en las almas escogidas.

1065. Así como Dios, ya mediata, ya inmediatamente, visita a sus almas queridas, las consuela, las instruye, las anima, en ocasiones dadas les manifiesta lo futuro, y hasta se les deja ver ya crucificado, ya con coronas de ayos y resplandores; así el maligno remeda, en el colmo del atrevimiento, al mismo Jesús; cubre con un manto de luces, brillantes pero falaces, su dañada intención; esconde con ellas su fealdad diabólica, y aparece como divino. hace que resuene sus palabras claras y persuasivas, lisonjero e insinuante penetra en el oído, buscando engañar al incauto corazón.

1066. Como en la oración puede uno tener sus fervores, ahí es donde se mete el diablo para engañarnos, y ya entrando en nuestro interior, ya ablandando el corazón y encendiéndolo en falsos ardores, con lo cual nos deposita en la parte sensible un manantial de ternuras, para que creamos que es muy buena oración, lo que en realidad no es más que ilusión.

1067. Obra así el diablo para que nos tengamos por experimentados, para que creamos su espíritu, para inducirnos poco a poco en error, para arrebatarnos la humildad, engreírnos pasa a paso, hacernos caer en alguna complacencia, y así precipitarnos al pecado.

1068. Obra así para debilitar la naturaleza, enflaqueciéndola poco a poco, hasta hacerla inútil para el servicio del prójimo; hace que se enrede en el dulce de estos cebos, que se entregue a ellos como a insustituibles, deje las obras de la gloria divina, se repute en algo perfecta como llamada a tales cosas, y descuide las verdaderas virtudes heroicas.

1069. nuestra conducta ha de ser llenarnos de un santo temor de ser engañados en la oración, para que nos comuniquemos bien, y seamos enriquecidos con la bendición del Espíritu Santo que dice: Bienaventurado el hombre que persevera en el temor.

103. 6.3. Espíritus dudosos en la oración

1070. Decimos que es un espíritu dudoso, el que así como puede tener a Dios por autor, también puede tener una causa que no sea Dios.

uuu) Consuelos sensibles

1071. Cuando el gusto espiritual sensible es casado por la gracia, no es otra cosa que una dulce impresión que causa al apetito los actos sobrenaturales; y en este caso nada tiene de malo, no deben rechazarse, pueden recibirse, y aun deben ser recibidos, porque para este fin los da Dios, aunque quedándose despegados de ellos; y nos servirán no poco para las grandes pruebas que siempre les siguen.

1072. Cuando es el demonio, recuerda el maligno ese gusto espiritual de un corazón tierno, resulta que en vez de un acto sobrenatural, es una tontera natural.

1073. Cuando es el demonio, recuerda el maligno ese gusto espiritual para que la persona se tenga en algo, no se haga cuidadosa de Dios y de sus deberes, y acaba el maligno por perder al que parece que llena de consuelos.

vvv) Consuelos continuados y jamás interrumpidos

1074. en este caso sin duda alguna que no es Dios su autor; porque mientras vivimos en el mundo, no nos consuela para que vivamos de asiento en las delicias espirituales, sino para fortificar nuestra debilidad y miseria.

www) Lágrimas

1075. Puede ser el demonio, el cual, excitándonos los humores, puede hacer que un torrente de lágrimas brote de nuestros ojos; no hay en ellas nada de bueno, y sí hay mucho de peligro.

1076. de las lágrimas puede ser la gracia su autor, y en este caso son un don del espíritu Santo, las produce el temor de los grandes pecados, y las consume el amor hace la persona a la cual se ofendió; es como una inflamación del Espíritu Santo, un conjunto de afectos y deseos, y un reverberar de aquella divina llama, que se manifiesta por medio de un dulce llanto.

1077. Las lágrimas pueden tener por origen la naturaleza, y en este caso nada tiene de espiritualidad ni de meritorio, porque es una cosa natural.

xxx) Revelaciones y demás fenómenos

1078. En fin, las revelaciones, locuciones, éxtasis, raptos y demás señalados favores, en personas que no han llegado a una heroica santidad, son siempre sospechosos; y lo son también las llagas de las manos y pies, y demás señales prodigiosas en el cuerpo, si las personas que las tienen no han pasado por las purgaciones del sentido y del espíritu.

104. 6.4. Criterios para las gracias extraordinarias

1079. no es manos ilusión el tener por favores divinos las obras diabólicas, que tener por obras diabólicas los favores divinos. de lo que se deduce la importancia de estos criterios.

yyy) Dios al principio, infunde temor, que termina en paz.

1080. Toda operación extraordinaria de la gracia comienza con cierto temor y espanto, y acaba con una completa paz y quietud.

1081. Y no puede ser de otro modo, porque estas operaciones, como que se efectúan pasivamente, uno se siente acometido sin pensarlo, de una fuerza poderosa que desde el primer ímpetu comienza a obrar divinamente; con razón, pues, se teme.

1082. Y con no menos razón viene la paz a ocupar el lugar del espanto, porque conoce luego en lo que experimenta, las operaciones de Aquel que, siendo Dios, quiere obrar cosas admirables en su corazón.

zzz) El demonio infunde quietud y pasa al temor

1083. Sus embustes de apariciones, locuciones, y demás marrullerías, al principio causan alegría y deleite, el cual degenera pronto en quietud, turbación, amargura, desconsuelo, desesperación.

1084. La consolación no es interior; como que es meramente sensible, se contiene en el apetito sensitivo; y es que el demonio no puede penetrar en el centro del alma, donde sólo llega Dios; de ahí se concluye que sus halagos sean puramente sensibles.

1085. Procede de este modo para granjear la confianza del alma, pero Dios no permite que se transfigure en un todo en ángel de luz, sino que de un modo u otro hace que patentice su verdadera inquietud; por eso acaba el maligno con modos inquietos y turbulentos.

aaaa) Dios causa profunda humildad

1086. Cuando Dios es el autor de estas operaciones, deja impresa una profunda humildad, que produjo la misma divina luz; está lejos de hablar de estas gracias, y sólo las comunica al director, y con repugnancia suma.

1087. Cuando Dios obra, aunque interiormente queda el alma asegurada de que Dios es, y aunque lo estuviese de tal modo que no pueda dudar, sin embargo sigue siempre y con harta facilidad el parecer ajeno, aunque sea el contrario.

bbbb) El demonio causa refinada soberbia

1088. El demonio produce en las suyas todo lo contrario, y las engañadas experimentan cierta estima de verse favorecidas, cierta gana de propalar los tales favores, aunque con el falso pretexto de que Dios sea alabado, gran facilidad en descubrirlo el confesor, de platicar con él de estas cosas; y el gusto de aparecer como alma escogida y privilegiada, las hace pertinaces y presuntuosas, y apenas se les puede persuadir de que son engañadas.

cccc) Dios en fin produce gran despego de estas mismas gracias

1089. cuando Dios es el que obra extraordinariamente, Él mismo hace que uno desee tales cosas, sino en cuanto Dios se quisiese servir de estos medios, porque lo traen temeroso los grandes peligros que llevan consigo, y porque para llegar a la más eminente perfección, no son necesarias.

1090. en fin, cuando las visiones, locuciones, profecías, etcétera, son de Dios, el alma no se pega en la corteza de ellas, sino con el fin por el cual Nuestro señor se lo comunica, que es adelantar en la virtud.

1091. Esas mismas almas que han sido visitadas dulcemente por Dios, quedan de tal suerte llenas de sus gracias, y con sentimientos tan solidísimos, que se hallan fuertes y robustas en la práctica de la virtud, y venciendo a sí misma, logran grandes victorias.

1092. Y dejadas la armonía que puede haber sentido su oído, las hermosuras que han podido llenar sus ojos, el olor más que de ambrosía que pueda haber regalado su olfato, y demás exterioridades, dejadas todas ellas, se fija en lo que Dios pretende, que no es otra cosa que grandes aumentos en el amor divino, y mayor menosprecio de sí mismo.

1093. ¡Tales sin los santísimos efectos con que Dios corrobora nuestra flaqueza!

105. 6.5. Criterios para las obras

1094. Con el verdadero espíritu, se pelea legítimamente hasta el fin, y con la generosidad que hace que uno se gloríe en las mismas heridas que se han recibido por Nuestro señor; al paso que sin el legítimo espíritu se obra desconfiadamente, perezosamente, y sin la perseverancia que debe coronar a toda obra buena. ¿Y cómo conoceremos cuya es nuestra conducta?

dddd) a) Cómo obra Dios

1095. Nuestra perfección no es otra cosa que tener unidad la propia voluntad a la de Dios, de modo que la suya y la nuestra sean un mismo querer; y aquél será más perfecto, que tuviese su voluntad más conforme con la divina.

eeee) Dios manifiesta su voluntad a los débiles, para que pidan gracia

1096. Hay personas a quienes no falta luz para conocer lo verdadero, para ver lo bueno, saber apreciar lo mejor, y aun distinguir lo perfecto; pero les falta en la voluntad un afecto fuerte, que las induzca a esforzarse generosamente por llevarlo a la práctica.

1097. Estos sacan grande provecho en su estado, por la abundancia de luz que les hace notar lo mucho que podrían hacer, y lo poco que hacen, por faltarle el vigor a su voluntad; ven sus faltas con harta exactitud, y de ahí una buena fuente de verdadera humildad.

ffff) La esconde a los generosos, para que pidan luz

1098. Hállase frecuentemente personas a quienes no les falta voluntad para abrazar el bien, hallase llenas de devoción operante, vense respirar santos ardores por servir a Dios y a las almas, pero ignoran los modos de llevar a cabo la ejecución.

1099. Este estado conviene a las personas sencillas, cuya instrucción no corresponde a su buena y óptima voluntad. Dios, que todo lo hace según su sabiduría infinita, comienza por formar su voluntad, y vense obligados a servirse de luces ajenas, a comunicarse al Director, a descubrirse enteramente, y de ahí el andar por la senda de una humildad que mucho agrada a Dios.

gggg) A los incapaces, les inspira la mejor disposición

1100. Tal fue el mérito de Santa Teresa, que desde muy niña anhelaba pasar a tierra de moros, por los grandes deseos de convertir a pueblos enteros, y de ser allí descabezada.

1101. Tal es la grande voluntad que tienen personas achacosas, deseosas de ayunos, vigiliias, asperezas y otras penitencias, la inclinación a la limosna en personas muy pobres, y muchos ejemplos más, lo cual nos manifiesta que muchas veces Dios se contenta con la buena voluntad.

hhhh) Dios a veces pide la ejecución, para impedir la luego

1102. Manda Dios a Abraham que le ofrezca el holocausto de su propio hijo Isaac; cumple éste el mandato, y en el momento mismo de verificarlo, Dios le impide la ejecución: *No extiendas tu mano sobre el niño, ni le hagas daño alguno.*

iiii) Otras inspiran poner todos los medios, y niegan la ejecución

1103. Esta conducta de Dios es muy común entre las almas consagradas; porque uno quiere ayunar en un día no marcado en la regla, y el superior le dice que no; quiere aumentar las penitencias corporales, y recibe la negativa; quiere, al modo de muchos santos, mortificarse en la comida, y se le dice que no lo haga.

jjjj) Otras, en fin, permite sólo en parte la ejecución

1104. Aquel energúmeno curado por Jesús, recibió la inspiración de consagrarse al apostolado en compañía del mismo señor, para publicar de ese modo las maravillas de Dios. Esas dos cosas le pidió a Jesús. La primera no se la admite, y le dice que se vaya a su tierra y a su casa; la segunda la recibe, y le confiere la misión de predicar las maravillas de Dios entre los suyos.

kkkk) Dios en las almas fervorosas se insinúa suavemente

1105. Tal es el conjunto del buen espíritu: introducirse con la paz, quietud y tranquilidad; pues al modo que una gota de agua se introduce sin estrépito en un cuerpo esponjoso, así el espíritu divino entra con suma delicadeza y suavidad en el alma bien dispuesta, y tanto es así, que la obliga a exclamar: *¡Qué bueno es el dios de Israel para los de recto corazón!*

llll) A las almas infieles las sacude con violencia

1106. Con las almas delincuentes obra lo contrario: las punza con remordimiento, las bate con el temor, las aterra con la muerte, las embiste con el terrible juicio, les presenta vivísimas las llamas sempiternas del infierno, hace que no hallen paz en los deleites, en los placeres, en las honras, en las riquezas, y las hace confesar: *comprende y date cuenta cuán malo y amargo es apartarte del Señor tu Dios.*

mmmm) b) Cómo obra el demonio

1107. Él obra con la mayor astucia, porque se introduce dentro de nosotros mismos como naturalmente, gana todo el terreno que puede, y no se descubre sino después de haber atacado.

1108. Él obra con la mayor malicia, porque se introduce, nos mide los defectos, pulsa la parte más débil, y por ahí nos ataca.

1109. Tienta de alegría mundana a las personas alegres; de incontinencia a las sensuales; a los melancólicos los insta al odio, al enojo, a la discordia; a los tristes, a la desesperación; a los tímidos con la aprehensión de males inminentes; al inmortificado con la repugnancia a los padecimientos; a espíritus vanidosos les convida con el aplauso

popular. en esta forma nos impele con sus tentaciones a lo que nos ve más propensos, para quizás conseguir alguna caída.

1110. Él obra con la mayor ficción, porque al modo que suelen hacer los ejércitos retiradas falsas, así nuestro infernal dragón se retira, y nos deja en paz como si hubiese dejado las armas, pero con el fin perverso de asaltarnos improvisamente, una vez que hayamos caído en una imprudente confianza.

nnnn) El demonio lleva de pequeñas a grandes infidelidades

1111. Un misionero, en fuerza de su vocación está todo ocupado en obras de obediencia y de conformidad con la voluntad de Dios. ¿Qué hace el maligno? procura que no sean buenas del todo, les quita alguna circunstancia, y ved ahí introducidas en su corazón aquellas místicas y terribles zorras que destruyen el jardín de su alma.

1112. Porque ellos es cierto para que una acción sea mala, basta que tenga un solo defecto; así como para que sea buena, ha de tener todas las cualidades que la determinen como a tal.

1113. Por esto a unos les hace falta al principio no haciéndola en el momento marcado, a otros hace que la precipiten y que no les salga bien, a otros a que la dejen sin concluir, a otros que no la hagan con las cualidades que reclama la regla, a otros que interrumpen lo que había de hacerse sin interrupción; y así, con esta mezcla, nos arrebatada la perfección de muchas de nuestras obras.

1114. El diablo, como que nos ataca por doquiera y de todos los modos que puede, frecuentemente se sirve del mismo amor que naturalmente nos tenemos, y convirtiéndolo en desarreglado, destruye muchas de nuestras obras.

1115. En consecuencia, nos hace buscar las comodidades en la habitación, comida, vestido y demás cosas, nos hace amar el poco trabajo con el pretexto de conservar la salud; continúa con querer ciertos ocios, y acaba con perder el tiempo, quebrantando el documento: *estar siempre útilmente ocupado*.

1116. Nos hace el amor propio procurar el propio gusto, y el que ha dejado las groseras delicias de la carne, se encuentra como preso de cien gustillos y satisfacciones; nos incita a buscar la propia utilidad, la que hace poner a un lado la gloria de Dios y la salud de las almas.

1117. Cuando el misionero se siente inclinado a no hacer caso de cosas pequeñas, a despreciarlas, a tomarse ciertas libertades, a hacer algo sin la bendición de la obediencia, a traspasar con facilidad ciertas órdenes de los Superiores, a ensanchar su conciencia, y a llamar irrisoriamente a los que procuran la mayor observancia, esta conducta es movida por el maligno, que así lo arrastra a la tibieza, lo despoja de las gracias especiales de Dios, lo debilita incesantemente, y asaltándolo en fin acaba con derribarlo con una culpa mortal.

oooo) El demonio engaña con virtud no probada

1118. Un misionero, novicio por su virtud, que todo fuese pies para correr por acá y acullá en ayuda del prójimo, todo ingenio para hallar medios de aliviarlo, todo manos

para ejecutar, y todo mortificarse para aliviar a los demás, todo esto no puede ser efecto de una virtud que no tiene, y en vez de ser el peso de la gracia, no tiene otro motor que su complexión vigorosa y el no saber vivir sin embeberse en mil negocios.

1119. Tal otro, novicio también en la virtud, que aparece ya muy quieto y pacífico aun entre la corrección y la humillación, no será este un modelo de mansedumbre, porque aún no puede haber adquirido semejante virtud; su origen está en su natural flemático, frío, pesado.

1120. Tal otro, que desde sus principios tiene ya muy buena oración y se encuentra visitado de muchas ternuras, pero ha de saberse que este modo de orar no es efecto del *bésemi*, porque aún no tiene las virtudes propias de la contemplación; la causa está en su natural sanguíneo, tierno y afectuoso.

1121. Tal otro que está tan fijo en la oración que a primera vista podría decirse que tiene ya el recogimiento espiritual, con todo no es así, sino que la fijeza de sus ideas parte de su fuerte imaginación, y de su temperamento, que es profundamente melancólico.

pppp) El demonio cubre la malicia con apariencias de bien

1122. como si a un superior, de debe vigilar y cuidar y dirigir a los demás, lo asalta el maligno para que sólo se ocupara de sí mismo, diciendo que no es caridad el exponerse a perder la propia alma para salvar la de los otros.

1123. Cuando un misionero experimenta un temor desmedido a dar ejercicios e ir a misión, de predicar, confesar, etcétera, la causa de esto no es otra a las funciones de nuestros ministerios con la capa del bien.

1124. Así también cuando un misionero experimenta extraordinariamente deseos de procurar el bien del prójimo, y esto hace que se cargue de muchos y tantos y tales quehaceres, que no le dejan tiempo de vigilar sobre su conducta, de renovar su espíritu y de adelantar en la perfección.

1125. Cuando un misionero observa que se le ponen delante las obras buenas que ha hecho, infundiéndole cierto conocimiento que lo declara fuerte y robusto y heroico en la virtud, el demonio es al autor, y lo hace para que recordando sus proezas y victorias pasadas, se exponga imprudentemente, y acabe por volver atrás, y tal vez adquiera por desengaño una miserable caída.

1126. Si hay quien en el servicio de Dios hace cosas pequeñas, pero que se ganan la aprobación general, no falta con frecuencia otros, que las hacen tal vez grandes delante de los hombres, que descubren de inmediato en las obras del primero alguna falta, real o ficticia, parece que se duelen muchos de ella, y se oponen con el carácter del celo, como tratando de desengañar a los demás; pero no es celo, pues esa contrariedad, esa amargura, ese apasionamiento que los acompaña, denota que es una verdadera envidia, paliada por el maligno con las apariencias del celo.

1127. Frecuentemente, y casi en toda edad, puede uno ser iluso tratándose del amor; por esto deseáramos que este troza, quizá más de ningún otro, se grabase bien en el corazón de todos nuestros hijos, porque sus consecuencias son terriblemente lastimosas.

1128. comienzan dos personas de diferente o de un mismo sexo a amarse mutuamente, por la bondad que la una reconoce en la otra, por los ejercicios de devoción, por el estado que han abrazado, y por cierta simpatía que experimenta la una para con la otra: hasta aquí nada hay.

1129. Pero muy pronto procura el maligno que el afecto y la confianza traspasen los límites de la discreción, y con la máscara de que es un amor espiritual, procura que se entretengan en largas conversaciones, y en visitas no necesarias, en requiebros tan penetrantes como disimulados, y ved un amor peligroso lo que al principio pudo ser bueno y aun óptimo.

1130. Para alejar más y más del medio de nosotros semejantes ilusiones, vamos a comparar entre sí amores: el bueno, poco piensa en el amigo cuando está lejos, y si piensa es sólo para encomendarlo a dios y arreglar su alma; pero el malo siempre piensa en él, aun en el tiempo de la oración, y si corazón se va penetrando de él; el santo, como que es universal, desea que el mismo bien que él le quiere, otros se lo quieran; pero el carnal, como lleno de turbulentos celos, siente que otros le amen; el virtuoso amor sufre desvíos de la persona amada, y apenas los siente; pero el vicio no lo tolera, le reclama, y acaba con una liga más estrecha; el espiritual no es amigo de dádivas; pero el mundano es amiguísimo de granjearse el afecto con regalos y cartas; el santo inclina a descubrir los defectos de la persona que se quiere; pero el mundano las encubre, y casi siempre acaba con la adulación.

1131. ¡Oh, y cuánto hemos de tener! examinémonos bien, para que las ilusiones no nos engañen.

qqqq) c) Espíritus dudosos en las obras

1132. Decimos que es un espíritu dudoso, el que así como puede tener a dios por autor, también puede tener una causa que no es Dios.

rrrr) Cambio de estado

1133. San Pablo nos dice: *cada uno permanezca en el estado en que fuese llamado*. por esto, el aspirar a un estado distinto, aunque en realidad fuese más perfecto, es siempre una cosa dudosa y es en gran manera peligrosa; mas, si se abrazare un estado más ancho, y para vivir el buen comportamiento está no es mudar el estado, sino en procurar la mayor perfección en la vocación que uno tiene.

ssss) Singularidad

1134. cosas desacostumbradas, singulares, son grandemente dudosas; pues al modo que en el orden del Universo todo sigue con naturalidad las leyes que lo rigen, así en el orden del espíritu obra Dios sin violencia y con la suavidad amorosa de la perfecta armonía; por esto el espíritu de Dios se acomoda al estado, y no suele inspirar cosas ajenas a su orden y armonía. Y San Benito lo expresó así: *Nada haga el monje, sino lo que nos pide la regla común del monasterio, o los ejemplos de los mayores*.

tttt) Cosas muy extraordinarias

1135. El espíritu puede ser de Dios, como lo vemos en Abraham cuando Dios le mandó que le sacrificara a su hijo; como lo vemos en los Jueces de Israel, los cuales con un puñado de reclutas destrozaban a grandes ejércitos; son innumerables los pasajes de la Escritura que manifiestan que éste espíritu puede ser de Dios, pero también puede ser del diablo, y plugiera a Dios que el Instituto no lo supiera prácticamente.

1136. esto acontece mayormente a los imperfectos, que no teniendo bastante virtud para aspirar a la perfección por el camino del esfuerzo cotidiano, el demonio les infunde la veleidad de acciones extraordinarias, los mete en grande presunción, y los que no cumplen con los deberes mínimos de la verdadera virtud, hace que se comparen con los Santos.

uuuu) d) Criterios generales para las obras

wvvv) Dios infunde un santo temor acerca de las propias obras

1137. Para hacer notar cuán verdadera es la máxima que asegura que se introduce en el corazón del hombre sencillo un santo temor, recordaremos lo que nos dice el Espíritu Santo en sólo dos sentencias: *No sabe el hombre si es digno de amor o de odio; Bienaventurado el hombre que vive siempre temeroso.*

1138. ¿Quién sabe, por tanto, si en vez de ser uno el amado de Dios, es uno el aborrecido? Nadie puede saberlo de providencia ordinaria. Por esto el justo siempre teme, y por esto lo vemos declarado bienaventurado, por sólo el hecho de vivir conforme este temor: *Bienaventurado el hombre que vive siempre temeroso.*

1139. Luego tenemos todos motivos para temer. ¡Ah, qué testimonio! ¡y qué verdad! todo nos afirma que el propio juicio es dudoso, que nadie en buen juez en causa propia, y que todos tenemos los más relevantes motivos de temer.

wwwv) El demonio infunde una presuntuosa y falsa seguridad

1140. Veamos el resultado de un hombre que no duda de sus obras, y lo veremos un réprobo aun en este mundo.

1141. Sea el infeliz fariseo el objeto de nuestra contemplación: observémosle en el tiempo, atendamos a su postura, a sus actos y a sus palabras, y lo veremos que según él es un justo y un santo, y aun lo veremos justificado hasta el punto de afirmar que él ya no es como los demás hombres.

1142. Y sin embargo ¿quién no sabe que este hombre tan justo según su propio discurso, fue reprobado en el mismo acto? y con razón, porque fue reprobado por el mismo Dios, que ha dicho: *Pues no queda aprobado aquél que a sí mismo se recomienda.*

1143. Pues así serán todos aquéllos que no tienen ese justo temor de sus obras.

1144. *De nada me remuerde la conciencia, pero no por ello ya estoy justificado,* así hablaba el Apóstol: ¡Ah, cuanto más nosotros hemos de obrar como el Apóstol y tomar las resoluciones que él tomó!

CONCLUSIÓN

1145. Diciendo: *"Hoy hace veintiún días que comenzamos como por ensayo lo que intitulamos Tratado sobre la oración"*, cerrábamos nuestro manuscrito hace más de veinte años; y ahora, después de mil y mil interrupciones, lo dejamos concluido, siendo a nuestro parecer, con la bendición poderosa del Señor San José, un *Tratado sobre la Oración*, utilísimo para nuestros hijos e hijas.

1146. Hay en él cosas harto sublimes y dichas con el debido acierto, y que serán para nuestros hijos e hijas, de mucha utilidad; así como hay también por desgracia, mucho de nuestra tontera y necedad: y si lo primero por ser de Dios les será muy provechoso, lo segundo por ser lo nuestro les será del todo útil.

1147. esto es lo que nos hace temer el que no hayamos logrado el secundario fin que nos propusimos, que no fue otro que el de servir tal vez en algo a nuestros muy amados hijos e hijas en la práctica de la oración.

1148. Concluido nuestro trabajo y ofrecido de nuevo a Su Divina Majestad, lo consagramos otra vez:

A la mayor honra y gloria de Dios

De la siempre Virgen María en su gloriosa Asunción a los cielos

Y de su purísimo Esposo, nuestro soberano Protector el Señor San José.

José María Vilaseca

SIGLAS

Se citan a continuación las obras del P. JOSÉ MARÍA VILASECA que se utilizaron en esta obra. Se indican además las siglas para el índice.

Manual de Meditaciones para uso de los colegios Clericales, México, M. Torner, 1880. Sigla: MM.

El Credo, México, M. Trigueros, 2ª. ed., 1887. Sigla: CR

Tratado sobre la Oración. México, M Trigueros, 1890. Sigla: O.

Mis Lecturas Espirituales, T. I y T. II, México, M Trigueros, 1896. Sigla: 1 ML y 2ML.

Tratado sobre la Virtud de la Humildad, México, M. Trigueros, 1898. Sigla: H.

Instrucciones Ascéticas para las Hermanas Josefinas, México, M. Trigueros, 1899. Sigla: IA.

Tratado sobre la Virtud de la Sencillez, México, M. Trigueros, 1900. Sigla: S.

Tratado sobre la Conformidad con la Voluntad de Dios, México, M. trigueros, 1904. Sigla: C.

Tratado sobre el Espíritu Primitivo de Ambas Familias Joseginas, México, M. Trigueros, 1ª. ed., q905. Sigla: EP 1ª.

Tratado sobre el Espíritu Primitivo de Ambas Familias Josefinas, México, Progreso, 2ª. ed. 1968. Sigla: EP.

El Beso y su Camino, Manuscritos, T. X. A.G.M.J., c/245: BYC.

Índice	
José María Vilaseca	1
Enseñanos a orar Instructivo para la oración	1
Presentación	3
El padre José María Vilaseca	5
Prólogo	7
Primera parte Necesidad de la oración	9
Jesús oró	9
María y José imitaron a Jesús	10
Con María y José imitemos a Jesús.....	10
Sin la oración nada podemos.....	11
Sin la oración no hay perfección.....	11
Sin la oración no hay verdadero apostolado	13
Sin la oración, grandemente peligra el sacerdote	14
El josefino y la contemplación	15
Conclusión.....	16
Segunda parte: Naturaleza de la oración	17
Introducción.....	17
Oración.....	17
Sólo el hombre puede elevarse a Dios, conociéndolo y amándolo.	17
Creación	17
Revelación.....	18
Talentos de la oración	19
Capítulo 1. Primer talento: oración vocal	20
Elevación del espíritu a Dios por la palabra.....	20
Efectos de la oración vocal	21
Medios para hacer buen uso de este talento.....	22
¿Hemos aprovechado este talento?.....	22
Capítulo 2 Segundo talento: oración mental	23
Introducción.....	23
Elevación del espíritu a Dios por el ejercicio de las potencias del alma	23
Oración mental diaria	23
1. Técnica de la oración mental	25
1.1 Preparación remota	25
1.2 Preparación próxima.....	26
Presencia de Dios; cómo ponerse en ella	26
Petición de gracias	27

Objeto de la oración y composición del lugar	28
1.3 Cuerpo de la oración.....	28
a) Consideraciones o reflexiones.....	28
Sobre las virtudes o vicios.....	29
Sobre los misterios de la vida de Jesús, María y José, etc.....	29
Sobre las máximas del Evangelio y las de las Reglas	29
b) Afectos	29
c) Resoluciones	30
1.4 Conclusión.....	31
a) Actos de agradecimiento	31
b) Acto de ofrecimiento	31
c) Acto de petición	31
1.5. Coloquio y ramillete espiritual.....	31
1.6. Importancia y orden de los actos hasta ahora descritos.....	32
2. Contemplación adquirida	32
3. Pruebas de purificación en esta oración	33
4. El incomparable beneficio de la oración mental	34
Capítulo 3 Tercer talento: oración de actos de virtud	35
Introducción.....	35
Elevación del espíritu a Dios por las obras	35
1. Maravillas de la gracia en este tercer talento	37
1.1 Primera maravilla: profundas convicciones en la razón.....	37
Dios no me necesita sino para hacerme mercedes.....	38
Nadie tiene más que lo que Dios le da	38
Más tengo y menos tengo de lo que merezco	39
Dios y trabajos, Dios es.....	40
De penas y trabajos cuanto más mejor	41
Mucho hace quien mucho ama	42
1.2 Segunda maravilla: irresistibles mociones en la voluntad	43
Afectos de admiración	43
Afectos de dolor y confusión	44
Afectos de perfección	45
Afectos de súplica	46
Afectos de intercesión	47
1.3. Tercera maravilla: generosas actitudes.....	48
Desnudez de espíritu	48
Obrar según el espíritu	49

Denodada fortaleza	51
2. Pruebas de purificación en este tercer grado	52
2.1 Purificación de la fe	52
2.2 Purificación de la esperanza	53
2.3 Purificación de la caridad.....	54
3. Cómo hacer oración en este tercer grado	56
3.1 Imposibilidad de meditar	56
3.2 Estarse junto a la cruz	56
3.3 Practicar algunas devociones	57
3.4 Plegaria humilde	57
3.5 Resoluciones prácticas, coloquios, jaculatorias.....	58
3.6 Doctrina sobre la devoción	58
3.7 Distracciones voluntarias.....	59
3.8 Distracciones involuntarias.....	59
3.9 Constancia, constancia y constancia	61
3.10 Conclusión.....	61
Capítulo 4 Cuarto talento: contemplación Dios se descubre al alma	62
1. Por qué hablar de este talento	62
2. Purgaciones	63
2.1. Purgaciones activas.....	64
Desnudarse del hombre viejo.....	64
2.2. Purgaciones pasivas	66
Purgaciones del espíritu y del apetito	66
3. Imperfecciones de los purgandos en el sentido	66
3.1 Soberbia	67
3.2 Avaricia.....	68
3.3 Lujuria	68
3.4 Ira	69
3.5 Gula.....	70
3.6 Envidia.....	71
3.7 Pereza	72
4. Purgación pasiva del sentido.....	73
4.1 Sequedad	73
4.2 Enfermedades.....	74
4.3 Reveses	74
4.4 Persecuciones.	74
4.5 Tentaciones contra las virtudes teologales	75

a) Contra la fe	75
b) Contra la esperanza	75
c) Contra la caridad	76
4.6 Tentaciones contra la castidad	76
5. Señales de estar en la purgación pasiva del sentido que conduce a la unión. .	77
5.1 Cuando es legítima la purificación	78
5.2 Cuándo esta purificación legítima se ordena a la contemplación.....	78
6. Naturaleza de la contemplación	79
6.1 Simple vista: conocimiento experimental deseable, no presumible.	79
6.2 Infusa, no adquirida; pasiva, no activa; deseable, no presumible.	79
7. Diversos actos de la contemplación.....	80
7.1 Recogimiento interior	80
7.2 Silencio espiritual	81
7.3 Oración de quietud	82
7.4 Embriaguez espiritual	83
7.7 Dormitación del espíritu	83
Capítulo 5 Quinto talento: mística unión Dios transforma al alma en sí.....	84
1. Purgación del espíritu	85
1.1.Su necesidad	85
1.2 Imperfecciones habituales de estos purgandos	85
1.3 Imperfecciones actuales	85
2. Medios de purificación.....	86
2.1 Sequedad espiritual	86
2.2 Luz divina que aflige soberanamente	87
2.3 Tormentos del apetito sensitivo	87
2.4 El conjunto de toda pena.....	88
2.5 Alternativas de pena y gozo.....	88
2.6 Inflamaciones divinas.....	89
2.7 Heridas de amor	89
2.8 Grande seguridad	90
3. Resumen de este proceso purgativo.....	91
4. Naturaleza de la mística unión	92
5. Grados de esta unión	93
5.1. Unión simple de amor	93
Si la unión es legítima deja una gran certidumbre	94
5.2. Éxtasis	94
De dónde proviene el éxtasis.....	94

Efectos del éxtasis en los sentidos.....	95
Efectos del éxtasis en el espíritu.....	95
El ala extática acata los mandatos de la obediencia	95
5.3. <i>Raptos</i>	96
Cuánto tiempo puede durar el raptó.....	96
Cómo se reciben visiones imaginarias en los intervalos	96
Síntesis de lo dicho	97
6. Preparación para el matrimonio.....	97
6.1 Desposorios.....	97
6.2 Continuas y profundas intimidaciones	97
6.3 Admisión a la morada de Dios	98
7. Matrimonio espiritual.....	99
7.1 Grandes efectos de este matrimonio espiritual	100
7.2 ¿Por qué concede Dios estas mercedes?	102
8. ¿Es necesaria la contemplación para la perfección?.....	102
8.1 La unión mística es para almas escogidas	103
8.2 Esta unión no es indispensable para la perfección.....	103
9. Conclusión	104
Tercera parte: Discernimiento en el camino hacia Dios.....	107
Discernimiento de los espíritus	107
1. Necesidad de la discreción de espíritus	107
2. Naturaleza y especies de espíritu	108
2.1. <i>Qué se entiende por espíritu</i>	108
a) Buen espíritu.....	109
Dios incitándonos al bien por sí mismo	109
Dios incitándonos por María y José	109
Dios incitándonos por medio de los Ángeles y Santos	109
b) Mal espíritu.....	110
El demonio incitándonos al mal por sí mismo.....	110
El demonio incitándonos por medio de la carne.....	110
El demonio incitándonos por medio del mundo	110
El demonio incitándonos por nosotros mismos	111
3. Naturaleza de la discreción y sus especies	111
3.1. ¿Qué es discreción?	111
3.2. Dos especies de discreción: infusa y adquirida	111
Discreción infusa.....	112
Discreción adquirida	113

Adquirirla es un deber sagrado	113
4. Medios para adquirir la discreción.	114
4.1. Oración se súplica	114
4.2. Estudio	114
4.3. Experiencia en vida de oración del todo necesaria.	115
4.4. Experiencia de contemplación sumamente útil.	115
4.5. Humildad teórico práctica	115
5. Práctica de la discreción adquirida	116
5.1. En qué consiste esta práctica	116
5.2. Disposiciones interiores en quien la practica	116
a) Para consigo mismo	117
b) Para con los demás.....	117
Desprendimiento efectivo	117
Santo interés y solicitud.....	117
Profundo sentido sobrenatural	118
Justo aprecio de las gracias extraordinarias	118
6. Reglas de la discreción	119
6.1. Criterios generales para conocer cuándo obra Dios, y cuándo el demonio	119
Dios infunde paz	119
El demonio infunde inquietud	120
Dios infunde humildad verdadera	120
El demonio infunde soberbia o falsa humildad	120
Dios infunde docilidad	121
El demonio infunde terquedad.....	121
Dios hace abrazar la cruz	121
El demonio hace rechazar la cruz	122
Aplicación de estos criterios	122
6.2. Criterios para la oración.....	123
a) Cómo obra Dios en la oración.....	123
Consuelos.....	123
Pruebas	124
b) Cómo obra el demonio en la oración	125
Trata de apartarnos de la oración	125
Si no logra apartarnos, trata de engañarnos en ella	125
6.3. Espíritus dudosos en la oración	126
Consuelos sensibles	126
Consuelos continuados y jamás interrumpidos	127

Lágrimas	127
Revelaciones y demás fenómenos.....	127
6.4. Criterios para las gracias extraordinarias	127
Dios al principio, infunde temor, que termina en paz.....	127
El demonio infunde quietud y pasa al temor	127
Dios causa profunda humildad	128
El demonio causa refinada soberbia.....	128
Dios en fin produce gran despego de estas mismas gracias	128
6.5. Criterios para las obras	129
a) Cómo obra Dios	129
Dios manifiesta su voluntad a los débiles, para que pidan gracia.....	129
La esconde a los generosos, para que pidan luz	129
A los incapaces, les inspira la mejor disposición	129
Dios a veces pide la ejecución, para impedirla luego.....	130
Otras inspiran poner todos los medios, y niegan la ejecución.....	130
Otras, en fin, permite sólo en parte la ejecución	130
Dios en las almas fervorosas se insinúa suavemente.....	130
A las almas infieles las sacude con violencia	130
b) Cómo obra el demonio.....	130
El demonio lleva de pequeñas a grandes infidelidades.....	131
El demonio engaña con virtud no probada	131
El demonio cubre la malicia con apariencias de bien.....	132
c) Espíritus dudosos en las obras.....	133
Cambio de estado	133
Singularidad	133
Cosas muy extraordinarias	133
d) Criterios generales para las obras	134
Dios infunde un santo temor acerca de las propias obras	134
El demonio infunde una presuntuosa y falsa seguridad	134
Conclusión.....	135
Siglas.....	137